

**José Carlos Mariátegui La Chira**  
**Obras Completas Cronológicas**  
**Volumen 7**



**Artículos**  
**(1926)**

[Introducción y ordenamiento general de las OO.CC. por  
**Octavio Obando Morán**]

### **Producción cronológica**

- .El problema de la estadística (Mundial del 1 de ene de 1926). Volumen 11 de las obras completas populares.
- .La agonía del cristianismo de Don Miguel de Unamuno (Variedades del 2 de ene de 1926). Volumen 7 de las obras completas populares.
- .Economía colonial (Mundial del 8 de ene de 1926). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b.Rouillón.
- .Cómo escribe Ud (Encuesta) (Variedades del 9 de ene de 1926). Volumen 4 de las obras populares.
- .Paul Morand (Variedades del 9 de ene de 1926). Volumen 7 de las obras completas populares
- .La evolución de la economía peruana. I (Mundial del 15 de ene de 1926). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b.de Rouillón.
- .Política italiana (Variedades del 16 de ene de 1926). Volumen 17 de las obras completas populares.
- .La evolución de la economía peruana. II (Mundial del 22 ene de 1926). Volumen 2 de las obras completas populares.
- .El Vaticano y el Quirinal (Mundial del 23 de ene de 1926). Volumen 17 de las obras completas populares.
- .La evolución de la economía peruana. III (Mundial del 29 de ene de 1926). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b de Rouillón.
- .La crisis alemana y el régimen parlamentario (Variedades del 30 de ene de 1926). Volumen 17 de las obras completas populares.

- .La evolución de la economía peruana. IV (Mundial del 5 de feb de 1926). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b.Rouillón.
- .La 'Juana de Arco' de Joseph Delteil (Variedades del 6 de feb de 1926). Volumen 7 de las obras completas populares.
- .¿Cuál es en su concepto la figura literaria más grande que ha tenido el Perú?. (Perricholi, No.8, del 11 de feb de 1926). Volumen 4 de las obras completas populares.
- .Política inglesa (Variedades del 13 de feb de 1926). Volumen 17 de las obras completas populares.
- .Sobre el tema de la capital (Mundial del 19 de feb de 1926). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b de Rouillón.
- .Austria, caso pirandelliano (Variedades del 20 de feb de 1926). Volumen 17 de las obras completas populares.
- .Otras consideraciones sobre el porvenir de Lima (Mundial del 26 de feb de 1926). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b de Rouillón.
- .Alemania en la sociedad de las naciones (Variedades del 27 de feb de 1926). Volumen 17 de las obras completas populares.
- .La conscripción vial (Mundial del 5 de mar de 1926). Volumen 11 de las obras completas populares.
- .El caso Pirandello (Variedades del 7 de mar de 1926). Volumen 3 de las obras completas populares (dejó de pertenecer al volumen 3).
- .El proceso de la literatura peruana (Mundial del 12 de mar de 1926). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b de Rouillón.
- .Arístides Briand (Variedades del 13 de mar de 1926). Volumen 17 de las obras completas populares.
- .El proceso de la literatura peruana. II (Mundial del 19 de mar de 1926). Volumen 2 de las obras completas populares.B-b de Rouillón.
- .La nueva literatura rusa (Variedades del 20 de mar de 1926). Volumen 6 de las obras completas populares.
- .La realidad y la ficción (Perricholi, No.14, del 25 de mar de 1926). Volumen 6 de las obras completas populares (Pasó al volumen 3)
- .El proceso de la literatura peruana. III (Mundial del 26 de mar de 1926). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b de Rouillón.
- .De José Carlos Mariátegui a Ricardo Vegas Garcia (Carta) (26 de mar de 1926). CORRESPONDENCIA. Tomo I, p.144.
- .La crisis de la Sociedad de las Naciones (Variedades del 27 de mar de 1926). Volumen 17 de las obras completas populares.
- .El proceso de la literatura peruana. IV (Mundial del 2 de abr de 1926). Volumen 2 de las obras completas populares.B-b de Rouillón.
- .Farinacci (Variedades del 3 de abril de 1926). Volumen 17 de las obras completas populares
- .!Rahab!, de Waldo Frank (Variedades del 10 de abr de 1926). Volumen 7 de las obras completas populares.

- .La Rusia de Dostoiewski. A propósito del libro de Stefan Zweig (Variedades del 10 de abr de 1926). Volumen 6 de las obras completas populares (Volumen 3)
- .El proceso de la literatura peruana. VI, VII, VIII (Mundial, Nos.305, 306, 307, del 16 de abr de 1926).Volumen 2 de las obras completas populares.B-b de Rouillón.
- .La nueva Rusia y los emigrados (Variedades del 17 de abr de 1926). Volumen 17 de las obras completas populares.
- .Las nuevas jornadas de la revolución China (Variedades del 24 de abr de 1926). Volumen 17 de las obras completas populares.
- .Volviendo a Matusalén por Bernard Shaw (Variedades del 1 de may de 1926). Volumen 3 de las obras completas populares.
- .El proceso de la literatura peruana. IX (Mundial del 7 de may de 1926). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b de Rouillón.
- .La huelga general en Inglaterra (Variedades del 8 de may de 1926). Volumen 17 de las obras completas populares.
- .El proceso de la literatura peruana. X (Mundial del 14 de may de 1926). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b de Rouillón.
- .La protesta de la inteligencia en España (Variedades del 15 de may de 1926). Volumen 17 de las obras completas populares.
- .El proceso de la literatura peruana. XI y XII. (Mundial, Nos.310 y 311, del 21 y 28 de may de 1926). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b de Rouillón.
- .Bagaglia y el teatro de los independientes de Roma (Variedades del 22 de may de 1926).Volumen 6 de las obras completas populares.
- .La libertad de la enseñanza (Mundial del 22 de may de 1926).Consta en la B-b de Rouillón.
- .James Joyce (Variedades del 29 de may de 1926).Volumen 3 de las obras completas populares.
- .El proceso de la literatura peruana XIII, XIV (Mundial, Nos.312, 313, del 4 y 11 de jun de 1926). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b de Rouillón.
- .Pilsudski y la política polaca (Variedades del 5 de jun de 1926). Volumen 17 de las obras completas populares.
- .El proceso de la literatura peruana. XV y XVI. (Mundial, Nos.314 y 315, del 18 y 19 de jun de 1926).Volumen 2 de las obras completas populares.
- .La escena portuguesa (Variedades del 19 de jun de 1926). Volumen 17 de las obras completas populares.
- .´ Dizionario dell´omo salvatico´ De Papini y Giulotti. (Variedades del 26 de jun de 1926). Volumen 3 de las obras completas populares (dejó de pertenecer al volumen 3). B-b de Rouillon.
- .Bernard Shaw (Boletín Bibliográfico de la UMSM, Nos.5-6, jun de 1926). Volumen 3 de las obras completas populares.

- .El proceso de la literatura peruana. XVII, XVIII y XIX (Variedades del 2, 9 y 16 de jul de 1926). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b de Rouillón.
- .El ministerio de Briand-Caillux (Variedades del 3 de jul de 1926). Volumen 17 de las obras populares.
- .La agitación revolucionaria en España (Variedades del 10 de jul 1926). Volumen 17 de las obras completas populares.
- .La escena Suiza (Variedades del 17 de jul de 1926). Volumen 17 de las obras completas populares.
- .Una encuesta a José Carlos Mariátegui (Mundial del 13 de jul de 1926). Volumen 4 de las obras completas populares.
- .El proceso de la literatura peruana XX y XXI (Mundial del 13 de jul de 1926). Volumen 2 de las obras completas populares.
- .El grupo surrealista y 'Clarte' (Variedades del 24 de jul de 1926). Volumen 6 de las obras completas populares (pasó al volumen 3)
- .El ministerio de concentración republicana de Poincare (Variedades del 31 de jul de 1926). Volumen 17 de las obras completas populares.
- .De José Carlos Mariátegui a Ricardo Vegas Garcia (Carta) (jul de 1926). CORRESPONDENCIA. Tomo I, p.172.
- .El proceso de la literatura peruana. XXII (Mundial, No.321, del 6 de ago de 1926). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b de Rouillón.
- .La reacción en México (Variedades del 7 de ago de 1926). Volumen 12 de las obras completas populares.
- .El libro de 'La Nave Dorada', de Alcides Spelucín (Mundial del 13 de ago de 1926). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b de Rouillón.
- .El 'Freudismo' en la literatura contemporánea (Variedades del 14 de ago de 1926). Volumen 6 de las obras completas populares (pasó al volumen 3)
- .Un tema de educación artística (Variedades del 20 de ago de 1926). Volumen 14 de las obras completas populares.
- .Después de la muerte de Dzerjinsky (Variedades del 21 de ago de 1926). Volumen 17 de las obras completas populares.
- .La poesía de Magda Portal (Mundial del 27 de ago de 1926). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b de Rouillón
- .La crisis griega (Variedades del 28 de ago de 1926). Volumen 17 de las obras completas populares.
- .La poesía de la Magda Portal II (Mundial del 3 de set de 1926). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b de Rouillón.
- .Luther (Variedades del 4 de set de 1926). Volumen 17 de las obras completas populares.
- .El debate y el proceso de la instrucción pública en el Perú (Mundial del 10 de set de 1926). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b de Rouillón.

- .Romaind Rolland (capitulos del I al IV) (Variedades del 11 de set de 1926). Volumen 3 de las obras completas populares.
- .El juego del amor y la muerte (V parte con el epígrafe). (Variedades del 11 de set de 1926). Volumen 3 de las obras completas populares.
- .El debate y el proceso de la instrucción pública .II y III. (Mundial, Nos.327 y 333, set 17 y oct 24 de 1926). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b de Rouillón.
- .Bernard Shaw (Variedades 18 de set de 1926). Volumen 3 de las obras completas populares.
- .La vida que me diste (Poliedro, No.4, del 20 de set de 1926). Volumen 4 de las obras completa populares.
- .Presentación de Amauta (Editorial de Amauta) (Amauta, No.1.de set de 1926). Volumen 13 de las obras completas populares.
- .De José Carlos Mariategui a Emilio Roig (Carta) (24 de oct de 1926). CORRESPONDENCIA. Tomo I, p.183.
- .Eugenio. V. Debs (Variedades del 30 de oct de 1926). Volumen 17 de las obras completas populares.
- .El debate y el proceso de la instrucción publica. IV (Mundial del 5 de nov de 1926). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b de Rouillón.
- .El debate y el proceso de la instrucción publica. V (mundial del 12 de nov de 1926). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b de Rouillón.
- .La tragedia de Italia (Variedades del 13 de nov de 1926). Volumen 17 de las obras completas populares.
- .De José Carlos Mariátegui a Victoria Ferrer (Carta) (15 de nov de 1926). CORRESPONDENCIA. Tomo. I, p.192.
- .El debate y el proceso de la instrucción publica (Mundial del 19 de nov de 1926). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b de Rouillón.
- .Una encuesta de Barbusse en los Balcanes (Variedades del 20 de nov de 1926). Volumen 17 de las obras completas populares.
- .Monde (Variedades del 24 de nov de 1926).Volumen 7 de las obras completas populares.
- .El debate y el proceso de la instrucción publica (Mundial del 26 de nov de 1926). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b de Rouillón.
- .El nuevo estatuto del imperio británico (Variedades del 27 de nov de 1926).Volumen 17 de las obras completas populares.
- .Arte, revolución y decadencia (Amauta, No.3, de nov de 1926). Volumen 6 de las obras completas populares (pasó al volumen 3).
- .El debate y el proceso de la instrucción publica. VII (Mundial del 3 de dic de 1926). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b de Rouillón.
- .Krassin (Variedades del 4 de dic de 1926). Volumen 17 de las obras completas populares.
- .La historia económica social (Mundial del 10 de dic de 1926). Volumen 11 de las obras completas populares.

- .Philippe Soupault (I. parte) (Variedades del 11 de dic de 1926). Volumen 7 de las obras completas populares.
- .Aspectos del problema indígena (Mundial del 17 de dic de 1926). Volumen 11 de las obras completas populares.
- .La crisis de la monarquía en Rumania (Variedades del 18 de dic de 1926). Volumen 17 de las obras completas populares.
- .La institución de la República (Mundial del 24 de dic de 1926). Volumen 2 de las obras completas populares..B-b de Rouillón.
- .De José Carlos Mariátegui a Garcia Monge (Carta) (25 de dic de 1926). (Repertorio Americano, No.24, del 25 de dic de 1926).B-b de Rouillón.
- .La crisis alemana (Variedades del 25 de dic de 1926). Volumen 17 de las obras completas populares.

## **- "LA AGONIA DEL CRISTIANISMO" DE DON MIGUEL DE UNAMUNO\***

Lo primero que nos recuerda este último libro de don Miguel de Unamuno es que su autor no es sólo filósofo sino también filólogo. Unamuno es un maestro en el arte de animar o reanimar las palabras. La palabra agonía, en el ardiente y viviente lenguaje de Unamuno, recobra su acepción original. Agonía no es preludio de la muerte, no es conclusión de la vida. Agonía - como Unamuno escribe en la introducción de su libro- quiere decir lucha. Agoniza aquel que vive luchando; luchando contra la vida misma. Y contra la muerte.

El tema del libro de Unamuno no es el tramonto del cristianismo, sino su lucha. Tiene Unamuno una inteligencia demasiado apasionada, demasiado impetuosa, para oficiar hieráticamente la misa de réquiem de una decadencia, de un crepúsculo. Unamuno no se sentirá nunca acabar en ningún untergang.\* Para él la muerte es vida y la vida es muerte. Su alma, llena al mismo tiempo de esperanza y de desesperanza, es un alma que, como la de Santa Teresa, «muere de no morir». Es el propio Unamuno quien evoca la frase de la agonista de Avila. La frase, no: la agonía. ¡Morir de no morir! ¿No es esta también la angustia de nuestra época, de nuestra civilización? ¿No es éste también el drama de Occidente? ¿Por qué nos parece tan terriblemente actual este grito agónico, esta frase agónica, esta emoción agónica? Un poeta surrealista francés -poeta de la nueva generación- ha escrito últimamente un libro con este título: Mourir de ne pas mourir.\*\* Otra alma agónica, como la de Unamuno, se agita en ese libro. Pero esta constatación nos mueve a otra: la de que el sabio sexa-

genario de Salamanca y el poeta surrealista de París coinciden en Santa Teresa. Y en esto no es posible no ver un signo. Unamuno tiene algo de iluminado, algo de profético. En su pensamiento se descubre siempre alguna vaga pero cierta anticipación del porvenir. Varios años antes de la guerra, cuando el Occidente se mecía aún en sus ilusiones positivistas, cuando el espíritu de Sancho parecía regir la historia, Don Miguel de Unamuno predicó el evangelio de Don Quijote. Entonces el mundo se creía lejano de un retorno al donquijotismo, de una vuelta al romanticismo. Y el evangelio de Unamuno no fue entendido sino por unos cuantos alucinados, por unos cuantos creyentes. Mas hoy que por los caminos del mundo pasa de nuevo el Caballero de la Triste Figura, son muchos los que recuerdan que el filósofo de Salamanca anunció su venida. Que el maestro de Salamanca presintió y auguró una parte de esta tragedia de Europa, de este Untergang des Abendlandes,\*\*\* de esta agonía de la civilización occidental. [\* Ruina, decadencia / \*\* Morir de no morir / \*\*\* Decadencia de Occidente]

«Lo que yo te voy a exponer aquí, lector, -dice Unamuno en su libro- es mi agonía, mi lucha cristiana, la agonía del cristianismo en mí, su muerte y su resurrección en cada instante de mi vida». ¿Qué es el cristianismo, según Unamuno? Unamuno afirma que Cristo vino a traernos la agonía, la lucha y no la paz. Y nos remite a las palabras del Evangelio en que Jesús nos dice que no trae la paz sino la espada y el fuego. Invocación en la que tampoco está solo. Nunca han parecido tan vivas como hoy estas palabras de Cristo. Giovanni Gentile, filósofo de la violencia, milite del fascismo, las ha arrojado como una tea en la batalla de su patria, en la agonía de su Italia: «Non veni pacem mittere sed gladium. Ignem veni mittere in terram»\* Voces que vienen de diferentes puntos del espíritu se encuentran sin buscarse, sin llamarse, combatiéndose, contrastándose. [\* No vine a traer la paz, sino la guerra. Vine a poner fuego en la tierra]

Unamuno piensa, como es lógico, que «hay que definir al cristianismo agónicamente, polémicamente, en función de lucha». (Así es, sin duda, como hay que definir no sólo al cristianismo sino toda religión, todo evangelio). «El cristianismo, la cristiandad -escribe Unamuno- desde que nació en San Pablo, no fue una doctrina aunque se expresase dialécticamente: fue vida, lucha, agonía. La doctrina era el Evangelio, la Buena Nueva. El cristianismo, la cristiandad, fue una preparación a la muerte y a la resurrección, a la vida eterna». Y, más adelante, agrega: «San Pablo, el judío fariseo espiritualista, buscó la resurrección de la carne en Cristo, la buscó en la inmortalidad del alma cristiana, de la historia». Y Unamuno, en este punto, nos advierte que por histórico no entiende lo real sino lo ideal.



Explicándonos su pensamiento sobre la historia que, de "otra parte es realidad, tanto o más que la naturaleza", Unamuno recae en una interpretación equivocada del marxismo. «Las doctrinas personales de Karl Marx -escribe- el judío saduceo que creía que las cosas hacen a los hombres, han producido cosas. Entre otras la actual Revolución rusa». Lenin estaba mucho más cerca de la realidad histórica cuando, al observársele que se alejaba de la realidad replicó: «¡Tanto peor para la realidad!» Este mismo concepto sobre Marx había aflorado ya en otros escritos del autor de *La Agonía del Cristianismo*. Pero con menos precisión. En este nuevo libro reaparece en dos pasajes. Por consiguiente, urge contestarlo y rebatirlo.

La vehemencia política lleva aquí a Unamuno a una aseveración arbitraria y excesiva. No; no es cierto que Karl Marx creyese que las cosas hacen a los hombres. Unamuno conoce mal el marxismo. La verdadera imagen de Marx no es la del monótono materialista que nos presentan sus discípulos. A Marx hace falta estudiarlo en Marx mismo. Las exégesis son generalmente falaces. Son exégesis de la letra, no del espíritu. ¿Y no es acaso Unamuno el más celoso en prevenirnos, a propósito del cristianismo, contra la inanidad y contra la falacia de la letra? En su libro, uno de los mejores capítulos es tal vez el que habla del verbo y la letra. «En San Pablo -dice Unamuno- el Verbo se hace letra, el Evangelio deviene libro, deviene Biblia. Y el protestantismo comienza la tiranía de la letra». «La letra -agrega luego- es muerta: en la letra no se puede buscar la vida». Marx no está presente, en espíritu, en todos sus supuestos discípulos y herederos. Los que lo han continuado no han sido los pedantes profesores tudescos de la teoría de la plusvalía, incapaces de agregar nada a la doctrina, dedicados sólo a limitarla, a estereotiparla; han sido, más bien, los revolucionarios, tachados de herejía, como Georges Sorel -otro agonizante diría Unamuno- que han osado enriquecer y desarrollar las consecuencias de la idea marxista. El "materialismo histórico" es mucho menos materialista de lo que comúnmente se piensa. Un filósofo liberal, un filósofo idealista, Benedetto Croce, le hace a este respecto plena justicia. «Es evidente -escribe Croce- que la idealidad o el absolutismo de la moral, en el sentido filosófico de tales palabras, es premisa necesaria del socialismo. El interés que nos mueve a construir un concepto de la plusvalía. ¿no es acaso un interés moral o social, como se quiera llamarlo? En pura economía, ¿se puede hablar de plusvalía? ¿No vende el proletario su fuerza de trabajo propia por lo que vale, dada su situación en la presente sociedad? Y, sin esta premisa moral, ¿cómo se explicaría junto con la acción política de Marx, el tono de violenta indignación y de sátira amarga que se advierte en cada página de *El Capital*?». Y Adriano Tilgher, que prologa una traducción de Unamuno al italiano -*La Sfinge senza Edipo*\*- en sus

ensayos críticos de marxismo y socialismo dice: Marx no es un puro economista, ni un puro sociólogo, ni un puro historicista: él no se contenta simplemente con describir: la realidad social como era en sus tiempos y con extraer de la observación del presente las leyes empíricas de sus transformaciones por venir: él es esencialmente un revolucionario, cuya mirada está obstinadamente fija en lo que debe ser». Yo estoy seguro de que si Unamuno medita más hondamente en Marx descubrirá en el creador del materialismo histórico no un judío saduceo, materialista, sino, más bien, como un Dostoyevsky, un cristiano, un alma agónica, un espíritu polémico. Y que quizá le dará razón a Vasconcelos cuando afirma que el atormentado Marx está más cerca de Cristo que el doctor de Aquino. [\* "La Esfinge sin Edipo"]

En este libro, como en todos los suyos, Unamuno concibe la vida como lucha, como combate, como agonía. Esta concepción de la vida que contiene más espíritu revolucionario que muchas toneladas de literatura socialista nos hará siempre amar al maestro de Salamanca. «Yo siento - escribe Unamuno- a la vez la política elevada a la altura de la religión y a la religión elevada a la altura de la política». Con la misma pasión hablan y sienten los marxistas, los revolucionarios. Aquellos en quienes el marxismo es espíritu, es verbo. Aquéllos en quienes el marxismo es lucha, es agonía.

-----  
\* Publicado en **Varietades**: Lima, 2 de Enero de 1926. Y en **Amauta**: N° 1, pp. 35-36; Lima, setiembre de 1926.

## - PAUL MORAND\*

El rasgo más notorio de la literatura de Paul Morand es su cosmopolitismo. Hija del siglo de la geografía y de la "Compañía de los Grandes Expresos Europeos", esta literatura tiene la composición pluricolor y un poco licenciosa de un helado napolitano. Paul Morand no es internacionalista, pero sí internacional. Es un producto de diversos climas, diversas latitudes, diversas lenguas. El proceso de su cosmopolitismo empieza en sus antepasados. Morand procede de una familia de franceses de Rusia. En un reportaje de Frederic Lefevre, hablándonos de su estirpe y de su formación, Morand nos dice que la familia de su padre era una familia de franceses de Rusia desde 1846. Su abuelo dirigió la Fundición Imperial de Bronces de Petrogrado. En esta ciudad nació su padre. En París, la infancia de Paul Morand se desarrolló dentro de un entourage\* de ingleses y un ambiente de anglofilia. Por consejo de Lord Alfred Douglas, Morand fue enviado a estudiar a Oxford. Más tarde, la carrera diplomática confirmó su sino. [\*

Circulo, séquito]

Pero este cosmopolitismo no borra en Paul Morand al francés. El acento de sus libros es un acento inconfundible de parisién. Morand piensa que la vida en el extranjero pone al hombre en un plano superior que lo revela más completamente a sí mismo. «Todos los que han marcado una época - observa refiriéndose a las letras francesas- son nobles desertores: Chateaubriand para el principio del siglo diecinueve; Stendhal para 1880; Claudel para 1900; en nuestros días Gobineau, Lautreamont, Rimbaud».

El cosmopolitismo de su literatura nace del internacionalismo de su vida.

Paul Morand no es una "rana viajera" del género de Julio Camba. De la rana, tiene el espíritu noctívago y lunar. Pero, para ser una rana perfecta le sobra dandismo. Morand es demasiado elegante y diplomático. En su literatura, se descubre siempre, más o menos disimulado, al adjunto de embajada. Tampoco se le puede llamar vagabundo. El vagabundo viaja al azar y con fatiga. Su vida es una sucesión de partidas y de andanzas. El hombre cosmopolita como Paul Morand, en cambio, no da casi ninguna impresión de movimiento. Se desplaza con tanta velocidad que no parece que se moviera de su sitio. (La obra de Paul Morand, entre otras cosas, es algo así como una prueba de la relatividad del espacio). Además, el hombre cosmo-polita no es en ninguna parte un extranjero. Tiene todas las nacionalidades.

Paul Morand ha escrito los siguientes libros:

Lampes a arc (Au Sans Pareil, 1919)  
 Feuiller de Temperature (Au Sans Pareil, 1920)  
 Tendres Stocks (N.R.F., 1921)  
 Ouvert la Nuit (N.R.F., 1922)  
 Fermé la nuit (N.R.F., 1923)  
 Lewis et Irene (Bernard Grasset, 1924)  
 L'Europe galante (Bernard Grasset, 1925).

Los primeros poemas de Paul Morand descubrieron a un poeta de espíritu y técnica ultra-modernos. En la poesía de Lampes a arc estaban ya embozados el dandismo y el cosmopolitismo que debían constituir después los elementos fundamentales de la literatura de Morand. Pero en esa poesía había, al mismo tiempo que un exquisito imaginismo, un lirismo muy puro. No sólo valían los versos por esas metáforas visuales y esas imágenes fotogénicas de que tan buen gustador es Guillermo de Torre.

En uno de los poemas de Lampes a arc, después de ofrecernos un cuadro cabal y vivo del hotel de lujo, a la hora del dinner,\* Paul Morand tiene esta honda nota lírica:

«Mais voici qu'inmobiles aux fenêtres  
 [maintenant obscures  
 laissant choir leur fatigue et leur dégoût  
 parmi le linge fripé et les écrins vides,  
 les domestiques  
 comme un bétail noir,  
 viennent poser leur joues  
 contre l'acier de la nuit.\*\*

[\* Cena. / \*\* Pero, he aquí que inmóviles a las ventanas ahora oscuras / dejan caer su fatiga y su disgusto / entre la ropa ajada y los estuches vacíos, / los domésticos / como ganado negro / vienen a posar sus mejillas / contra el acero de la noche. (Trad. lit.)]

Pero la poesía pura no bastaba a este coleccionista de noches, de paisajes y de ciudades. Paul Morand no se conformaba con dar su miel a unos pocos elegidos. Quería ofrecerse al público, no en una preciosa edición de *Au Sans Pareil* sino en centenares de ediciones de la *Nouvelle Revue Française* o de Bernard Grasset. El diablo lo ayudó en esta empresa. En las novelas de *Ouvert la Nuit*, Paul Morand descubrió el secreto de aderezar con sus imágenes un manjar del gusto del público. *Ouvert la Nuit* colocó a Paul Morand entre los primeros escritores de su generación. (Es incontestable que Paul Morand reúne para ocupar un puesto entre los mejores, grandes dotes de estilo, de imaginación, de sensibilidad, etc.). La primera serie de "noches" pasó en poco tiempo de la edición centésima; y la segunda serie - *Fermé la Nuit*- no se hizo esperar mucho tiempo ni alcanzó menos fortuna.

Vino después de estos libros de cuentos, una novela: *Lewis et Irene*. Esta vez, Paul Morand, no dio en el blanco. El público encontró el plato un poco insípido. La historia del matrimonio de Lewis e Irene, diluida en varios episodios cinematográficos, del mismo porte de las "noches", carecía de tensión. El estilo y la técnica Morand se prestan más a la novela corta,

Y, tal vez por esto, en su último libro, *L'Europe galante*, Paul Morand vuelve al cuento. En *L'Europe galante*, nos pasea, como en sus noches, por un mundo fatigado, hiperestésico, mórbido. Pero los aciertos de psicología y de estilo han disminuido. Los defectos de *Ouvert la Nuit* y de *Fermé la Nuit*, en cambio, se han acentuado. Morand sufre la embriaguez del éxito editorial. El primer cuento del volumen, *La glace a trois faces*,\* es un cuento de tema pirandelliano. Tres mujeres, amantes de un mismo hombre, nos dan tres versiones absolutamente diversas de él. El personaje es uno solo; el espejo de tres lunas refleja tres personalidades distintas. Como en Pirandello: negación del carácter, negación de la personalidad. Pero mientras Pirandello es todo fuerza, Morand es todo languidez. En *Les Plaisirs Rhénans*,\*\* Morand nos sirve algunos finos atisbos de psicología femenina. Los tres personajes de la aventura están muy bien diseñados. Mas no es esto todo lo que se quiere y se exige de un literato famoso. [\* El espejo de tres lunas / \*\* "Los placeres renales"]

Esta literatura es, inequívocamente, una literatura de decadencia. Paul Morand se complace en presentarnos, uno tras otro, sus casos de neurosis; la fauna de sus novelas es una fauna elegante y mundanamente teratológica. Como los artistas del circo, los personajes de Morand han menester de la luz de las lámparas de arco. Su escenario es la noche. Paul Morand los hace vivir en la temperatura tibia de sus noches, como se hace vivir a los cultivos de gérmenes en la estufa de los laboratorios.

El propio Paul Morand siente que su obra, su arte y su alma, corresponden a una decadencia, a un crepúsculo. En uno de los cuentos de L'Europe galante nos habla de «la familia capitalista, a la cual no está ya orgulloso, pero, a pesar de todo, sí bastante feliz de pertenecer».

-----

\* Publicado en *Varietades*: Lima, 9 de Enero de 1926.

## **- POLITICA ITALIANA\***

Para los que en 1924 se emborracharon con exceso de ilusiones reformistas y democráticas, el balance de 1925 no puede ser más desconsolador. El año se ha cerrado con fuertes pérdidas para el reformismo y la democracia. En Francia, el cartel de izquierda ha entrado, en el curso de 1925, en un período de disolución. En Alemania, la elección de Hindenburg ha marcado un retorno de los principios conservadores y militaristas. En Italia, sobre todo, el régimen fascista, que en 1924 vacilaba, en 1925 ha contraatacado victoriosamente.

Durante más de un semestre, la heterogénea coalición del Aventino vivió en el error de creer que el boicot del parlamento bastaba para traer abajo a Mussolini. El partido comunista le recordó en vano que un régimen instaurado por la fuerza no podía ser abatido sino por la fuerza. La democracia italiana no quiso discutir siquiera la proposición comunista de convertir el Aventino en un parlamento revolucionario. Los socialistas -unitarios y maximalistas- se solidarizaron con esta táctica pasiva. La batalla se libraba en la prensa. La oposición, dueña de la mayor parte de los periódicos, se embriagaba con el estruendo de una ofensiva periodística en gran estilo.

Pero, naturalmente, por esta vía no se podía llegar a la meta soñada. Ni Mussolini era hombre de dejarse arredrar por una maniobra como la de la retirada al Aventino. Ni la oposición podía suscitar una agitación popular

capaz de producir extra-parlamentariamente un nuevo gobierno. El Aventino representaba un gesto negativo. No tenía un programa positivo, un método creador. Y el tiempo, lógica y fatalmente, trabajaba por el fascismo. La tensión nerviosa producida por el asesinato de Matteotti se debilitaba a medida que los meses pasaban sin que el anti-fascismo empeñase el combate decisivo.

En enero pasado, constatadas ya hasta el exceso la impotencia de la oposición aventinista y la domesticidad de la oposición parlamentaria. Mussolini comprendió que era el instante de contraatacar. Los hechos han probado que no se equivocaba. Mussolini, en seis meses de defensiva, le había tomado bien el pulso al adversario. Había averiguado, por ejemplo, que no tenía intenciones de presentarle combate, por el momento, sino en el terreno periodístico. Y que, en consecuencia, la posición contra la cual debía dirigir sus fuegos era la prensa.

La prensa no fue suprimida; pero si fueron suprimidos sus ataques. Mussolini sometió las noticias y los comentarios de la prensa a la justicia sumaria y rápida de los prefectos. Sus autoridades no se tomaban la molestia de la censura previa. No prevenían; reprimían. Las ediciones que contenían una noticia o un comentario demasiado heterodoxo eran secuestradas por la policía. Por consiguiente, los periódicos sufrían no sólo en su propaganda sino, además, en su economía.

Mediante este simple sistema de represión. Mussolini consiguió casi desarmar a la oposición. El bloque del Aventino pensó entonces en el regreso a la cámara. A falta de la tribuna periodística, había que emplear la tribuna parlamentaria. Pero a este respecto él acuerdo no era fácil. A la resolución definitiva, sobre todo, no se podía arribar prontamente. Algunos diputados del Aventino se manifestaban reacios al retorno a Montecitorio. Esta especie de declaratoria de quiebra de una empresa acometida con tanta arrogancia y tanto énfasis les resultaba más difícil de aceptar que todas las dosis posibles de aceite de ricino.

Y tuvo así el Aventino un período de parálisis, durante el cual se incubaron acontecimientos sorprendidos, teatrales, destinados a obstruir el mismo camino del retorno. El golpe frustrado de Zaniboni contra el Duce vino, hace un mes, a mudar la situación. Zaniboni, ex-diputado socialista unitario, excombatiente condecorado con la medalla de oro al valor militar, fue sorprendido en un cuarto de hotel, estratégicamente ubicado, en instantes en que se preparaba a disparar sobre Mussolini los dos tiros de un fusil de precisión matemática.

El complot no podía ser atribuido a la oposición aventinista. La policía de Mussolini sabía que Zaniboni obraba de acuerdo con unos pocos elementos demo-masones. No cabía siquiera el procesamiento de su partido. Los hilos de la conjuración no denunciaban la existencia de una red de preparativos revolucionarios. Denunciaban sólo un estado de desesperación en los temperamentos más ardorosos y tropicales del Aventino. Pero el fascismo necesitaba sacar de este acontecimiento todo el partido posible. Y, sin duda, lo ha sacado.

Mussolini prohibió a sus gregarios las represalias. Su orden fue obedecida. Mas, precisamente a la sombra de esta disciplinada abstención de actos esporádicos de violencia y de terror, la policía cargó a fondo contra la oposición. No ha habido en Italia, a raíz de la tentativa de Zaniboni, represalias individuales de los "camisas negras". El gobierno fascista ha preferido usar, con el máximo rigor, la represión policial.

Todos los reductos legales de la oposición han sido asaltados. Y muchos han caído definitivamente en manos del fascismo. El régimen fascista ha aprovechado la tentativa estúpida de Zaniboni para disolver al partido socialista unitario, para suprimir "La Giustizia", "La Voce Republicanana" y otros diarios, para ocupar las logias masónicas, etc. Los sindicatos fascistas se han instalado **manu militare** en el local de la cámara de trabajo de Milán, antigua ciudadela del proletariado socialista, considerada inexpugnable por mucho tiempo.

El episodio más resonante de esta ofensiva fascista ha sido, tal vez, la conquista del "Corriere della Sera". "La Stampa" de Turín y el "Corriere della Sera" de Milán, sus dos mayores rotativos, eran las dos más fuertes posiciones del antifascismo en la prensa italiana. Mussolini podía suprimirlos. Pero esto le parecía, sin duda, demasiado "escuadrista". Mucha gente **ben pensante** no le perdonaría nunca el asesinato de dos periódicos en cuya lectura cotidiana se había habituado a formar su criterio. Lanzada a los vientos la noticia del golpe fracasado, se presentaba, en tanto, la ocasión de ganar para el fascismo estas dos tribunas. "La Stampa" de Turín fue la primera en caer. El senador Frassati, -percibido el peligro de la supresión lisa y llana del diario-, abandonó su dirección. Con el "Corriere della Sera" hubo que apelar a medios más enérgicos. El secretario general del partido fascista, Farinacci, puso a los hermanos Crespi, principales accionistas del "Corriere", frente a este dilema: o la suspensión del diario o su entrega al fascismo. Y los hermanos Crespi, pacíficos industriales lombardos, optaron en seguida por el segundo término. El olvido de una formalidad de la escritura celebrada en 1919 con el senador Albertini, director y accionista del "Corriere", amo absoluto de sus destinos y opiniones, les proporcionó el



pretexto para la anulación del contrato de sociedad. En la edición del 28 de noviembre último, el senador Luigi Albertini y su hermano Alberto Albertini, tuvieron que despedirse melancólicamente de sus lectores.

Los hermanos Albertini, liberales de antigua estampa, pertenecen a una democracia empeñada en no combatir al fascismo sino legalmente. No se puede negar al fascismo el mérito de haber hecho todo lo posible para modificar su actitud y destruir su ilusión.

-----  
\* Publicado en **Variedades**, Lima, 16 de Enero de 1926.

## **- EL VATICANO Y EL QUIRINAL\***

El cable anuncia la proximidad o, al menos, la probabilidad de una reconciliación oficial entre la Iglesia Católica y el Estado italiano. O sea la probabilidad de una liquidación definitiva de la vieja "cuestión romana". Y la política oportunísticamente filocatólica del fascismo podría autorizar esta vez la esperanza de un acuerdo entre el Vaticano y el Quirinal. Pero son demasiado sólidas y concretas las razones que aconsejan acoger el presuroso anuncio con escéptica reserva. Se trata de una noticia que, desde hace algún tiempo, era de vez en cuando por la plana cablegráfica de los rotativos. Los observadores del tiempo y del espacio políticos pueden definirla como un cometa de la post-guerra.

¿Cuál sería la fórmula del arreglo? Un telegrama ha hablado de una mediación de la Liga de las Naciones destinada a dar al Papado un mandato sobre un pedazo de territorio. Pero el Vaticano se ha apresurado a demostrar lo absurda de esta fórmula. Ni el Vaticano puede someterse al fallo de una Sociedad de Naciones, en la cual la Iglesia no está representada y en la cual la suspicacia de los nacionalismos latinos sospecha y denuncia una criatura del espíritu protestante y de la finanza judía. Ni el Estado italiano que, desde el advenimiento del fascismo al poder, se muestra hiperestésicamente celoso de su soberanía, puede encargar a la Sociedad de las Naciones, por la cual manifiesta tan poca estimación, que resuelva un problema en el que el fascismo no puede ver sino un problema interno.

Claro está que el gobierno fascista no se considera vinculado a los conceptos que inspiraron invariablemente, a este respecto, la política de los anteriores gobiernos de Italia. Frente a la "cuestión romana", como frente a todas las otras cuestiones de Italia, el fascismo se siente libre o, en todo caso, no se siente responsable del pasado. El fascismo pregona, cada día con más fuerza, su voluntad de construir el Estado fascista sobre bases y principios absolutamente diversos de los que durante tantos años han sostenido al Estado liberal. El Estado fascista aspira a ser la antítesis y la negación del Estado liberal, calificado acerba y lapidariamente por la prosa agresiva de los "camisas negras".

El fascismo, sobre todo, —aunque sus gregarios hayan creído necesario muchas veces administrar una buena dosis de aceite de ricino o de cachiporrazos a los mñlites demasiado ardorosos e intransigentes del partido católicoo—, desenvuelve en el gobierno una política de simpatía y de amistad a la Iglesia. Bien se puede afirmar que el fascismo, en materia religiosa, —actitud del Estado ante la Iglesia—, ha realizado el programa del partido popular o católicoo fundado hace siete años por Don Sturzo en defensa de los intereses de la religión. Lo ha realizado a tal punto que ha hecho inútil la existencia de un partido católicoo. "El Papa puede despedir a Don Sturzo", escribía hace dos años y medio Mario Missiroli constatando el clericalismo de la política gubernamental de Mussolini. Y los hechos han venido a demostrar que no se equivocaba en esta afirmación que a no pocos pudo parecer entonces excesiva.

El acercamiento del fascismo a la Iglesia, por otra parte, no sólo se ha operado en el orden práctico, mediante una restauración más o menos política del catolicismo en la escuela, antes irreductiblemente laica. También ha habido una remarcable aproximación en el orden teórico. Los intelectuales fascistas, de Gentile a Pellizzi, se han complacido en el elogio de la Iglesia. Lorenzo Giusso, comentando precisamente el libro de Missiroli a que pertenece la frase que acabo de citar, decía en diciembre de 1924 lo siguiente: "El Estado abstracto masónico, que declaraba la guerra a la religión, ha sido sustituido por un Estado concreto que ha exaltado todos los valores del espíritu, entre los cuales la religión tiene su sitio. Acusar al fascismo de anticlericalismo significa pronunciar su elogio. El fascismo ha instaurado una era nueva en las relaciones de la Iglesia con el Estado, curando la herida que impedía al católicoo ser ciudadano. El fascismo ha remediado este tremendo dualismo y ha liquidado todas las supervivencias posibles de las abstracciones setecentistas". Y, más recientemente, otros teóricos del fascismo, afanosa-mente empeñados en la destilación de una doctrina fascista, han encontrado en el tomismo los fundamentos

filosóficos de esta doctrina.

Nadie puede tomar en serio el sofisticado esfuerzo de los que pretenden probar que, en el fondo, el fascismo no reniega ni contrasta de ningún modo al cristianismo. El conflicto espiritual y filosófico entre el nacionalismo fascista y el universalismo cristiano es demasiado patente. Lo es también la oposición entre la violencia fascista y el evangelio de Jesús. Las divergencias aparecen insanables hasta en este terreno político en que, con un poco de ductilidad y hermenéutica jesuitas; devienen posibles todos los entendimientos. "No obstante ciertas solidaridades practicas del instante -observa acertadamente

Mario Missiroli- la concepción del Estado propia del fascismo, del nacionalismo, del liberalismo gentiliano, es la negación radical del catolicismo, como aquélla que tiende, en último análisis, a resolver la Iglesia en el Estado, reconociendo en el Estado la capacidad de interpretar el elemento divino de la vida. ¡Qué lejos estamos del tranquilo liberalismo cavouriano o de las pacíficas tolerancias de la democracia y del mismo socialismo reformista! El Estado "fuerte", el Estado "ético", el Estado panteísta, no tolera supremacías ni paridad. Puede conceder en las escuelas el Crucifijo y el catecismo; pero detrás de este catecismo espían Lutero y Machiavello. Los católicos, que tienen un vivo sentido de las posiciones teóricas, lo saben, y advierten en tal concepción del Estado un enemigo peligrosísimo. Y cuando Don Sturzo habla de nación "deificada" y De Gasperi recuerda a los pensadores clásicos del Estado moderno, -que contrastaron todos la doctrina católica-, no tienen una sino mil razones".

El hecho es, sin embargo, que, -doctrina y praxis aparte-, el Estado fascista trata de apoyarse en el catolicismo. Y que, de acuerdo con este interés, actúa un programa de restauración del catecismo y del culto católicos que ya le ha ganado la adhesión de ortodoxos doctores de la Iglesia. Todo lo cual confiere, en verdad a Mussolini una aptitud única para afrontar la famosa "cuestión romana".

Si cabe dudar de la probabilidad de un arreglo, es por otras razones. Es, verbi gratia, porque el fascismo, que tanto ha hablado de robustecer y valorizar la autoridad del Estado, no puede absolutamente, sin grave daño para su política, llevar al Estado a una abdicación, por muy atenuada que ésta aparezca a los ojos de Italia.

Desde este punto de vista, la solución del viejo entredicho entre la Iglesia Católica y el Estado italiano no se presenta hoy menos difícil que antes. Mussolini y el fascismo saben que pueden permitirse cualquier desmán

verbal, cualquiera licencia oratoria, contra el tundido Estado demo-liberal-masónico, tratado de claudicante y abúlico. Pero que una cosa es renegar la herencia de Giolitti, de Nitti y de Orlando y otra sería renegar, en su sentido nacionalista y patriótico, el Risorgimento.

-----  
 \* Publicado en Variedades, Lima. 23 de Enero de 1926 Con este mismo título, aunque ciertamente con distinto contenido, publicó J.C.M. un artículo en El Tiempo, el 30 de Agosto de 1921, recopilado en Cartas de Italia.

## **- LA CRISIS ALEMANA Y EL REGIMEN PARLAMENTARIO\***

La prolongada y exasperante crisis ministerial, resuelta en Alemania, después de una serie de maniobras y de fintas de los grupos parlamentarios, con el feble ministerio Luther, ha venido, casi en seguida de una análoga crisis francesa, a ratificar todo lo que ya sabíamos sobre la crisis del parlamentarismo. En Alemania, para obtener la mediocre y precaria solución Luther ha sido preciso que el mariscal Hindenburg, con un acento un poco marcial y bronco, recuerde a los partidos centristas, reacios a concertarse, el categórico dilema: parlamento o dictadura. Hindenburg, con esta admonición, ha dado a entender demasiado claramente su inclinación, prudente y mesurada pero firme, por el segundo término.

El parlamento no puede producir en Alemania un ministerio sostenido por una sólida mayoría. El bloque de derechas que llevó a Hindenburg a la presidencia del imperio está en minoría en el Reichstag. El bloque democrático y republicano que opuso la candidatura centrista de Marx a la candidatura derechista de Hindenburg, se encuentra, desde hace algún tiempo, roto, a consecuencia de un progresivo lógico viraje a derecha de los partidos demócrata y católico. Por consiguiente, la única fórmula ministerial posible es la que ha producido penosamente esta crisis. Un ministerio de tipo más burocrático que político, salido de una combinación, no muy segura, de las derechas moderadas (partido popular alemán y partido popular bávaro) y de las izquierdas burguesas (partido demócrata y centro católico).

Este ministerio más o menos centrista no tiene mayoría en el Reichstag. Pero, en cambio, no tiene tampoco una oposición compacta. Sus adversarios se reparten entre las dos alas extremas de la cámara. Son, a la derecha, los nacionalistas y los fascistas; a la izquierda, los socialistas y los comunistas. Y estas dos, o cuatro, oposiciones, consideran los problemas y los negocios del Estado alemán desde diversos y opuestos puntos de vista.

La vida de un ministerio minoritario se explica por esta pluralidad y este antagonismo de las fuerzas adversarias. El ministerio vive del perenne desacuerdo entre las dos extremas. Su política consiste en buscar, en unos casos, el apoyo de la derecha y, en otros casos, el de la izquierda. Es una política de balancín y de equilibrio que debe esquivar, a toda costa, el riesgo de una votación en que las dos extremas puedan encontrarse, en algún modo, de acuerdo en el sí o en el no, aunque partan, como es natural, de principios radicalmente adversos.

Luther cree contar con los nacionalistas para la aprobación de su política interna y con los socialistas para la de su política exterior. Sobre este cálculo reposa toda la combinación ministerial que preside y dirige. Su política debe ser, con una curiosa equidad, reaccionaria dentro, democrática fuera. (Nada más alemán que esto, observarán socarronamente los franceses).

Pero este mecanismo de péndulo es, en la práctica, excesivamente delicado. La menor arritmia puede malograrlo. El gabinete es una nave que navega entre dos filas de arrecifes y que, para evitarlos, debe virar con precisión matemática unas veces a la derecha y otras veces a la izquierda. Al menor golpe de timón equivocado, encallará a un lado o a otro.

El régimen parlamentario se ha salvado una vez más en Alemania; pero esta vez, en verdad, se ha salvado en una tabla. El tono y los bigotes militares de Hindenburg no permiten, además, hacerse demasiadas ilusiones sobre su seguridad en las futuras tempestades. La primera tempestad que turbe demasiado sus nervios puede decidir a Hindenburg a echarlo por la borda.

Los partidarios del parlamentarismo tienen razón para mostrarse melancólicos. Su sistema funciona todavía, regularmente, en la Gran Bretaña. Pero también ahí, cuando la amenaza de una huelga de mineros constriñe al gobierno conservador a una concesión al laborismo, el rol decisivo de la mayoría parlamentaria aparece asaz desmedrado y disminuido.

Hasta hace poco los partidarios del parlamentarismo se mantenían optimistas sobre el porvenir del régimen. Constatando los efectos del sistema de la representación proporcional, decían que había terminado la Época de los gobiernos de partido y que había empezado la época de coalición. Eso era todo. Pero los gobiernos de coalición funcionan cada día peor y menos. No sólo es excesivamente difícil sostenerlos. Más difícil todavía, si cabe, es componerlos. La alquimia de las coaliciones y de las amalgamas no ha encontrado hasta ahora una fórmula siquiera aproximada.

Por el contrario, la experiencia de los años post-bélicos ha probado la imposibilidad de constituir coaliciones homogéneas y duraderas. Como lo observa en Francia un diputado reaccionario, Mr. Mandel, las coaliciones no son realizables sino "por un juego de concesiones recíprocas, de ventajas descontadas que desgarran la doctrina, disminuyen el valor combativo de los partidos, los solidarizan el uno al otro, en un renunciamiento mutuo y una política negativa". El método de coalición se resuelve en un método de parálisis y de impotencia. Y la inestabilidad de los ministerios acaba, de otro lado, por exasperar a la opinión, por acendrada que sea su educación democrática, hasta persuadirla de la necesidad de una dictadura.

El remedio está para muchos en el abandono del sistema de la representación proporcional. Pero esta solución es de un simplismo extremo. La democracia, el parlamento, conducen fatalmente a la representación proporcional. La representación proporcional es una consecuencia, es un efecto. No se llega a ella por voluntad de los legisladores sino por necesidad del parlamentarismo. Y, en la presente estación del parlamentarismo, no se puede renunciar a la representación proporcional sin renunciar al propio régimen parlamentario. Como lo acaba de recordar Hindenburg a la democracia alemana, no hay modo de escapar al dilema: parlamento o dictadura.

En Alemania se observa, desde hace algún tiempo, un movimiento de concentración burguesa. Los partidos democráticos de la burguesía se han se-parado del partido socialista. Del gabinete presidido por Luther, forma parte Marx, el opositor de Hindenburg en las elecciones presidenciales. Marx, ministro de Hindenburg. He ahí, sin duda, un síntoma de que las diversas fuerzas burguesas se reconcilian. Todavía los demócratas y los católicos se sienten demasiado lejos de los nacionalistas, esto es de la extrema derecha. Pero, de toda suerte, las distancias se han acortado sensiblemente. Y por este camino se puede llegar a la constitución de un frente único de la burguesía.

Pero no se vislumbra, ni aún por este camino, la solución de la crisis del régimen parlamentario. Porque su vida no depende sólo de que crea en él la burguesía sino, sobre todo, de que crea en él la clase trabajadora. En cuanto el parlamento aparezca como un órgano típico del dominio de la burguesía, el socialismo reformista cederá totalmente el campo al socialismo revolucionario. O sea al socialismo que no espera nada del parlamento.

-----  
 \* Publicado en **Variedades**, Lima, 30 de Enero de 1926

### **- LA "JUANA DE ARCO" DE JOSEPH DELTEIL\***

Jeanne d'Arc, de Joseph Delteil, ha ganado el premio Fémina. Pero me complazco en declarar que no es por esto que lo pongo aquí. Una consagración académica no me parece un motivo para leer un libro. Me parece, más bien, un motivo para no leerlo. El premio Fémina no quita ni agrega nada al mérito del romance de Joseph Delteil.

El interés de este libro está, sobre todo, en el interés actual del tema. Juana de Arco es un tema de la época. En la obra de Joseph Delteil, en la obra de Bernard Shaw, no se puede ver fundamentalmente una criatura de la fantasía y de la voluntad, han aprehendido una emoción del espíritu contemporáneo.

Cualquier tiempo puede producir una vida de Juana de Arco más o menos profana. Pero no una interpretación viva ni una imagen nueva de la Doncella y de su mundo. Y el deseo de lograr esta interpretación, esta imagen, es, precisamente, el sentimiento que inspira así el libro de Delteil, como el de Shaw.

Los personajes de la historia o de la fantasía humanas, como los estilos y las escuelas artísticas o literarias, no tienen la misma suerte ni el mismo valor en todas las épocas. Cada época los entiende y los conoce desde su peculiar punto de vista, según su propio estado de ánimo. El pasado muere

y renace en cada generación. Los valores de la historia, como los del comercio, tienen altas y bajas. Una época racionalista y positivista no podía amar a la Doncella. Su concepción de Juana de Arco era la destilada, laboriosa y lentamente, por el maligno alambique de Anatole France. Pero, en esta época, sacudida por las fuertes corrientes de lo irracional y lo subconsciente, es lógico que el espíritu humano se sienta más cerca de Juana de Arco y más apto para comprenderla y estimarla. Juana de Arco ha venido a nosotros en una ola de nuestra propia tormenta.

Joseph Delteil, con su bizarra vehemencia, cree ser hoy el solo hombre capaz de comprender a esta criatura. Elle m'est aussi naturelle que'une soeur,\* escribe Delteil en el prefacio de su libro. Pero no le hagamos caso. De la misma manera pretenden acaparar a Juana de Arco todos los que la declaran suya. Y, en particular, aquellos de quienes el espíritu de la Doncella -espíritu esencialmente revolucionario- está más distante. Los monarquistas de L'Action Française, verbigracia. [\* Ella me es tan familiar como una hermana]

Mas se debe reconocer a Delteil el mérito literario de ofrecernos la más fresca y viva imagen moderna de la Doncella. Su Juana de Arco brota de la tierra. Delteil no intenta explicar lo inexplicable. En su romance, la Doncella dialoga con Santa Catalina y Santa Margarita, como dos muchachas de la campiña. No hay pathos, no hay éxtasis, lo maravilloso es presentado con toda ingenuidad, con toda sencillez, como en las fábulas de los niños. Lo inverosímil no pretende ser verosímil. Conserva intacto y virginal su candor. Pero no reside en esta combinación de lo maravilloso y lo natural el acierto del novelista. Reside, más bien, en el simple y fuerte realismo de la imagen. La Jeanne d'Arc de Delteil, es ante todo, humana, muy humana. Es una sencilla y robusta criatura, sana de cuerpo y alma, sin complejidades y sin sombras. Es una lozana hija del pueblo, nacida para la vida, el amor y la creación.

En un capítulo de su romance, Delteil traza un «pequeño retrato a gruesas líneas» de su agonista.

Empieza por fijar su propia posición filosófica: «Toda acción verdaderamente grande comporta una parte de desconocido, de divino. El fenómeno no admite explicación humana. Lo maravilloso rompe la razón. La actitud racionalista es absolutamente mezquina ante una Juana de Arco. Las fuerzas de la naturaleza, el genio, la felicidad, el arte, escapan al razonamiento».

Delteil sitúa a la Doncella en un plano divino. «No hay asimilación posible



entre Juana y Napoleón. La una es del dominio de Dios, el otro del dominio del Genio. (Y cuando yo digo Dios, ruego a los no creyentes reemplazar a su guisa esta palabra por otra: Pan, Ser Supremo, Gran Todo, etc.)».

Pero, en seguida, Delteil desciende de la abstracción. «Y sin embargo - escribe- Juana de Arco no es un puro milagro. Esta flor tiene raíces. Las apariencias razonables, racionales (digo apariencias) están hasta cierto punto salvaguardadas. En Juana los planos divino y humano coinciden. Juana poseía todas las cualidades humanas capaces de hacer una Juana de Arco». La criatura que Delteil nos muestra es una perfecta y viviente criatura de carne y hueso. «Juana es toda salud. ¡Qué tontería hablar de histeria! Es una bella campesina de Francia, nutrida de alimentos simples, carnes indígenas, legumbres frescas, bien plantada sobre sus fuertes muslos, los sólidos pies sobre la tierra. El sistema respiratorio y circulatorio intactos. Un poco sanguínea, tal vez, con sangre espesa en sus grandes venas, una carne tranquila de franco animal, la piel elástica y profunda. Su cuerpo es un templo antiguo, sin florituras, pero construido sobre bases eternas. Todo en ella es síntesis, densidad y proporción».

Este es el barro. Esto es lo físico, lo material. ¿Cómo es lo espiritual, lo síquico? Delteil encuentra para su definición fórmulas breves y justas. «Al servicio de este amplio cuerpo, un temperamento de fuego. La salud física es un elemento estático. El temperamento es el principio dinámico. La salud tiene un sentido quieto. El temperamento tiene un tono revolucionario. En Juana las dos potencias se alían y se compenetran. Es impulsiva, impetuosa. Si su carne es toda salud, su alma es toda pasión. Respira, come, quiere, ama, odia, con vehemencia».

He ahí la mujer. La heroína, la santa, no se dejan captar tan esquemáticamente. Delteil nos invita a admirar, ante todo, su magnífica audacia, hija de su juventud. «Sólo la juventud -escribe Delteil- puede salvar al mundo. La experiencia y la vejez son los más temibles microbios del hombre». Luego sostiene que la suprema virtud de Juana es su ignorancia. Juana desconoce la duda, desconoce la teoría. «Infalible como una paloma mensajera, Juana de Arco es la glorificación del Instinto». Joseph Delteil se complace en constatar que «todas sus victorias son irregulares» y que «a una bella derrota, conforme con las reglas, prefiere una victoria defectuosa». Pero esta ignorancia y esta ingenuidad son las del genio. En el fondo de tanto transparente candor, rutila la malicia de la campesina. La doncella de Donremy es aguda, alegre, lista. «Como todos los seres fundamentalmente buenos tenía en el alma un ápice de burla». Todas sus decisiones están llenas de buen sentido.

Bernard Shaw ha escrito una obra relativista. Joseph Delteil, una obra apologética. El dramaturgo británico se pone en el punto de vista de Juana y de sus jueces. El novelista francés no conoce ni admite otro punto de vista que el de Juana de Arco. La Pucelle\* combate el Mal, el Error, el Pecado. La obra de Shaw, más que una defensa de Juana, es una defensa del Obispo Cauchón. Delteil no se ocupa de Cauchón sino para maldecirlo y vituperarlo. Lo llama «el obispo de alma de asno, el bastardo de Judas, el cerdo de la Historia». [\* La Doncella]

El romance de Delteil es una apología fervorosa de la Santa. Delteil ha escrito su romance con amor, con pasión. La prensa ortodoxa, sin embargo, lo ha condenado. ¿Por qué? El naturalismo de ciertas páginas le parece sacrílego. La Iglesia no puede admitir que se hable de una santa como de una mujer.

Los nacionalistas de L'Action Française se han mostrado, en cambio, inclinados a adoptar esta Jeanne d'Arc, si Delteil consiente en la supresión de algunas frases irreverentes. Y tenemos así a Delteil en flirt con la extrema derecha orleanista, en el mismo momento en que el grupo superrealista, siguiendo la trayectoria lógica de su pensamiento y aceptando las últimas consecuencias de su protesta, se fusiona con el grupo clartista,\* bajo la bandera de la revolución. [\*Miembro del grupo Clarté]

Joseph Delteil se declara "casi" católico. Hasta hace poco teníamos derecho para considerarlo, además, casi superrealista. O sea casi revolucionario. Y aquí está el lado flaco de su personalidad y de su obra. Esta palabra que él mismo ha buscado para calificarse, sin comprometerse demasiado, explica y define todo Delteil: Presque, casi. Su Jeanne d'Arc, que encierra tantas bellezas y define tantos aciertos, podría, tal vez, haber sido una obra maestra. Pero después de leerla, se siente que algo ha fallado en ella. También en su libro, Joseph Delteil se ha detenido en el casi.

-----  
\* Publicado en Variedades: Lima, 6 de Febrero de 1926. Desde el quinto párrafo apareció como una nota crítica a la citada obra en Libros y Revistas: N° 2, pp. 9-11; Lima, Marzo y Abril de 1926.

## **- POLITICA INGLESA\***

La política inglesa, a primera vista, parece un mar en calma. El gobierno de Baldwin dispone de la sólida mayoría parlamentaria, ganada por el partido conservador hace poco más de un año. ¿Qué puede amenazar su vida? Inglaterra es el país del parlamentarismo y de la evolución. Estas consideraciones deciden fácilmente al espectador lejano de la situación política inglesa a declararla segura y estable.

Pero a poco que se ahonde en la realidad inglesa se descubre que el orden conservador presidido por Baldwin, reposa sobre bases mucho menos firmes de lo que se supone. Bajo la aparente quietud de la superficie parlamentaria, madura en la Gran Bretaña una crisis profunda. El gobierno de Baldwin tiene ante sí problemas que no consienten una política tranquila. Problemas que, por el contrario, exigen una solución osada y que, en consecuencia, pueden comprometer la posición electoral del partido conservador.

Si Inglaterra no se mantuviera aún dentro del cauce democrático y parlamentario, el partido conservador podría afrontar estos problemas con su propio criterio político y programático, sin preocuparse demasiado de las ondulaciones posibles de la opinión. Pero en la Gran Bretaña a un gobierno no le basta la mayoría del parlamento. Esta mayoría debe sentirse, a su vez, más o menos cierta de seguir representando a la mayoría del electorado. Cuando se trata de adoptar una decisión de suma trascendencia para el im-

perio, el gobierno no consulta a la cámara; consulta al país convocando a elecciones. Un gobierno que no se condujese así en Inglaterra, no sería un gobierno de clásico tipo parlamentario.

El último caso de este género está muy próximo. Como bien se recordará, en 1923 los conservadores estaban, cual ahora, en el poder. Y estaban, sobre todo, en mayoría en el parlamento. Sin embargo, para decidir si el Imperio debía o no optar por una orientación proteccionista, -combatidos por los liberales y los laboristas en el parlamento-, tuvieron que apelar al país. El fallo del electorado les fue adverso. No habiendo dado a ningún partido la mayoría, la elección produjo el experimento laborista.

Ahora, por segunda vez, la crisis económica de la post-guerra puede causar el naufragio de un ministerio conservador. El escollo no es ya el problema de las tarifas aduaneras sino el problema de las minas de carbón. Esto es, de nuevo un problema económico.

La cuestión minera de Inglaterra es asaz conocida en sus rasgos sustantivos. Todos saben que la industria del carbón atraviesa en Inglaterra una crisis penosa. Los industriales pretenden resolverla a expensas de los obreros. Se empeñan en reducir los salarios. Pero los obreros no aceptan la reducción. En defensa de la, integridad de sus salarios, están resueltos a dar una extrema batalla. No hay quien no recuerde que hace pocos meses este conflicto adquirió una tremenda tensión. Los obreros acordaron la huelga. Y el gobierno de Baldwin sólo consiguió evitarla concediendo a los industriales un subsidio para el mantenimiento de los salarios por el tiempo que se juzgaba suficiente para buscar y hallar una solución.

El problema, por tanto subsiste en toda su gravedad. El gobierno de Baldwin firmó, para conjurar la huelga, una letra cuyo vencimiento se acerca. Una comisión especial estudia el problema que no puede ser solucionado por medios ordinarios. El Partido Laborista pro-pugna la nacionalización de las minas. El Partido Conservador parece que, constreñido por la realidad, se inclina a aceptar una fórmula de semi-estadización que, por supuesto, los liberales juzgan excesiva y los laboristas insuficiente. Y, por consiguiente, no es improbable que los conservadores se vean, como para las tarifas aduaneras, en el caso de reclamar un voto neto de la mayoría electoral. No es ligera la responsabilidad de una medida que significarla un paso hacia la nacionalización de una industria sobre la cual reposa la economía británica.

Y ya no caben, sin definitivo desmedro de la posición del gobierno conservador, recursos y maniobras dilatorias. La amenaza de la huelga está

ahí. El gobierno que hace poco, para ahorrar a Inglaterra, el paro, se resolvió a sacrificar millones de esterlinas, conoce bien su magnitud. Y la ondulante masa neutra que decide siempre el resultado de las elecciones, y que en las elecciones de diciembre de 1924 dio la mayoría a los conservadores, no puede perdonarle un fracaso en este terreno.

El partido conservador venció en esas elecciones por la mayor confianza que inspiraba a la burguesía y a la pequeña burguesía su capacidad y su programa de defensa del orden social. Y una huelga minera sería una batalla revolucionaria. ¡Cómo! -protestaría la capa gris o media del electorado ante un paro y sus consecuencias -. ¿Es ésta la paz social que los conservadores nos prometieron en los comicios? Baldwin y sus tenientes se sentirían muy embargados para responder.

Estas dificultades —y en general todas las que genera la crisis económica o industrial— tienen de muy mal humor a los conservadores de extrema derecha. Toda esta gente se declara partidaria de una ofensiva de estilo fascista contra el proletariado. No obstante la diferencia de clima y de lugar, la gesta de Mussolini y los "camisas negras" tiene en Inglaterra, la tierra clásica del liberalismo, exasperados e incandescentes admiradores que, simplísticamente, piensan que el remedio de todos los complejos males del Imperio puede estar en el uso de la cachiporra y el aceite de ricino.

Los conservadores ultraístas, llamados los die-hards, acusan a Baldwin de temporizador. Denuncian la propagación del espíritu revolucionario en los rangos del labour Party. Reclaman una política de implacable represión y persecución del comunismo, cuyos agitadores y propagandistas deben, a su juicio, ser puestos fuera de la ley. Sostienen que la crisis industrial depende del retraimiento de los capitales por miedo a una bancarrota del antiguo orden social. Recuerdan que el partido conservador debió en parte su última victoria electoral a las garantías que ofrecía contra el "peligro comunista" patéticamente invocado por el conservantismo, en la víspera de elecciones, con una falsa carta de Zinoviev en la mano crispada.

La exacerbada y delirante vociferación de los die-hards ha conseguido, no hace mucho, de la justicia de Inglaterra, la condena de un grupo de comunistas a varios meses de prisión. Condena en la que Inglaterra ha renegado una parte de su liberalismo tradicional.

Pero los die-hards no se contentan de tan poca cosa. Quieren una política absoluta y categóricamente reaccionaria. Y aquí está otro de los fermentos de la crisis que, bajo una apariencia de calma, como conviene al estilo de la

política británica, está madurando en Inglaterra.

-----

\* Publicado en Variedades, Lima, 13 de Febrero de 1926.

### **- AUSTRIA, CASO PIRANDELLIANO\***

A propósito de la escaramuza polémica entre Italia y Alemania sobre la frontera del Brennero no se ha nombrado casi a Austria. Pero, de toda suerte, este último incidente de la política europea, nos invita a dirigir la mirada a este Estado. El diálogo Mussolini-Stresseman sugiere necesariamente a los espectadores lejanos del episodio una pregunta: ¿Por qué se habla de la frontera ítalo-alemana? Para explicarse esta compleja cuestión es indispensable saber hasta qué punto Austria existe como Estado autónomo e independiente.

El Estado austriaco aparece, en la Europa post-bélica, como el más paradójico de los Estados. Es un Estado que subsiste a pesar suyo. Es un Estado que vive porque los demás lo obligan a vivir. Si se nos consiente aplicar a los dramas de las naciones el léxico inventado para los dramas de los individuos, diremos que el caso de Austria se presenta como un caso pirandelliano.

Austria no quería ser un Estado libre. Su independencia, su autonomía, representan un acto de fuerza de las grandes potencias del mundo. Cuando la victoria aliada produjo la disolución del imperio austro-húngaro, Austria, que después de haberse sentido por mucho tiempo desmesuradamente grande se sentía por primera vez insólitamente pequeña, no supo adaptarse a su nueva situación. Quiso suicidarse como nación. Expresó su deseo de entrar a formar parte del Imperio alemán. Pero entonces las potencias le

negaron el derecho de desaparecer. Y, en previsión de que insistiera más tarde en su deseo, decidieron tomar todas las medidas posibles para garantizarle su autonomía.

El famoso principio wilsoniano de la libre determinación de los pueblos sufrió aquí, precisamente, el más artero golpe. El más artero y el más burlesco. Wilson había prometido a los pueblos el derecho de disponer de sí mismos. Los artífices del tratado de paz quisieron poner en la formulación de este principio una punta de ironía. La independencia de un Estado no debía ser sólo un derecho; debía ser una obligación.

El tratado de paz prohíbe prácticamente a Austria la fusión con Alemania. Establece que, en cualquier caso, esta fusión requiere para ser sancionada el voto unánime del Consejo de la Sociedad de las Naciones.

Ahora bien. De este consejo forman parte Francia e Italia, dos potencias naturalmente adversas a la unión de Alemania y Austria. Las dos vigilan, en la Sociedad de las Naciones, contra toda posible tentativa de incorporación de Austria en el Reich.

A Francia, como es sabido, la desvela demasiado la pesadilla del problema alemán. Para muchos de sus estadistas la única solución lógica de este problema es la balkanización de Alemania. Bajo el gobierno del bloque nacional Francia ha trabajado ineficaz pero pacientemente por suscitar en Alemania un movimiento separatista. Ha subsidiado elementos secesionistas de diversas calidades, empeñada en hacer prosperar un separatismo bávaro o un separatismo renano. La autonomía de Baviera, sobre todo, parecía uno de los objetivos del poincarismo. El imperialismo francés soñaba con cerrar el paso a la anexión de Austria al Reich mediante la constitución de un Estado compuesto por Baviera y Austria. Se tenía en vista el vínculo geográfico y el vínculo religioso. (Baviera y Austria son católicas mientras Prusia es protestante. Y aún étnicamente Austria se identifica más con Baviera que con Prusia). Pero se olvidaba que su economía y su educación industriales habían generado, un cambio, en el pueblo austriaco, una tendencia a confundirse y consustanciarse con la Alemania manufacturera y siderúrgica, más bien que con la Alemania rural. En todo caso, para que la idea del Estado bávaro-austriaco prosperase, hacía falta que prendiese, previamente, en Baviera. Y esta esperanza, como es notorio, ha tramontado antes por el propio poincarismo. Para Francia, por consiguiente, como un anexo o una secuela del problema alemán, existe un problema austriaco. "Basta echar una mirada sobre el mapa -escribe Marcel Dunan en un libro sobre Austria- para comprender toda la importancia del problema austriaco, llave de la mayor parte de las cuestiones políticas que

interesan a la Europa Central. Libre y abierta a la influencia de las grandes potencias occidentales, Austria asegura sus comunicaciones con sus aliados o clientes del cercano Oriente danubiano y balcánico; abandonada por nosotros a las sugerencias de Berlín, se halla en grado de aislarnos de nuestros amigos eslavos. Corredor abierto a nuestra expansión o muro erigido contra ella, Austria confirma o amenaza la seguridad de nuestra victoria y aún la de la paz europea".

Italia, a su vez, no puede pensar, sin inquietud y sin sobresalto, en la posibilidad de que resurja, más allá del Brennero, una Austria poderosa. El pro-pósito de restauración de los Hapsburgo en Hungría tuvo su más obstinado enemigo en la diplomacia italiana, preocupada por la probabilidad de que esa restauración produjese a la larga la reconstitución de un Estado austro-húngaro.

Pero, teórica y prácticamente, ninguna de las precauciones del Tratado de Paz y de sus ejecutores logra separar a Austria de Alemania. Y, es por esto, que, cuando se trata de las minorías nacionales encerradas dentro de los nuevos límites de Italia, no es Austria sino Alemania la que reivindica sus derechos o apadrina sus aspiraciones. Austria, en último análisis, no es sino un Estado alemán temporalmente separado del Reich.

La política de los dos partidos que, desde la caída de los Hapsburgo, comparten la responsabilidad del poder en Austria, se encuentra estrechamente conectada con la de los partidos alemanes del mismo ideario y la misma estructura. El partido social-cristiano, que tiene en Monseñor Seipel su político más representativo, se mueve evidentemente en igual dirección que el centro católico alemán. Y entre el socialismo alemán y el socialismo austriaco, la conexión y la solidaridad son, como es natural, más señalados todavía. Otto Bauer, por no citar sino un nombre, es una figura común -por lo menos en el terreno de la polémica socialista- a las dos social-democracias germanas. Y el partido socialista austriaco, de otro lado, es el que más significadamente tiende en Austria a la unión política con Alemania.

Concurre a aumentar lo paradójico del caso austriaco el hecho de que este Estado funcione, presentemente, más o menos como una dependencia de la Sociedad de las Naciones. Destinado por la raza y la lengua a vivir bajo la influencia política y sentimental de Alemania, el Estado austriaco se halla, financieramente, bajo la tutela de la Sociedad de las Naciones o sea, hasta ahora, de los enemigos de Alemania.

El Austria contemporánea, es lo que no quisiera ser. Aquí reside el



pirandellismo de su drama. Los seis personajes en busca de autor afirman exasperada-mente, en la farsa pirandelliana, su voluntad de ser. Austria guarda en el fondo de su alma, su voluntad, más pirandelliana si se quiere, de no ser. Pero el drama, hasta donde cabe un parecido entre los individuos y las naciones, es sustancialmente el mismo.

-----  
 \* Publicado en Variedades, Lima, 20 de Febrero de 1926.

## **- ALEMANIA EN LA SOCIEDAD DE LAS NACIONES\***

En 1919, la entrada de Alemania en la Sociedad de las Naciones, habría reforzado considerablemente a este organismo. En 1926 lo refuerza muchísimo menos. Los empresarios de la Sociedad de las Naciones han hecho un pésimo negocio negando a Alemania en 1919 el derecho que, siete años más tarde, se encuentran obligados a reconocerle y casi a ofrecerle.

El ingreso de Alemania en 1919 hubiese podido aprovechar a la realización de una política de pacifismo democrático y de internacionalismo wilsoniano. El Imperio alemán acababa de divorciarse de la monarquía para desposar la democracia. En la presidencia del Reich el sufragio popular había colocado, democráticamente, a un talabartero. En el gobierno y el parlamento dominaban las fuerzas de la democracia. Por consiguiente, al seno de la Sociedad de las Naciones. Alemania habría podido mandar hombres como Erzberger, como Rathenau, como Wirth, como Müller, capaces de colaborar, con positivo sentimiento democrático, en los trabajos de la Liga. De otra parte, en ese tiempo, la Liga habría dictado a Alemania -y no Alemania a la Liga- las condiciones de admisión.

En siete años, el mundo ha dado muchas vueltas. Ha tramontado tempranamente la ecuménica ilusión wilsoniana. La Sociedad de las Naciones ha perdido gran parte de su crédito de la primera hora. Los Estados Unidos le han rehusado su concurso. Ha surgido en Europa un régimen político —el

régimen fascista— que, fundado teórica y prácticamente en la violencia, no disimula su desdén por la Liga y su ideología. El propio Estado alemán se ha transformado. No es ya la república social-democrática de Ebert, Erzberger y Rathenau. A la cabeza de la República se encuentra uno de los más cuadrados generales de la monarquía. Alemania no ingresa a la Liga de las Naciones para trabajar por una reorganización democrática del mundo sino para reclamar su parte en la distribución de colonias y materias primas.

Mussolini que sabe encontrar fórmulas agudas, aunque a veces, como conviene a su prestigio de condottiere, prefiera un lenguaje un poco sibilino, ha definido la Sociedad de las Naciones como "una liga de los Estados viejos contra los Estados nuevos". El dictador italiano considera, por supuesto, entre los Estados nuevos, al Estado fascista. Pero, si se prescinde de esta parte subjetiva de su opinión, no se puede negar que su fórmula define bien la función real de la Liga. A pesar de pertenecer al más extremo caudillo de la reacción, cualquier revolucionario puede suscribirla. Como está constituida, la Sociedad de las Naciones, malgrado su programa y su retórica, no representa prácticamente otra cosa que los intereses del orden viejo en pugna con los intereses de un orden nuevo. (Para dar más precisión a la frase de Mussolini basta sustituir la palabra Estado por la palabra orden o régimen).

El caso de Alemania confirma esta tesis. La Liga se negó a admitir en su seno a Alemania en un tiempo en que Alemania parecía en trance de devenir un Estado nuevo. (¿Quién puede dudar de que en la cuarentena del Reich no influyó la consideración de su crisis revolucionaria? Entre 1919 y 1923. Alemania se presentaba como un pueblo en peligro de entregarse al bolchevismo). En cambio ahora que, superado el período de ofensiva revolucionaria, Alemania se presenta en un período de estabilización capitalista, que amenaza con culminar en una restauración monárquica, los gobiernos que dirigen la política de la Liga no tienen ningún inconveniente en invitar al gobierno del Reich a tomar asiento a su lado. Desde este punto de vista, la admisión de Alemania no aparece como el resultado de un proceso de democratización de Europa sino, por el contrario, como la consecuencia de un fenómeno de desdemocratización de Alemania.

Y esto no es el solo caso que denuncia el espíritu esencialmente conservador de la Sociedad de las Naciones. La exclusión de la China del Consejo de la Liga tiene la misma filiación. Se ha dicho, para justificar esta exclusión, que la China, caída en la anarquía, carece de un gobierno estable. Pero la verdadera razón es otra. Lo que molesta y preocupa al capitalismo europeo, en la China, no es su estado de anarquía sino su estado de revolución. La situación política china no era en 1919 más

estable que en 1923. Inglaterra no encontraba en la China en 1923 más orden interno sino menos sumisión a su imperialismo que en 1919. Un gobierno chino, por sólido que sea realmente, no lo será nunca para Inglaterra y, por ende, para la Sociedad de las Naciones si, como acontece en la actualidad, predomina en su composición el partido nacionalista revolucionario (Kuo-Min-Tang) de sospechosa actitud frente al bolchevismo ruso.

La incorporación de Alemania en la Liga es un matrimonio de conveniencia. No es a la Alemania de Weimar a la que las potencias que ganaron la guerra abren las puertas de la Liga. Es más bien, a la Alemania de la restauración. Y esta Alemania impregnada de sentimiento nacionalista y conservador, no se moverá dentro de los debates de la Liga sino en la dirección que le señalen los intereses de su expansión industrial. La reivindicación fundamental de Alemania no deja lugar a equívocos. Es una reivindicación de su industria y su comercio que se resuelve en un gesto imperialista: la demanda de colonias.

El finado León Bourgeois, uno de los padrinos y uno de los retores de la Sociedad de las Naciones, tenía fe absoluta en el porvenir de esta fundación wilsoniana porque "la muerte no puede prevalecer sobre la vida". Pero en sus elocuentes alegatos, no llegaba a demostrar que en la Sociedad de las Naciones estuviesen la salud y la vida del mundo. Se puede pensar, con el profesor de derecho internacional Georges Scelle, que "la evolución del nacionalismo al internacionalismo es una cosa científicamente tan fatal y tan natural como lo fue en el pasado la formación de los grandes Estados por encima de las feudalidades o como lo son hoy las agrupaciones federalistas". Pero esto no obliga a creer en una Sociedad de las Naciones que se apoya en la ideología demo-burguesa, fundamentalmente nacionalista en sus orígenes y en sus raíces históricas. La idea de la Sociedad de las Naciones intenta resolver el conflicto entre la política nacionalista y la economía internacionalista del orden burgués. Mas pretende resolverlo en servicio de este orden. No puede admitir ni tolerar la idea de su liquidación y de su bancarrota.

Que la Alemania de Hindenburg y Luther se asocie a esta tentativa no tiene absolutamente ninguna trascendencia histórica.

-----  
\* Publicado en Variedades, Lima. 27 de Febrero de 1926.

### - ARISTIDES BRIAND\*

El sino de este viejo protagonista de la política francesa parece ser el de la contradicción y el del conflicto consigo mismo. Briand es —como dicen J. Kessel y G. Suárez— el hombre "que después de haber predicado la revuelta debió reprimirla, después de haber clamado contra el ejército debió hacer la guerra, después de haber combatido un tratado de paz debió aplicarlo". Kessel y Suárez agregan, diseñando un sobrio y fuerte retrato, que Briand "tiene un aire despreocupado y sin embargo atento, cansado y sin embargo pronto para la acción, desencantado y sin embargo curioso".

Este retrato histórico y psicológico de Briand podría ser, también, el de la democracia occidental. ¿No ha tenido igualmente la democracia el extraño destino de renegar todos sus grandes principios, todas sus grandes afirmaciones? Briand es su personaje representativo. Briand, que como Viviani, como Clemenceau, como Millerand, como casi todos los mayores estadistas de los últimos veinte años de la historia de Francia, procede de ese socialismo que la crítica aguda y certera de George Sorel marcó a fuego.

En el socialismo, este parlamentario elocuente, cuyos ojos de desilusionado tienen a veces un resplandor dramático, debutó con una actitud extremista. Fue uno de los primeros teorizantes de la huelga general revolucionaria. Pero este extremismo duró poco. Briand, nacido bajo el signo de la democracia, no estaba destinado a la misión ascética de un Sorel. Había en

su espíritu la movilidad y la inconstancia que en Italia debían singularizar, más tarde, a Arturo Labriola, en su trayectoria del más intransigente sindicalismo revolucionario a la más blanda profesión social-democrática.

Pocos años después de su gesto revolucionario, Briand se convertía, dentro del socialismo, en el abogado sagaz y dúctil de la entrada de Millerand en el gabinete de Waldeck-Rousseau. Había encontrado ya su camino. En la de-liberación y manipulación de las fórmulas equívocas, sobre las cuales se construyó en Francia la unidad socialista, había descubierto su innata aptitud de parlamentario. La hora era del parlamento, no de la revolución. ¿Qué cosa mejor que un parlamentario podía ser entonces, Briand? En el grupo de diputados del partido socialista, el puesto de líder pertenecía por antonomasia y para toda la vida a Jaurés. Por consiguiente, había que salir del socialismo. Millerand había señalado la vía.

Briand, por la misma vía, encontró pronto su ministerio. El fenómeno dreyfussista aseguraba a las izquierdas, al radicalismo demo-masónico y pequeño burgués, un largo período de gobierno. Y sus experimentos, sus maniobras, sus fintas, reclamaban en algunos puestos de su batalla parlamentaria a hombres de filiación y estilo un poco rojos. A Briand se le llamó al poder para encargarle la aplicación de la ley de separación de la Iglesia y el Estado. En consecuencia, por una larga temporada parlamentaria, si no el léxico socialista, Briand conservó al menos una elocuencia, un ademán y una melena asaz jacobinos.

Poco a poco, de su pasado no le quedó sino la melena. Como jefe del gobierno, le tocó, finalmente, sentirse responsable de la suerte de la burguesía. El teórico de la huelga general revolucionaria aceptó, en la historia de la Tercera República, el rol de represor de una huelga de ferroviarios.

Vituperado por la extrema izquierda, calificado de "aventurero" por Jaurés, de quien había sido teniente en la plana mayor de "L'Humanité", Briand se inscribió, definitivamente, en el elenco de las bonnes a tout faire de la Tercera República. Sin embargo, la "unión sagrada" marcó, en su biografía, una estación adversa. Las derechas, usufructuarias principales de la guerra, miraban con recelo a este parlamentario orgánico que en su larga carrera política había hecho tan copioso uso de las palabras Libertad, Paz, Democracia, etc.

En las elecciones de 1919 Briand fue naturalmente uno de los candidatos del bloque nacional. Pero el predominio espiritual de las derechas en este vasto conglomerado, entrababa sus planes. Y Briand, por esto, empleó su

astucia parlamentaria en la empresa de dividirlo. A derecha, en el bloque nacional, había algunos jefes. Al centro, en cambio, no había casi ninguno. La izquierda, batida en la persona de Caillaux, se contentaba con colaborar con cualquier gobierno que se tiñese de color republicano. Briand se daba cuenta de la facilidad de devenir la cabeza de esta mayoría acéfala. "Yo aconsejé al leader de la Entente republicana —ha contado el propio Briand— que se decidiera a una operación quirúrgica y a constituir dos grupos en lugar de uno. No estábamos en la cámara para actuar sentimentalmente". El proyecto naufragó. El bloque nacional prefirió subsistir como había nacido. Mas Briand logró siempre aprovecharse de su acefalía. Caído Leygues, sobre la base de esta heteróclita mayoría, constituyó por séptima vez en su vida, el gobierno de Francia. Su ministerio escolló en Cannes. No obstante su experiencia de piloto parlamentario, Briand no pudo evitar los arrecifes del belicismo declamatorio del bloque nacional que encontraban un apoyo activo en el presidente de la república, tentado por la ambición de devenir en dictador de la victoria.

Pero con las elecciones de 1924 llegó su revancha. Su instinto electoral le había consentido asumir, oportunamente, una actitud de hombre de izquierda. El bloque de izquierdas lo contó entre sus diputados. Y, consiguientemente, entre sus líderes. El primer experimento gubernamental le tocó a Herriot; el segundo a Painlevé. A la derecha del sabio geómetra, a quien la agresiva prosa de León Daudet define como el solo presente cómico que las matemáticas han hecho a la humanidad, Briand aguardaba su turno.

Situado a la derecha también, en el bloque radical-socialista Briand ha tenido a éste, en más de una ocasión, casi a merced de su pequeño grupo de diputados. Y durante algunos meses, maniobrando diestramente en un mar en borrasca, ha sabido conservar a flote su octavo ministerio. Ha querido actuar una política más o menos derechista con un ministerio oficialmente sostenido por las izquierdas. Algo fatigado, sin duda, de contradecirse un tanto solo, ha pretendido que con él se contradijera una entera coalición, de la cual forma parte el partido socialista oficial que, en los tiempos de Guesde, Vaillant y Jaures lo reprobó y condenó por una desviación después de todo menos grave.

Ha dejado creer, finalmente, que estaba dispuesto, en última instancia, a imponer a Francia su dictadura. Poincaré se ha sonreído de esta posibilidad. ¿Briand, dictador? imposible. Un parlamentario clásico, no puede asestar un golpe de muerte al parlamentarismo francés. Cuando Francia se decida por un dictador, lo elegirá, como es lógico, en la derecha. (El General Lyautey, desocupado des-de el fin de su regencia en Marruecos, se

encuentra, por ejemplo, disponible). Esto es muy cierto. Pero es también muy sensible. Porque, después de sus variadas contradicciones, nada coronaría mejor la carrera del demócrata, del republicano, del parlamentario, que un golpe de estado contra la democracia, contra la república y contra el parlamento.

-----  
 \* Publicado en **Variedades**, Lima. 13 de Marzo de 1926.

### **- LA NUEVA LITERATURA RUSA\***

El escritor ruso Ilya Ehrenburg, cuyo temperamento artístico habíamos apreciado ya en la traducción francesa de su libro Juno Jurenito y en algunas de sus Historias Inverosímiles, nos ha dado últimamente una prueba de su aptitud crítica en un sustancioso ensayo sobre la literatura rusa de la revolución. El tema es, sin duda, interesante, sobre todo para un público a quien no ha llegado de la literatura rusa nada posterior a Gorki, Arzibachev, Andreyev y Merejkosky y para quien son todavía ignotos Brusov, Balmont y Blok.

Antes de la revolución, la literatura rusa era ya una de las que más atraían al lector hispano-americano. La literatura rusa de hoy no nos ofrece aún un Tolstoy ni un Dostoievsky. Pero la revolución ha duplicado el interés del mundo por los hechos y las ideas rusas. Y como escribe Ehrenburg, «los extranjeros que no conocen la nueva literatura rusa no conocen a la nueva Rusia, pues sólo la literatura, al menos parcial o convencionalmente, podría hacerles comprender el proceso grandioso, más cercano de la Geología que de la política, que se opera en un pueblo de 150 millones de almas».

El lector hispano-americano no puede llegar por la sola vía del español a la literatura rusa de la post-guerra. En español, de este tema no nos ha hablado, con conocimiento y con simpatía, sino Julio Alvarez del Vayo. En La Revista de Occidente, Ricardo Baeza dedicó hace algún tiempo un artículo al teatro ruso; pero, aparte de que se limitaba a reflejar las

impresiones de un escritor inglés, y de que su evidente humor anti-revolucionario lo inhabilitaba para entender y apreciar las consecuencias del fenómeno bolchevique en el arte, enfocaba en su artículo sólo un género literario, tal vez el que menos ha podido desarrollarse dentro de la situación creada por la Revolución.

En francés y en italiano -para no citar sino idiomas latinos-, es otra cosa. La nueva literatura rusa tiene en Francia y en Italia amorosos traductores. Las revistas de espíritu más o menos cosmopolitas se esfuerzan por revelar a los poetas y a los prosadores de la república soviética. En Italia, Ettore Lo Gatto, catedrático de Literatura de la Universidad de Roma, dirige una revista, *Russia*, especialmente destinada al estudio del arte, la literatura y la historia rusas. En Francia, Víctor Serge, de la revista *Clarté*, apasionado estudioso de la vida rusa, comenta y traduce frecuentemente la literatura de la Revolución.

¿Sólo la literatura de la Revolución? Si; sólo la literatura de la Revolución, que es toda la nueva literatura rusa. Los emigrados no han producido ninguna obra de mérito. A Merejkovsky, a Kuprin, parece no haberles quedado sino un mediocre talento para insultar al bolchevismo. Lo menos insignificante han sido dos libros de Wetlugin. «Toda la literatura de la emigración -apunta Alvarez del Vayo- no vale un solo cuento de Wsewolod Ivanow, que iba a surgir más tarde».

Trotsky ha estudiado certeramente en su libro *Literatura y Revolución* este fenómeno de empobrecimiento espiritual de los emigrados. Nada prueba mejor, que este fenómeno, la tesis de que ninguna literatura puede vivir y crecer sin raíces en una sociedad y en un pueblo vivientes. La vieja Rusia ha muerto. La literatura que se alimentaba de su savia y de su realidad no puede subsistir. Sus raíces se han secado. La única literatura rusa posible es la que, contrastándola o sirviéndola, se nutra de la nueva vida rusa.

El primer período de la revolución no fue propicio a una intensa producción literaria. No había tiempo, papel ni humor para libros. No se imprimía casi sino libros y folletos de política.

Los tiempos eran de hambre y de combate. El comunismo no tenía aún artistas propios. Las jornadas de la revolución fueron cantadas por los poetas raliés.\* Un ralié, no un bolchevique, era Alejandro Blok. Un ralié también era el mismo Maiakovsky, el autor de *150'000,000*, epígono del futurismo. [\* Congregados, adheridos]

La falta de papel resultó particularmente hostil a la prosa. A la poesía le



basta muy poco papel. Un verso se deja aprender de memoria o escribir con tiza sobre un muro. Y de otro lado, el ambiente de epopeya de la revolución encendía, preferentemente, la imaginación de los poetas. «Tuvimos primero -escribe Ehrenburg- una era de poesía. Era un tiempo fantástico, absurdo y admirable, tiempo de hambre, de guerra civil, de carnaval en las plazas públicas, de pintura de las casas con colores chillones, de terror, de grandes poetas y de piojos típicos. Todo el mundo estaba ocupado en empresas imprevistas: notarios se convertían en maestros de ballet, poetas dadaístas arreglaban las finanzas del Estado. Sobre las ciudades destruidas, heladas, sombrías y hambrientas, se elevaban inmensos letreros luminosos: "Electrificaremos al mundo entero". Los versos se decían en las reuniones políticas, en las cantinas, al aire libre, en las estaciones. No era fácil conseguir un pedazo de pan que no estuviera mojado en inspiración poética. El título de poeta, aunque honorífico, confería a su poseedor el envidiable privilegio de ser dispensado del servicio obligatorio de limpiar de nieve las calles».

Los poetas que sobresalieron en este período fueron Maiakovsky y Essenin. Los anatemas de Maiakovsky al Occidente capitalista tenían un acento bíblico. Trotsky, que niega que el arte de Maiakovsky sea arte proletario, reconoce su valor y su originalidad. Maiakovsky, en su poesía «constructivista», tradujo una actitud del alma rusa: el delirio novecentista y norte-americano de la máquina, la electricidad, la urbe, la usina. Ehrenburg dice que Maiakovsky rugía con una voz de 100 HP. Essenin que se llamaba a sí mismo "poeta escandalista", contagiado de la misma exaltación, se distinguía por su fondo rural. Su poesía tenía una violencia primitiva. Mas, pasado el período romántico de la eclosión revolucionaria, iniciado el penoso y prosaico trabajo de la reconstrucción económica, Essenin sintió, sin duda, que no le quedaba nada que hacer. En un poema, en que cuenta el retorno a su aldea abandonada, su voz es ya una voz fatigada. «Me iré solo -dice- hacia límites ignotos, calmada para siempre el alma revoltosa». (Parece que en este poema Essenin presentía su fin próximo. Según una noticia que no sé si estará confirmada, este poeta, cuya influencia rusa puede ser comparada, a juicio de Ehrenburg, a la de Rimbaud en la moderna poesía francesa, se suicidó en diciembre último).

La Nep (Nueva Política Económica),\* trajo en Rusia un renacimiento de la prosa. «Comenzó -escribe Ehrenburg- la reducción del personal, de los gastos, de los proyectos y de la fantasía». Tramontada la esperanza de una inmediata revolución mundial, la poesía cedía el campo a la prosa en la literatura como en la política. [\* NEP: En la primavera de 1921, después de poner fin a la intervención

extranjera y a la guerra civil, el Poder Soviético empezó la Nueva Política Económica la (Nep, sigla formada por las iniciales de estas tres palabras en ruso), nombre que se le dio para diferenciarla del llamado "comunismo de guerra". La Nep estaba encaminada a la construcción del socialismo mediante la utilización del mercado capitalista, dentro de ciertas condiciones transitorias]

La novela y el cuento recuperan su sitio. La patria de Dostoievsky, de Turguenev, de Tolstoy y de Gorki, tiene el genio del cuento y del relato. Lo testimonian, en nuestra época, Pilniak, Zamiatine, Serafimovitch, Ehrenburg, Ivánov, Babel y varios otros. En el arte de casi todos estos cuentistas o novelistas se combina frecuentemente un ingenuo primitivismo con una sagaz modernidad. En Pilniak, por ejemplo, hay un marcado freudismo. En la psicología de una de sus protagonistas, la camarada Xenia Ordynina, miembro de la Checa,\*\* se mezclan el ideal revolucionario y el apetito sexual. «Karl Marx -dice la camarada Xenia Ordynina- ha debido cometer un error. No ha tenido cuenta sino del hambre físico. Ha olvidado otro factor: el amor, el amor rojo y fuerte como la sangre. El sexo, la familia, la raza: la humanidad no se ha equivocado adorando al sexo. Si; hay un hambre físico y un hambre sexual. Se debe decir mejor, hambre físico y religión del Sexo, religión de la sangre. Yo siento a veces, hasta el sufrimiento físico, real, que el mundo entero, la civilización, la humanidad, todas las cosas, las sillas, los vestidos, están penetrados de sexualidad. La cabeza me da vueltas a veces y yo siento que la Revolución, toda, toda, está impregnada de ella» [\*\* Policía secreta de la primera etapa de la Revolución Socialista en la URSS]

Uno de los rasgos más caracterizados de la nueva literatura rusa es su épica. El género épico, que en Occidente ha muerto, en Rusia resucita renovado. Los relatos de Babel, los poemas de Tijonov, son las más vigorosas afirmaciones de este renacimiento.

Y otro rasgo más es que el alma de Rusia sigue oscilando entre dos mundos: el Oriente y el Occidente. Los literatos, los poetas, se dividen hoy, como antes, en "occidentales" y "orientales". Pero la política permite augurar el prevailecimiento de estos últimos. Desde hace algún tiempo los ojos de Rusia, un poco desencantados de las muchedumbres de Europa, se vuelven, iluminados y proféticos, a los pueblos de Asia.

-----  
\* Publicado en: Variedades, el 20 de Marzo de 1926.

## **- LA CRISIS DE LA SOCIEDAD DE LAS NACIONES\***

Con motivo de la última malandanza de Ginebra se ha agitado en todo el mundo el debate sobre la Sociedad de las Naciones. Esta vez, una buena parte de la propia opinión demo-burguesa se ha manifestado propensa a convenir en la quiebra, en el fracaso de la ecuménica y universitaria concepción de Wilson. Nunca se había percibido tan neta y claramente su crisis.

Pero, en realidad, el episodio de Ginebra no ha revelado nada nuevo. Es un síntoma de la crisis; no es la crisis misma. La situación de la Liga, antes de esta reciente desventura, no era sustancialmente mejor. La sensación de fracaso depende de que la reunión de Ginebra, en concepto de los fautores de la Liga, debía haber marcado, con la incorporación de Alemania, un gran progreso hacia la realización de la idea wilsoniana. Descontando este hecho, inflaron anticipadamente su importancia. Por eso, aunque en Ginebra la entrada de Alemania no ha quedado sino diferida, la diplomacia mundial ha salido esta vez con una decepción insólita.

La verdadera significación del incidente de Ginebra no está en lo que ha frustrado, que en verdad no ha sido mucho, sino en lo que ha descubierto o, más bien, evidenciado. Que el ingreso de Alemania haya sido postergado por algunos meses, no tiene nada de alarmante y dramático. Pero no se puede decir lo mismo del conflicto de intereses y pasiones que ha causado la postergación. Ese conflicto demuestra incontestablemente que, de

acuerdo con sus antiguos hábitos diplomáticos, los Estados no van a la Liga para cooperar sino, más bien para combatirse. O, por lo menos, simplemente, para defenderse.

Según la doctrina wilsoniana, la Liga de las Naciones debía liquidar el sistema de alianzas y equilibrio internacionales que produjo la gran guerra. Mas, a despecho de la Liga, el sistema subsiste. Y la Liga se encuentra obligada a aceptarlo en su propia constitución.

El pleito por los sillones del consejo supremo de la Liga no tiene otro sentido. Francia que no quiere sentirse sola en el Consejo reclama un puesto en él para su aliada Polonia. Alemania rehúsa entrar al consejo si no es en condiciones de perfecta igualdad con las otras potencias que forman ya parte de él. Los puestos fijados por el tratado de Versalles resultan insuficientes. Las potencias que los han ocupado no se avienen a perderlos. En tanto, los candidatos a nuevos sillones aguardan a la puerta. Y un eventual aumento del número señalado en Versalles no tendría otra consecuencia que multiplicarlos.

El voto de un miembro del Consejo ha detenido la entrada de Alemania. Francia —la Francia del bloque nacional— responsable de la cláusula absurda que confiere este poder a un solo voto, puede haberse complacido de este alto sufrido por su adversaria en el umbral mismo de la Liga. Pero mañana, desde que Alemania ingrese en el Consejo, el poder de un voto solitario y recalcitrante en las deliberaciones de la Sociedad tiene que parecerle un poder excesivo.

Se anuncia una revisión de los estatutos de la Sociedad de las Naciones. La enmienda de la Sociedad comenzó casi al día, siguiente de su creación. Mas no como avance sino como retroceso. La Sociedad de las Naciones se aleja cada día más del ideal de Wilson. Su salvación parece residir en la reducción de sus funciones, en la deformación de sus fines. Inglaterra declara oficial-mente que el Consejo debe estar compuesto exclusivamente por las grandes potencias. Se ha excluido ya a la China. El humor de la diplomacia europea se muestra crecientemente adverso a conceder a un lejano país de América o Asia o a un pequeño país de la misma Europa el derecho de intervenir en una cuestión decisiva acaso para el destino de Occidente. La conducta del Brasil en Ginebra no puede dejar de estimular este sentimiento.

Si su consejo supremo se convierte en una conferencia de embajadores de las grandes potencias, como es el deseo de los conservadores británicos, ¿qué cosa quedará de la Sociedad de las Naciones? Un escritor

reaccionario, Jacques Bainville, constata con razón que la "participación de los Estados Americanos o asiáticos tiende a tonarse honoraria". Definiendo la actual situación de la Liga, Bainville observa que "más o menos reducida a un rol europeo, es un mecanismo análogo a la corte de la Haya, la cual no impide ninguna guerra".

Los que hablan del "espíritu de Locarno" tienen que aceptar, después de su derrota en Ginebra, que la difusión y la influencia en el mundo de este espíritu de paz y de cooperación son aún muy limitadas. Italia que no parece extraña a la actitud del Brasil, es una de las grandes potencias que, teóricamente, debían representar ese espíritu. Bien sabemos, sin embargo, que no hace otra cosa que sabotearlo. El fascismo es, por naturaleza, guerrero. Sus escritores se burlan acérrimamente de las ilusiones pacifistas. Y todo el porvenir del régimen fascista depende de la fortuna de la política internacional de Mussolini para la cual sería funesto un equilibrio que consagrara la jerarquía inter-nacional establecida por los pactos de paz. Mussolini le ha prometido a su pueblo la restauración del Imperio romano.

Los más iluminados y sinceros fautores de la Sociedad de las Naciones la destinan por largo tiempo a un oficio muy modesto si se le compara con el que le asignó el pensamiento de Wilson. "El verdadero trabajo, la efectiva y fecunda actividad de la S.D.N. —escribe Georges Scelle— consiste hoy y consistirá por mucho tiempo en reconocer, analizar, organizar y desarrollar la solidaridad entre las diversas comunidades sociales, estatales, etc., que la componen. Para juzgar este rol importante dispone de organizaciones técnicas ya evolucionadas: organización internacional del Trabajo, de las Comunicaciones, de la Higiene; organización económica y financiera que acaba de restaurar la economía austriaca; comisión de cooperación intelectual; servicios diversos que colaboran en la obra social y humanitaria de la Sociedad".

De esto a lo concebido por Wilson hay mucha distancia. Pero a nada más que a esto puede aspirar la civilización burguesa. Los servicios de estadística, de información y de estudio de la Liga, he ahí lo único que existe y funciona efectivamente. La Liga misma, como tal, no existe ni funciona sino en teoría. En la práctica, no es más que lo que acabamos de ver en la reunión de Ginebra.

-----  
\* Publicado en Variedades, Lima, 27 de Marzo de 1926.

## - FARINACCI\*

Farinacci ha dado su nombre, su tono y su estilo a una tensa y acre jornada de la campaña fascista. Después de catorce meses de agresiva campaña, ha dejado el puesto de secretario general del partido fascista, al cual fuera llamado cuando Mussolini, convencido de que la "variopinta" oposición del Aventino no era capaz de la insurrección, resolvió pasar a la ofensiva, inaugurando una política de rígida represión de las campañas de la prensa y de tribuna de sus muchos y muy enconados pero heterogéneos y mal concertados adversarios.

Fascista de la primera hora, Farinacci procede de la pequeña burguesía y del socialismo. Fue en 1914 uno de los disidentes socialistas que predicaron la intervención. En esta falange a la que, por diversos caminos, arribaban sindicalistas revolucionarios como Corridoni, socialistas tempestuosos como Mussolini y socialistas reformistas y parlamentarios como Bissolati, era Farinacci un milite oscuro y terciario. No le destacaban siquiera el ánimo ardiente, osado, ni la actitud temeraria, demagógica. Amigo y adepto del diputado Bissolati, líder de un grupo de socialistas colaboracionistas, Farinacci tenía una franca posición reformista y democrática. La guerra exaltó su temperamento y cambió su filiación. El gregario del reformismo bissolatiano se convirtió en un ardiente secuaz de Mussolini.

En el fascismo, Farinacci encontró su camino y descubrió su personalidad,

que no eran, —contrariamente a lo que hasta entonces podía haberse pronosticado—, los de un pálido y mesurado funcionario social-democrático, sino los de un frenético y encendido agitador fascista. El opaco ferroviario, se sintió elegido para jugar un rol en la historia de Italia.

Fue el organizador y el animador del fascismo en la provincia de Cremona, una de las provincias septentrionales donde prendió más tempranamente el fuego mussoliniano. Esta actuación le franqueó en las elecciones de 1921 las puertas de la Cámara. Le tocó a Farinacci ser uno de los fascistas que ingresaron entonces al Parlamento para denunciar, tumultuariamente, los improperios y los anatemas de los entonces innumerables diarios de oposición. Pero desde que el fascismo inició su contraofensiva, —a continuación de un famoso discurso de Mussolini en la cámara, asumiendo toda la responsabilidad histórica y política de la violencia fascista y desafiando al bloque del Aventino a acusarlo categóricamente de culpabilidad en el asesinato de Matteotti—, Farinacci resultó designado fatalmente por la situación y los acontecimientos para ocupar el puesto de mando. La elección de Farinacci como secretario general del fascismo correspondió al nuevo humor escuadrista de los "camisas negras".

Esta designación era, más aún que el discurso de Mussolini del 3 de enero, una enfática declaratoria de guerra sin cuartel. Y no de otro modo sonó en los oídos y en los ánimos de los diputados del Aventino que, en seis meses de vociferación antifascista, habían consumido su energía y perdido la oportunidad de derrocar al fascismo.

Durante más de un año, el puño y la frase crispados del terrible ferroviario de Cremona han marcado el compás de la política fascista.

Los elementos templados y discretos del fascismo han tenido que sufrir, resignadamente, durante todo este tiempo, su implacable dictadura y su pésima sintaxis. Un seco y agrio úkase de Farinacci, a poco de su asunción de la secretaría general, expulsó del fascismo, marcándolo a fuego como un traidor, a uno de los más significados entre estos elementos, Aldo Oviglio, ex-ministro de justicia del régimen fascista.

Pero un año de represión policial y de movilización escuadrista ha bastado al fascismo para liquidar al bloque del Aventino y para sentar las bases de una legislación fascista que radicalmente modifica el estatuto de Italia. Otras ofensivas escuadristas serán, sin duda, necesarias en lo porvenir. Mas, por ahora, el fascismo puede hacer reposar sus cachiporras. El juicio Matteotti ha concluido con la absolución de los responsables, y hace año y medio era para el propio Duce del fascismo un crimen nefando. En la

audiencia de Chieti, Farinacci ha hecho no la defensa, sino más bien la apología, de Amerigo Dumini y de sus secuaces. Después de este último golpe de manganello, no le quedaba a Farinacci nada que hacer en la jefatura del fascismo donde, pasada la tempestad, su virulencia y su belicosidad habían empezado a volverse embarazantes. Farinacci en 1925 era el jefe lógico del fascismo; en 1926, su misión ha concluido. Mussolini, que, buen conocedor de la psicología de su gente, usa fórmulas solemnemente sibilinas, condensa el programa, fascista para este año en estas dos palabras: silencio y trabajo. Estas palabras, según el lenguaje del "Popolo d'Italia", definen el estilo fascista en 1926.

Los alalás de Farinacci no se compadecían con el nuevo estilo fascista. Por esto, —licenciado o no por Mussolini—, Farinacci ha dejado el comando del partido. Desde hace algún tiempo se señalaba y se comentaba su sordo disenso, su silenciosa lucha con Federzoni. El ministro del interior, con Rocco, Mera-viglia, y otros, "nacionalistas", representa el sector moderado, tradicional, derechista del fascismo. Y por el momento, ésta es la gente que debe dar el tono al régimen. El escuadrismo, momentáneamente, se retira a Cremona.

-----

\* Publicado en Variedades, Lima, 9 de Abril de 1926.



**- "RAHAB", de WALDO FRANK\***

El más fino retrato de mujer que he encontrado, en una novela contemporánea, no pertenece a Paul Morand, ese donjuanesco coleccionista de noches cosmopolitas, de placeres internacionales y de mujeres finiseculares y neuróticas. No pertenece siquiera a la literatura francesa que desde los tiempos del gran Balzac hasta los del pequeño Bourget, debe una parte de su fama a su galería de psicologías femeninas. Está en una novela de Waldo Frank. Es el retrato de esta Fanny Luve, sobre cuya vida Waldo Frank, escribe el nombre de "Rahab", la dulce prostituta de Jericó que albergó en su morada a los emisarios de Israel, porque su sencilla e ingenua ánima reconoció en ellos a un designio del Señor.

Rahab reúne las condiciones superiores de la novela psicológica; pero clasificarla sobre esta etiqueta sería tal vez rebajarla al nivel de un género en el que se admite una pornografía, más o menos disfrazada o mundana, que reemplaza en el gusto de las burguesitas a un romanticismo de similar. Fanny Luve es una adúltera que, repudiada, se extravía por los malos caminos de la ciudad tentacular. Pero ni su adulterio ni su caída son en sí mismos el tema, el fondo del romance. El de Fanny Luve es el drama de una mujer que, en su adulterio y en su caída, busca su salud y su salvación. No se reduce a una aventura sexual; se eleva a la altura de una aventura religiosa. En el pecado y en la expiación, Fanny Luve no tiene otra meta que Dios y la verdad.

Fanny Luve podía haberse conformado con la mediocridad de una existencia ensombrecida por la mentira. Su pecado podía haber quedado ignorado. Pero esta criatura mística se sentía capaz de cualquier renunciamento, pero no de la verdad. Quería la dicha, pero la quería en la verdad. Fanny sabe bien qué cosa la diferencia de las demás. «Se puede vivir sin formular preguntas. Pero tú no. Se puede tejer entre el corazón y el pensamiento una placa de acero. Pero tú no puedes hacerlo. Señor, sí, yo pensaré. Yo te prometo, Señor. Yo me acordaré de que he sufrido, de que muero, de que estoy aquí a fin de pensar...».

Esta angustia, esta tortura, tal vez sólo son posibles en una mujer sajona. La latina vive con más prudencia, con menos pasión. No tiene esta ansia de verdad. La española, sobre todo, es muy cauta y muy práctica. Waldo Frank, precisamente, la ha definido con precisión admirable. «La mujer española -ha escrito- es pragmatista en amor. Considera el amor como el medio de criar hijos para el cielo. No existe en Europa mujer menos sensual, menos amorosa. De muchacha es bonita; fresca esperanza colorea su tez y agranda sus negros ojos, Para ella, el matrimonio es el estado mes alto a que puede aspirar. Una vez casada desaparece en ella, cual una estación, la innata coquetería de la primavera: al momento se torna juiciosa, gruesa, maternal. ¡Es poderosa esta hembra llena de cordura en una tierra de furiosos soñadores!». En los Estados Unidos -en el prosaico país industrial del que los latinos ven la potencia material, sin suponerla una creación del espíritu- la religiosidad, la exaltación, el misticismo de Fanny son, en cambio, un producto típico de la tradición espiritual. El judío, el puritano no han muerto.

Es la propia Fanny la que, en el último episodio de su miseria, nos cuenta su historia. Joven, fuerte, intacta, se casó con un hombre joven y fuerte también. Sus cuerpos se atrajeron; sus almas se ignoraban. Se ignoraban no sólo la una a la otra; se ignoraban a sí mismas. El alma, madura, despierta, conoce después que el cuerpo. La pareja tuvo un hijo. Luego el esposo como se había dado a la hembra, se dio al vicio. El alcohol separó al hombre de la mujer y del hijo. Fanny sufrió a su lado al esposo ausente y extraño. Luego la pérdida del esposo fue más completa. El esposo partió. Fanny en su soledad, empujada hacia la vida, se entregó a un hombre al que no amaba. Este hombre era un judío. Había en él algo que atrajo irresistiblemente a Fanny. Algo que, después de la posesión, cesó de atraerla, porque a partir de ese momento, Fanny empezó a sentir ese algo en ella misma. La posesión del judío le reveló su propio ser. Fanny no encontró un amante; se encontró a sí misma. En el fondo de sí misma, encontró a su esposo, al ausente, al distante. El pecado la salvaba, la purificaba. Fanny se reconoció salvada. Al conocer a un judío, a un hombre

de esa raza enigmática que lleva en el alma y en los ojos un mensaje misterioso, Fanny se conoció a sí misma como era en verdad. El judío pasó por su vida; la posesión perduró. Pero no como abandono a un desconocido, a un pasajero de la ruta, sino como recuperación de su propia alma y, por ende, de su propio amor. El beso del judío había despertado su yo profundo.

El esposo, en tanto, también se había recuperado. Y volvía al lado de la mujer y del hijo. Tornaba para desagruarlos. Para restituirse a ellos. Fanny lo recibió llena de amor, de ternura, de deseo. Nunca se había sentido tan suya como desde el instante que se entregó al judío, sin poder sentirse de él. El retorno del esposo la sorprendió tan exaltada por esta experiencia que Fanny no quiso ni supo callarla. Fanny no podía ya concebir su vida sino en la verdad y para la verdad. El esposo en su ausencia, había sido tocado por la gracia del evangelio. Traía en los labios sus palabras. Sin embargo, no la comprendió ni la creyó. Le creyó que había pecado; pero no le creyó que, al pecar, se había salvado. Y la repudió y la arrojó.

Pero Fanny había adquirido una fuerza que no podía abandonarla: la fuerza de marchar en demanda de la verdad y de Dios. Podía sacrificar todo. Menos Dios. Menos la verdad. La pobreza, la soledad, la acechaban. Pero Fanny supo salir victoriosa de sus celadas. ¿Victoriosa, a pesar de sus derrotas, de sus caídas? Si, porque, en su desgracia, conservó la gracia de la verdad. Cuando la solicitó la felicidad mediocre de una unión sin amor, la rechazó, no obstante su necesidad de ternura y de apoyo. Se negó a ser una matrona doméstica, maternal, burguesa. Prefirió una caída mayor. Enferma, vencida, aceptó el socorro de una amiga. Aceptó luego su vida y su sociedad. Su amiga era la barragana de un judío. Fanny devino su compañera. Conoció un mundo loco y equívoco. Un mundo de funcionarios prevaricadores y negociantes oscuros. Casi todos judíos. Fue indulgente con los otros pero no consigo misma. En medio de su miseria, su misticismo creció. Era tal vez una criatura perdida: pero era sin embargo y sobre todo una criatura que buscaba su salud y su salvación. En la más turbia de sus horas, leía a Pascal.

Frank, como artista, está dentro del suprarrealismo. El procedimiento es moderno. Como lo remarca Armand Lunel, Frank «se guarda de subordinar los momentos múltiples y diversos de un alma a las exigencias de la cronología objetiva. Presenta los acontecimientos en ese orden subjetivo de la experiencia íntima en la cual los aportes casi ininterrumpidos de la memoria amalgaman, como en Proust, el pasado al presente».

Pero lo que interesa fundamentalmente en Frank no es el procedimiento. Es la vida traducida en su profundidad y en su misterio.

-----  
\*" Publicado en Variedades: Lima, 10 de Abril de 1926.

### **- LA NUEVA RUSIA Y LOS EMIGRADOS\***

Hace tres años que Herriot, de regreso de una visita a los soviets, certificó en su libro *La Russie Nouvelle*, el deceso de la vieja Rusia zarista. "La vieja Rusia ha muerto para siempre", declaró Herriot categórica y rotundamente. Su testimonio no era recusable ni sospechoso para la familia demócrata. Provenía de uno de sus más voluminosos y autorizados líderes. Próximo al gobierno, cauto y ponderado por temperamento, no podía suponerse a Herriot capaz de una aserción imprudente respecto a Rusia.

En el discurso de estos tres años la Rusia nueva ha seguido creciendo. Después del de Herriot, otros testimonios burgueses han confirmado su vitalidad.

Para reanimar su decaída campaña de prensa contra los soviets, la plutocracia francesa ha recurrido a un novelista y polemista, el señor Henri Beraud. Los novelistas no tienen ordinariamente más imaginación que los políticos. Pero, aunque parezca imposible, tienen casi siempre menos escrúpulos. El señor Beraud, digno espécimen de una categoría venal y arribista, lo ha demostrado con un libro mendaz sobre Rusia, en cuya capital el obeso autor del *Martyr de l'Obese* ha pasado unos pocos días que le han parecido suficientes para fallar inapelablemente sobre la gran revolución.

Pero el propio libro del señor Beraud —a cuyo testimonio amoral podemos

oponer el honesto testimonio de Julio Alvarez del Vayo— no se atreve a negar la nueva Rusia. (No se propone sino deformarla y difamarla). Y, por supuesto, menos aún se atreve a creer en la supervivencia o en la resurrección de la vieja Rusia de los grandes duques.

Los únicos seres que osan, a este respecto, negar la evidencia, son los "emigrados" rusos. Claro está, que todos no. La mayoría se ha resignado, finalmente, con su derrota. La sabe definitiva desde hace mucho tiempo. Es una minoría de políticos desalojados y licenciados la que, inocua y dispersamente, protesta todavía contra el régimen establecido por la revolución de octubre.

Esta minoría se fracciona en diversas corrientes y obedece a distintos caudillos. El frente anti-bolchevique es abigarradamente pluricolor y heteróclito. Se compone de zaristas ortodoxos, liberales monárquicos, demócratas constitucionales o "cadetes", mencheviques, socialistas revolucionarios, anarquistas, etc. Agrupadas estas facciones según sus afinidades teóricas, la oposición resulta dividida en tres tendencias: una tendencia que aspira a la restauración del zarismo, una tendencia que sueña con una monarquía constitucional y una tendencia que propugna una república más o menos social-democrática.

La más desvaída y gastada de estas fuerzas, la monárquica, es la que ha adunado recientemente en París a sus corifeos. Sus deliberaciones no tienen ninguna trascendencia. El mismo lenguaje tartarinesco de este congreso de mayordomos y tinterillos de los primos y tíos del último zar, carece absolutamente de novedad. Los residuos del zarismo se han reunido muchas veces en análogas asambleas para discurrir bizarramente sobre los destinos de Rusia. La amenaza de una expedición decisiva contra los soviets ha sido pronunciada con idéntico énfasis desde muchos otros escenarios.

Los "emigrados" no logran engañarse, seguramente, a sí mismos. No es probable que logren engañar tampoco a los banqueros de Nueva York que, según sus planes, deben financiar la campaña. El pobre gran duque Nicolás que anuncia su intención de marchar marcialmente a Rusia, no ha tenido ánimo para marchar burguesamente a París a asistir a la asamblea. El cable dice que corría el peligro de ser asesinado por los agentes del bolchevismo. Pero el bolchevismo no tiene probablemente interés en suprimir a un personaje tan inofensivo y estólido.

Los soberanos y los banqueros de Occidente, que han armado contra los soviets en el período 1918-1923 una serie de expediciones, conocen

demasiado a esta gente. Conocen, sobre todo, su incapacidad y su impotencia. Se dan cuenta clara de que lo que los ejércitos de Denikin, Judenitch, Kolchak, Wrangel, Polonia, etc., bien abastecidos de armas y de dinero, no pudieron conseguir en días más propicios, menos todavía puede conseguirlo ahora un ejército del gran duque Nicolás.

El caso Boris Savinkov esclarece muy bien el drama de los emigrados. (De los únicos emigrados que es dable tomar en cuenta). Savinkov, ministro del gobierno de Kerensky, socialista revolucionario, con una larga foja de servicios de conspirador y terrorista, fue el adversario más frenético y encarnizado de los soviets. Desde la primera hora luchó sin tregua contra el bolchevismo. Participó en todas las conspiraciones y todos los complots anti-sovietistas. Organizó atentados contra los jefes del régimen. Colaboró con monarquistas y extranjeros. Pero en estas campañas y fracasos acumuló una dolorosa experiencia. Y, después de obstinarse mil veces en su rencor rabioso contra los soviets, acabó por reconocer que éstos representaban realmente los dos ideales de su larga vida de conspirador: la Revolución y la Patria. Temerario, intrépido, Boris Savinkov no se contentó con una constatación melancólica de su error. Quiso repararlo heroicamente. Y se presentó en Rusia. Sabía que en Rusia no podía encontrar sino la muerte. Mas su destino lo empujaba implacablemente.

El proceso de Savinkov es uno de los episodios más emocionantes y dramáticos de la revolución. El jefe terrorista, el líder revolucionario, confesó a sus jueces todas sus responsabilidades. Pero reivindicó su derecho a renegar su error, a abjurar su herejía: "Ante el tribunal proletario de los representantes del pueblo ruso — dijo — yo declaro que me equivocaba. Yo reconozco el poder de los soviets. Yo digo a todos los emigrados: el que ame al pueblo ruso debe reconocer su gobierno. Esta declaración me es más penosa de lo que me será vuestro veredicto. He comprendido que el pueblo está con vosotros no ahora, cuando los fusiles me apuntan, sino hace un año, en Paris. Espero una condena a muerte, No demando piedad. Vuestra conciencia revolucionaria os recordará que fui revolucionario". El tribunal condenó a muerte a Savinkov, pero gestionó, en seguida, la conmutación de la pena. El gobierno la conmutó por diez años de reclusión. Luego, convencido de la sinceridad de la conversión de su adversario, le acordó el indulto. Mas a Savinkov esto no le bastaba. Su vida de revolucionario incansable se resistía a concluir pasiva y oscuramente en la inacción. Savinkov se había sentido siempre nacido para servir a la revolución social. Si la revolución lo repudiaba, ¿para qué quería su perdón? La amnistía, el olvido, eran un castigo peor que la muerte. Demasiado impetuoso, demasiado impaciente para esperar silencioso e inerte, Boris Savinkov se suicidó en la cárcel.

La vida romancesca y tormentosa de este personaje compendia y resume el drama de la contrarrevolución. Las bufas baladronadas de los grandes duques son sólo su anécdota cómica.

-----  
\* Publicado en **Variedades**, Lima, 17 de Abril de 1926.

### **- LAS NUEVAS JORNADAS DE LA REVOLUCION CHINA\***

He escrito dos veces en "Variedades" sobre la China. La primera vez bosquejando a grandes trazos el proceso de la revolución. La segunda vez, examinando la agitación nacionalista contra los diversos imperialismos que se disputan el predominio en el territorio y la vida chinas.

El cuadro general no ha cambiado. En el distante, inmenso y complejo escenario de la China, continúa su accidentado desarrollo una de las más vastas luchas de la época. Pero las posiciones de los combatientes se presentan temporalmente modificadas. Los últimos episodios señalan una victoria parcial de la contraofensiva reaccionaria e imperialista.

La agitación revolucionaria y nacionalista adquirió hace algunos meses una extensión insólita. El espíritu anti-imperialista de Cantón, sede de la China republicana y progresista del Sur, arraigó y prosperó en Pekín, centro de una burocracia y una plutocracia intrigantes y cortesanas. Las huelgas anti-imperialistas de Shanghai repercutieron profundamente en Pekín, donde los estudiantes organizaron enérgicas manifestaciones de protesta contra los ataques extranjeros a la independencia china.

Bajo la presión del sentimiento popular se constituyó en Pekín un ministerio de coalición, en el cual estaba fuertemente representado el partido Kuo-Ming-Tang, esto es el sector de izquierda. El Presidente de la República Tuan Chui Yi —cuya dimisión nos acabó de anunciar el cable—

no representaba nada. El poder militar se encontraba en manos del general protestante Feng-Yu-Hsiang quien, ganado por el sentimiento popular, se entregaba cada día más a la causa revolucionaria.

El problema de la China asumió así una gravedad dramática precisamente en un período en que, diseñado un plan de reconstrucción capitalista, el Occidente sentía con más urgencia que antes la necesidad de ensanchar y reforzar su imperio colonial. Las potencias interesadas en la colonización de la China discutían desde hacía algún tiempo, con creciente preocupación, los medios de entenderse y concertarse para una acción mancomunada. La marejada nacionalista de 1925 vino a colmar su impaciencia. Inglaterra, sobre todo, se mostró exasperada. Y, sin ningún reparo, usó con la China un lenguaje de violenta amenaza. Las potencias que, como principio supremo de la paz, habían proclamado el derecho de las naciones a disponer de sí mismas y que, más tarde, habían declarado enfática y expresamente su respeto a la independencia de la China, hablaban ahora de una intervención marcial que renovase en el viejo imperio los truculentos días del general Waldersee.

El gobierno de Pekín fue acusado, como antes el gobierno de Cantón, de ser un instrumento del bolchevismo contra el occidente y la civilización. Kara-khan, embajador de los Soviets en Pekín, fue denunciado como el oculto empresario y organizador de las protestas anti-imperialistas.

Si se tiene en cuenta todas estas cosas, se comprende fácilmente el sentido de los últimos acontecimientos. Chang-So-Lin, el dictador de la Manchuria, y Wu-Pei-Fu, el ex-dictador de Pekín, son dos personajes demasiado conocidos de la China. Se ve claramente la mano que los mueve. La reconquista de Pekín representa inequívocamente una empresa imperialista y reaccionaria.

Chan-So-Lin, déspota de la China feudal del Norte, que hace varios años proclamó su independencia del resto del Imperio, es un notorio aliado del Japón. Hace aproximadamente un año y medio, arrojó de Pekín a Wu-Pei-Fu, amigo y servidor de Inglaterra, que aspiraba al restablecimiento de la unidad china, sobre la base de un régimen centralista sedicentemente democrático. Después de colocar a Tun Chui-Yi en la presidencia de la república, el dictador manchú se retiró a Mukden. Pero en la China el presidente de la república es sólo un personaje decorativo. Por encima del presidente, está siempre un general. El general protestante Feng-Yu-Hsiang fue quien efectivamente ejerció el poder, como hemos visto, bajo la presidencia de Tuan-Chui-Yi.



Cuando el peligro de Feng-Yu-Hsiang empezó a parecer excesivo para todos, Chang-So-Lin y Wu-Pei-Fu convergieron sobre Pekín. Esta vez no para lanzarse el uno contra el otro sino para eliminar un enemigo común. El éxito de su campaña es lo que ahora tenemos delante en el intrincado tablero chino.

No hace falta saber más para darse cuenta de que estamos asistiendo al desenlace de sólo un episodio de la guerra civil en la China. Chang-So-Lin y Wu-Pei-Fu pueden coincidir frente a Feng-Yu-Hsiang y contra el movimiento Kuo-Ming-Tang. Pero, una vez recuperado Pekín, su solidaridad termina. Chang-So-Lin se sentirá de nuevo el aliado del Japón; Wu-Pei-Fu, el aliado de Inglaterra. Estados Unidos, rival en la China de Inglaterra y del Japón, movilizará contra uno y otro a un tuchun ambicioso. Y, de otro lado, el partido Kuo-Ming-Tang, que domina en Cantón, no se desarmará absolutamente. Los desmanes imperialistas le darán muy pronto una ocasión de reasumir la ofensiva.

La responsabilidad del caos chino aparece, pues, ante todo, como una responsabilidad de los imperialismos que en el viejo imperio ora se contrastan, ora se entienden, ora se combaten, ora se combinan. Si estos imperialismos dejaran realizar libremente al pueblo chino su revolución, es probable que un orden nuevo se habría ya estabilizado en la China. El dinero del Japón, de Inglaterra, de los Estados Unidos, alimenta incesantemente el desorden. La aventura de todo tuchun mercenario está siempre subsidiada por algún imperialismo extranjero.

En un país como la China, de enorme población e inmenso territorio, donde subsiste una numerosa casta feudal, la empresa de mantener viva la revuelta no resulta difícil. Actúa, en primer lugar, la fuerza centrífuga y secesionista de los sentimientos regionales de provincias que se semejan muy poco. En segundo lugar, la omnipotencia regional de los jefes militares (tuchuns) prontos a mudar de bandera. Un tuchun potente basta para desencadenar una revuelta.

La república, la revolución, no son sólidas sino en la China meridional, donde se apoyan en un vasto y fuerte estrato social. Cantón, la gran ciudad industrial y comercial del sur, es la ciudadela del Kuo-Ming-Tang. Su proletariado, su pequeña burguesía, son devotamente fieles a la doctrina revolucionaria del doctor Sun-Yat-Sen. Esta es la fuerza histórica que cualesquiera que sean los obstáculos que el capitalismo occidental le amontone en el camino, acabará siempre por prevalecer.

## **- LA HUELGA GENERAL EN INGLATERRA\***

Para comprender la magnitud de esta huelga general, que paraliza la actividad del país más potente del mundo, basta considerar la trascendencia del problema que la origina. No se trata de una mera cuestión de salarios. El proletariado británico lucha en apariencia contra la reducción de los salarios de los obreros de las minas de carbón; pero, en realidad, lucha por el establecimiento de un nuevo orden económico. El problema de los salarios no es sino una cara del problema de las minas de carbón. Lo que se discute fundamentalmente es la propiedad misma de las minas.

Los patrones pretenden que las condiciones de la industria no les permite mantener los salarios vigentes. Los obreros se niegan a aceptar la rebaja. Pero no se detienen en este rechazo. Puesto que los patrones se declaran incapaces para la gestión de la industria con los actuales salarios, los obreros proponen la nacionalización de las minas.

Esta fórmula no es de hoy. Los gremios mineros sostuvieron por ella en 1920 una huelga de tres meses. Les faltó entonces una solidaridad activa de los gremios ferroviarios y portuarios. Y esto les obligó a ceder por el momento. Mas al primer intento patronal de tocar los salarios, la reivindicación obrera ha resurgido. Hace varios meses el gobierno conservador evitó la huelga subsidiando a los industriales para que mantuvieran los salarios mientras se buscaba una solución. El plazo se ha vencido

sin que la solución haya sido encontrada. Y como patrones y obreros no han modificado en tanto su actitud, el conflicto ha sobrevenido inexorable. Esta vez está con los mineros todo el proletariado británico.

Presenciamos, en la huelga general inglesa, una de las más trascendentes batallas socialistas. Los verdaderos contendientes no son los patrones y los obreros de las minas británicas. Son la concepción liberal y la concepción socialista del Estado. Las fuerzas del socialismo se encuentran frente a frente de las fuerzas del capitalismo. El frente único se ha formado automáticamente en uno y otro campo. La práctica no consiente los mismos equívocos que la teoría. Los reproches a la política conservadora que acompañan la declaración no disminuyen el valor de ésta. Y en el frente obrero, luchan juntos reformistas y revolucionarios. Thomas y Cook, Mac Donald y Savlatkala.

Inglaterra es la tierra clásica del compromiso y de la transacción. Mas en esta cuestión de las minas el compromiso parece impracticable. En vano trabajan desde hace tiempo por encontrarlo los reformistas de uno y otro bando. Sus esfuerzos no producen sino una complicada fórmula de semiestadización de las minas, cuya ejecución nadie se decide a intentar hasta ahora.

El problema de las minas constituye el problema central de la economía y la política inglesas. Toda la economía de la Gran Bretaña reposa, como es bien sabido, sobre el carbón. Sin el carbón, el desarrollo industrial británico no habría sido posible. Cuando el Labour Party propone la nacionalización de las hulleras, plantea el problema de transformar radicalmente el régimen económico y político de Inglaterra. En un país agrícola como Rusia la lucha revolucionaria era, principalmente, una lucha por la socialización de la tierra. En un país industrial como Inglaterra la propiedad de la tierra tiene una importancia secundaria. La riqueza de la nación es su industria. La lucha revolucionaria se presenta, ante todo, como una lucha por la socialización del carbón.

El Estado liberal desde hace tiempo se ve constreñido a sucesivas y esporádicas concesiones al socialismo. Sus estadísticas han inventado el intervencionismo que no es sino la teorización del fatal retroceso de la idea liberal ante la idea colectivista. El período bélico requirió un empleo extenso del método intervencionista. Y, durante la post-guerra, no ha sido posible abandonarlo. El fascismo, que, en el plano económico, propugnaba un cierto liberalismo, incompatible desde luego con su concepto esencial del Estado, ha tenido que seguir en el poder una orientación intervencionista.

Pero el intervencionismo no es una política nueva. No es sino un expediente moderno de la vieja política demo-liberal. En Inglaterra, por ejemplo, ha podido hacer meses postergar el conflicto minero, pero no ha podido resolver la cuestión que lo engendra. El Estado liberal se queda inevitablemente en estas cosas a mitad de camino.

Los hombres de Estado de la burguesía inglesa saben que la única solución definitiva del problema es la nacionalización de las minas. Pero saben también que ésta es una solución socialista y, por ende, antiliberal. Y que el Estado burgués ha renegado ya una gran parte de su ideario, pero no puede renegarlo del todo, sin condenarse a sí mismo teórica y prácticamente.

Por esto ninguno de los proyectos de semiestadización de las minas ha prosperado. Han tenido todos el defecto original de su hibridismo. Los han rechazado, de una parte, en nombre de la doctrina liberal y, de otra parte, en nombre de la doctrina socialista. Y, sobre todo, a consecuencia de su propia deformidad, se han mostrado inaplicables.

El gobierno conservador de Baldwin, que cuando, en la necesidad de evitar la huelga, concedió a la industria un subsidio, se manifestó intervencionista, representa en la lucha presente la concepción del Estado liberal. (Conservantismo y liberalismo son términos que designan actualmente en Inglaterra dos tonalidades, dos caras de un mismo régimen). Hace algunos meses su intervencionismo, denunciado como una abdicación ante la amenaza obrera, de-tuvo la huelga. Ahora su abstencionismo, esto es su liberalismo, la ha dejado producirse.

No hagamos predicciones. El desarrollo de la batalla puede ser superior al que son capaces de prever los cálculos de probabilidades. Lo único evidente hasta ahora para un criterio objetivo es que se ha empeñado en Inglaterra una formidable batalla política y que sus resultados pueden comprometer definitiva-mente el destino de la democracia. Los ingleses tienen una aptitud inagotable para la transacción. Pero esta vez la mejor de las transacciones sería para el régimen capitalista una tremenda derrota.

Sólo la imposición cruda y neta de sus puntos de vista podría contener la oleada proletaria.

-----  
\* Publicado en *Varietades*, Lima, 8 de Mayo de 1926.

## **- LA PROTESTA DE LA INTELIGENCIA EN ESPAÑA\***

Cada día se exaspera más en España el conflicto entre la dictadura y la inteligencia. Desde el confinamiento de don Miguel de Unamuno y de Rodrigo Soriano en la isla de Fuerte Ventura, los ataques de la dictadura de Primo de Rivera a la libertad de pensamiento no han reconocido ningún límite. No le basta al dictador de España la supresión de la libertad de prensa y de tribuna o sea de los medios de expresión del pensamiento. Parece decidido a obtener la supresión del pensamiento mismo.

Es probable que a Primo de Rivera y a sus edecanes les parezca que éste es nada menos que un modo de regenerar a España. Un general que ha mostrado públicamente más respeto por una cortesana que por un filósofo no puede darse cuenta de que casi los únicos valores españoles que se cotizan aún en el mundo son sus valores intelectuales y espirituales. Los íbero-americanos sobre todo, no creeríamos viva a España —viva en la civilización y en el espíritu— sin el testimonio de Unamuno y sin el testimonio de los que, en el castillo de Montjuich o en otra cárcel de esta inquisición marcial, dan fe de que no ha perecido la estirpe de don Quijote.

Una dictadura de Primo de Rivera y de Martínez Anido, en tanto, carece para la historia contemporánea hasta del interés de constituir un fenómeno original de reacción o de contrarreforma. Esta dictadura militar no es, como lo ha dicho Unamuno, sino una caricatura de la dictadura fascista. Entre el Marqués de la Estrella y Benito Mussolini la diferencia de categoría es

demasiado evidente. Uno y otro representan la Reacción. Pero mientras Mussolini es un caso de condottierismo o cesarismo italianos, Primo de Rivera es apenas un caso de pretorianismo sudamericano, con todas las consecuencias y características históricas de una y otra clasificación.

Jiménez de Asúa, confinado en las islas Chafarinas por haber protestado contra este régimen desde su cátedra de la Universidad de Madrid, es uno de los representantes de la inteligencia española que Hispano-América más conoce y admira. Este solo título debía haber hecho respetable su persona. España no tiene hoy otra efectiva continuación en América que la que le aseguran su ciencia y su literatura.

Las universidades hispanoamericanas, que han recibido a Jiménez de Asúa como un embajador de la inteligencia española, han saludado en él a la España verdadera. Por sus claustros habría pasado, en cambio, sin ningún eco una galoneada y condecorada figura oficial.

Y uno de los méritos de Jiménez de Asúa es, precisamente, la honrada franqueza con que ha dicho a las juventudes hispanoamericanas su opinión sobre la dictadura de Primo de Rivera y el encendido optimismo con que les ha afirmado su esperanza en la revolución española. Jiménez de Asúa no será uno de los conductores de esta revolución. No es un hombre de acción; es sólo un hombre de ciencia. Su ideología política me parece imprecisa. Está nutrida de abstracciones más que de realidades. Pero revela, en todo caso, al intelectual honesto, al cual nada puede empujar a una tolerancia cómplice con el mal.

El acta de acusación de Jiménez de Asúa, le atribuye en primer lugar, una campaña de descrédito de España en los países de Hispano-América. Pero desgraciadamente, para Primo de Rivera los llamados a fallar sobre este punto, somos nosotros los hispanoamericanos. Y nosotros certificamos, por el contrario, que en estos países Jiménez de Asúa no ha dicho ni hecho nada que no merezca ser juzgado como dicho y hecho en servicio de España. Y del único ibero-americanismo que tiene existencia real en esta época.

La deportación de Jiménez de Asúa, según las entrecortadas noticias cable-gráficas de España, forma parte de una extensa ofensiva contra la inteligencia. Don Miguel de Unamuno ha sido reemplazado en su cátedra de Salamanca, medida que determinó, justamente, la protesta de Jiménez de Asúa, reprimida con su reclusión en una isla de lúgubre historia. J. Álvarez del Vayo, el inteligente periodista a quien acaba de dar sonora notoriedad su honrado testimonio sobre la situación rusa, ha sido apresado. Sánchez Rojas, culpable a lo que parece de una conferencia sobre la personalidad de Unamuno, ha sido confinado en Huelva. Y la lista de prisiones y deportaciones de intelectuales es seguramente mucho más larga. No la conocemos íntegramente por el

celoso empeño de la dictadura de encerrar a España dentro de sus fronteras. Pero las palabras que nos han llegado de una protesta de los más esclarecidos y acrisolados escritores y artistas de España, indican una múltiple y sañuda represión del pensamiento.

La inteligencia hispano-americana tiene que sentirse solidaria, sin duda, con la española, en este período de inquisición. Abundan ya las expresiones de esta solidaridad. No en balde Unamuno es uno de los más altos maestros de la juventud hispano-americana.

Pero la condenación histórica del régimen de Primo de Rivera y Martínez Anido no debe fundamentarse sustantivamente en su menosprecio ni en su hostilidad a los intelectuales. Este menosprecio, esta hostilidad no son sino una cara, una expresión de la política reaccionaria. El sentido histórico de esta política se juzga, ante todo, por los millares de oscuros presos del proletariado, que han pasado hasta ahora por las cárceles de Barcelona y Madrid.

-----  
\* Publicado en *Varietades*, Lima, 15 de Mayo de 1926.

## **- BRAGAGLIA Y EL TEATRO DE LOS INDEPENDIENTES DE ROMA\***

Antón María Bragaglia, fundador y director del Teatro de los Independientes de Roma, tiene en el moderno teatro italiano, la misma función que tuvo Antoine en el francés y que aún tiene Stanislavsky en el ruso. No compararé su obra con la de Max Reinhardt que, en Alemania y Austria, trabaja como metteur en scene\* para grandes públicos y en grandes teatros. El Teatro de los Independientes de Roma, es un teatro pequeño e íntimo del tipo del Vieux Colombier de París. Pero no se piense, por esto, que Bragaglia se entretiene en un aristocrático ejercicio de teatro de arte para una clientela de escogidos. Su Teatro de los Independientes ha sido concebido como un teatro experimental. No es sino un laboratorio donde se ensaya, ante doscientas personas, los procedimientos escénicos que más tarde se aplicarán al teatro de la multitud. Bragaglia ha dicho recientemente a un redactor de Comedia, de París, que el teatro no está hecho para un público de snobs sino para todo el público. [\*Preparador de la escena].

En la renovación del teatro, Italia no puede contentarse con un papel secundario. Pirandello podía bastar para mantener a Italia en un primer rango. (Pirandello a quien no pocos pejes gordos de la literatura española muestran una tan obstinada incapacidad de comprender y apreciar —conste que no aludo entre ellos al bueno de don Manuel Linares Rivas, responsable en un reportaje último de los más ineptos juicios orales sobre hombres y temas del teatro contemporáneo). Pero la renovación del teatro

quiere y debe ser integral. Italia no le daría bastante si no le diese sino autores aunque éstos fueran de la categoría de Pirandello, San Secondo y Bontempelli. El regisseur tiene en nuestra época casi tanta importancia como el dramaturgo. Una pieza teatral como sale de la pluma del dramaturgo, no es sino una pieza literaria. Y el teatro, como dice Bragaglia, es una colaboración de todas las artes. Así lo imaginaron, anticipándose a todos los experimentos actuales, Wagner y Nietzsche.

En concordancia con este principio esencial del teatro moderno, en Italia se trabaja vehemente y apasionadamente desde hace algún tiempo por una reforma radical de la mise en scene,\* de la presentación escénica. Son muchos los experimentos y las tentativas de los últimos años. Entre los de más valor se encuentran el Teatro del Color, el Teatro de los Doce, el Teatro de los Independientes. Bragaglia recaba para Virgilio Talli el primer puesto de la escena italiana. Pero la obra, muy interesante e inteligente por cierto, de Virgilio Talli ha sido, en cuanto a los medios de expresión escénica, la obra de un precursor. El creador original, atrevido, no aparece sino en Antón María Bragaglia. [\* Puesta en escena]

Este Bragaglia es una simpática figura del movimiento artístico italiano de este tiempo. La encontramos en todos los dominios del arte. Sus títulos a la notoriedad no son sólo los que provienen de sus experimentos teatrales. Bragaglia da su nombre a una Casa de Arte que constituye, desde hace varios años, uno de los proscenios y uno de los hogares más ilustres del arte italiano. En una ciudad pasadista y arqueológica, esta Casa de Arte tuvo al principio la fisonomía de una embajada del arte de vanguardia. En su salón, escuché, por primera vez después de mi llegada a Roma, una conferencia de Marinetti. La Casa de Arte Bragaglia se albergaba entonces en un local un poco burgués de la Vía Avignonesi, una calle de mercaderes de antigüedades italianas, monedas internacionales y modas francesas. Más tarde se trasladó a las termas de Septimio Severo, descubiertas por el propio Bragaglia en una vieja casa de la Vía Avignonesi. Este descubrimiento, que instaló en Roma al arte de vanguardia dentro de los monumentales muros de la arqueología romana, es una de las notas salientes de la biografía de Bragaglia. El creador del Teatro de los Independientes, topó con estas termas por puro azar. Buscaba un depósito para cajones; encontró un palacio para sus telas, sus colores, su teatro y sus sueños. Un fresco roído por el tiempo le reveló la nobleza de los muros escondidos entre unos viejos edificios de la Vía Avignonesi. Las excavaciones entregaron las termas de Septimio Severo y toda su historia.

Desde que la Casa de Arte Bragaglia se estableció en las termas, el arte de vanguardia parece haber dado un paso decisivo en la conquista de Roma.



Bragaglia, diplomático redomado, ha logrado que en su casa el arte de vanguardia y el arte antiguo se den la mano. En las termas de la Vía Avignonesi todo es al mismo tiempo muy moderno y muy antiguo. Se diría que el futurismo ha descubierto ahí por primera vez, el pasado.

En la casa de Arte Bragaglia se han realizado más de ciento veinte exposiciones individuales. En el elenco de estas exposiciones figuran los más cotizados valores de vanguardia: De Chirico, Depero, Balla, Zadkine, Boccioni, Pettoruti. Y a las exposiciones Bragaglia hay que agregar las ediciones Bragaglia, *Cronache d'Attualità*,\* revista editada y dirigida por Bragaglia hasta 1922, ha sido una de las mejores revistas de arte de Italia. *Index*, breviario romano, recoge ahora, en sus páginas minúsculas, las *strocature*\*\* y la *chismografía* de la Casa de Arte, donde la pintura, el fox-trot, el drama y la arqueología se combinan y se mezclan. [\*Crónica de Actualidad. / \*\*Críticas demoleadoras]

Pero volvamos al hombre de teatro. Es éste el lado más sugestivo de la personalidad de Bragaglia. En el Teatro de los Independientes se ha presentado, con una originalidad exquisita, piezas de Shaw, Pirandello, Wedekind, y, entre los menores, de Bontempelli, Marinetti, Soffici, Falgore, Alvaro. La literatura, en el teatro experimental de Bragaglia, está generalmente representada por uno de estos nombres. La música italiana por los nombres de Casella, Santoliquido, Balilla Pratella. La escena, la decoración, son casi siempre del propio Bragaglia en quien hay que reconocer, ante todo, un trabajador infatigable.

El aporte de Bragaglia al teatro moderno tiene, de otro lado, contornos y relieves muy personales. Bragaglia ha inventado, entre otras cosas, el escenario sextuple. Ha reemplazado la máscara clásica por una máscara movable de caucho. Ha empleado sabias combinaciones de luz y color.

Pero lo fundamental en su obra está en su concepción del teatro de arte como teatro para la multitud. Nada más extraño al trabajo de Bragaglia que la tendencia a un alambicamiento ultra-intelectualista de la escena. En el teatro, Bragaglia se dice y se siente sanamente italiano. El título de uno de sus libros -*Del teatro teatrale oasis del teatro*- condensa toda su teoría. ¡Qué lástima para los que, como el señor Linares Rivas, creen que el teatro de arte no es teatro!

-----

\*\* Publicado en *Variedades*: Lima, 22 de mayo de 1926.

### **- PILSUDSKI Y LA POLITICA POLACA\***

A través de una accidentada serie de experimentos y tanteos, Polonia busca su equilibrio. El tratado de paz le dio un extenso territorio, después de restablecer su existencia como nación libre. Pero le impuso al mismo tiempo, de acuerdo con el interés de los vencedores o, más precisamente, de acuerdo con el interés de Francia y el interés de Inglaterra, una complicada función en el mecanismo político de Europa. Reconstituida con territorios que hasta la victoria aliada formaban parte de los imperios alemán, austriaco y ruso, Polonia tiene, por otra parte, una composición heteróclita que le impide reconstruir prontamente su unidad nacional. Su población se compone, en algunas provincias, de polacos, rusos, alemanes y judíos. Y a la pluralidad de nacionalidades, se suma la pluralidad de religiones. Hay en Polonia católicos, ortodoxos, protestantes e israelitas. Predomina, naturalmente, la masa polaca y católica, que constituye una gran mayoría. Mas a esta nacionalidad, un poco anquilosada por más de un siglo de dominio alemán o ruso, le resulta excesivo el difícil trabajo de asimilación de las minorías alógenas que la paz aliada le ha obsequiado.

En Polonia, el conflicto entre la ciudad y el campo estorba el proceso de clarificación política. La burguesía urbana no se entiende muy bien con la burguesía rural. El proletariado industrial no se entiende tampoco bien con el proletariado campesino. En 1919, el Estado polaco se encontró frente a una urgente cuestión agraria. La ola verde que, estimulada por la revolución rusa, amenazó el orden burgués en toda la Europa oriental, donde la propiedad de la tierra estaba acaparada por una poderosa aristocracia,

invadió Polonia con el mismo ímpetu que en Rumania. Bulgaria, etc. Se dictó entonces una ley que, sancionando el principio de la expropiación forzosa, limitó la extensión de los fundos entre 160 y 900 hectáreas.

Pero la influencia de la clase latifundista, representada por los partidos de la derecha, ha evitado la ejecución integral de la reforma agraria. Por consiguiente, las campañas siguen agitadas por una lucha obstinada entre bandos que no desarman.

Pilsudski gobernó contra los partidos de la derecha que reclutan principalmente sus adeptos en la población rural. Uno de estos partidos, la federación popular nacional, se apoya en los grandes terratenientes. Otro, el partido obrero cristiano nacional, reúne en sus filas a los artesanos y campesinos obedientes al clero. Pero el partido agrario más numeroso es el acaudillado por Witos, el político a quien Pilsudski acaba de arrojar del poder. Este partido durante el gobierno de Pilsudski ocupó en el parlamento polaco, en el cual contaba con 85 puestos, una posición centrista. Sus intereses electorales lo mantuvieron entonces al flanco del gobierno.

Mas Pilsudski, políticamente, no obstante sus antecedentes socialistas, jugó en el poder un rol contrarrevolucionario. Lo obligaban a este rol los compromisos internacionales de Polonia. El capitalismo occidental necesitaba que Polonia fuera una barrera anti-sovietista. Y Pilsudski que, además alentaba sueños un poco napoleónicos, se lanzó a la aventura de una guerra contra los soviets. Su plan era la federación de todos los estados limítrofes de Rusia, desde la Finlandia hasta la Georgia, bajo la tutela de Polonia. Si Polonia hubiese salido victoriosa de esta empresa, Pilsudski se habría asegurado definitivamente en el poder.

Como esto no aconteció, Pilsudski vio declinar su estrella. Los elementos revolucionarios del proletariado, que desde los tiempos de Rosa Luxemburgo y Leo Joguisches lo habían combatido en el seno de la socialdemocracia, lo denunciaban como un instrumento de la burguesía. Los partidos conservadores no le perdonaban su pasado romántico de agitador. La burguesía, en general, miraba con desconfianza su condottierismo.

Y desde que Pilsudski dejó el poder, se inició lógicamente un período de reforzamiento y concentración de las fuerzas conservadoras. Sofocando el impulso revolucionario, Pilsudski había favorecido a la reacción. Más aún: se había apoyado en ella. El gobierno, por consiguiente, cuando cesó de ser pilsudskiano, devino francamente derechista.

Witos presidía hasta hace poco una concentración conservadora que no ocultaba sus

propósitos de rectificar profundamente, en un sentido reaccionario, la organización polaca. Su gobierno, acérrimamente derechista, practicó hasta el fin una política de represión de la propaganda de las izquierdas. Esta política, en el terreno económico, se caracterizó por su espíritu adverso a la urbe y a la industria, campesino y antisemita.

Pilsudski ha reconquistado el poder con los elementos urbanos. Una parte del ejército fiel a su prestigio y a su continente marciales, lo ha seguido contra otra parte, más dócil a los intereses conservadores. Pero el factor decisivo de su victoria parece haber sido el proletariado urbano. La huelga general secundó el ataque militar. Las izquierdas no podían abstenerse de concurrir al derrocamiento de un régimen específicamente reaccionario.

Ahora Pilsudski se muestra, como siempre, un poco incierto. No ha aceptado la presidencia de la república. Pero su falta está, sin duda, en no haberse resuelto por el camino de la dictadura revolucionaria. Su romanticismo bonapartista le impide ver que su política, combatida por las derechas, necesita el consenso de las izquierdas.

-----  
\* Publicado en **Varietades**, Lima, 5 de Junio de 1926.

## **- LA ESCENA PORTUGUESA\***

Sería injusto pensar, a propósito del reciente golpe de estado portugués, que el Portugal está imitando a la España de Primo de Rivera y Martínez Anido. Al Portugal no se le puede negar el mérito de ser, en este siglo, bastante más original que España en su política y sus instituciones. Mientras los republicanos españoles no han sabido ni han podido hacer nada mejor que transigir con la monarquía borbónica, los republicanos portugueses han logrado, primero, fundar su república y, en seguida, defenderla contra la nostalgia de la dinastía de los Braganza. España, por germanofilia de su monarquía, no quiso salir de la neutralidad. El Portugal, por aliadofilia de la república, intervino en la guerra.

Estos contrastes no son en sí mismos, evidentemente, una prueba de progres-ismo del Portugal y de conservantismo de España. Una república, muchas veces, no vale más que una monarquía. No es raro que valga aún menos. Y la participación en la gran guerra ha dejado de ser considerada como una benemerencia desde que se fueron a pique, tragadas por los vórtices de los imperialismos, los beatos principios del Presidente Wilson.

Pero aquí no se trata sino de constatar el derecho del Portugal a sentirse diferente de España. Los antecedentes del reciente golpe militar —dirán con razón los portugueses— no están en la gesta del general Primo de Rivera sino en la propia historia del Portugal. Todos los cambios de gobierno que ha experimentado el Portugal desde el derribamiento de la monarquía en 1910, han reposado en un pronunciamiento militar. En sólo

los años 1920 y 1921 se realizaron en el Portugal tres golpes de mano militares. La renovación del gobierno ha dependido casi siempre de la decisión de un manipulo de belicosos oficiales. Y los oficiales se han presentado divididos en republicanos y monarquistas y subdivididos en varias filiaciones menores, más o menos contingentes y accidentales.

El último pronunciamiento se distingue, empero, de los anteriores, aunque no sea sino formalmente. Esta vez el ejército no ha puesto el peso de sus armas del lado de una de las facciones políticas. Ha establecido una dictadura marcial que, por su lenguaje al menos, no carece de parecido con la de España. Este régimen, por otra parte, se declara por encima de todos los partidos y se atribuye la representación de los intereses nacionales. Y aquí el parentesco de las dos dictaduras aparece incuestionable. Las dos pertenecen incontestablemente a la misma familia histórica.

No sabemos todavía si, como, es característico en todo movimiento fascista, los autores del golpe de estado del Portugal achacan todas las desgracias de la patria a la política y al parlamentarismo. En el Portugal las quejas contra el parlamentarismo, en los labios de los oficiales, sería festivamente injustas. Pues en el Portugal, de la inestabilidad de los gobiernos el más responsable no ha sido nunca el parlamento sino, en todo caso, el ejército. Nadie puede pre-tender que en el Portugal haya habido un parlamentarismo excesivo. (Aunque si se quiere confrontar este aspecto de la política de uno y otro país, resulta que tampoco en España existió parlamentarismo ni excesivo ni verdadero. Y que en España la vida de los gabinetes encontró frecuentemente en las deliberaciones de las "juntas de defensa" mayor amenaza que en los debates del parlamento. La liquidación de la empresa de Marruecos, reclamada por el pueblo, ¿no fue siempre estorbada por el temor al ejército?)

La guerra dejó al Portugal graves problemas financieros. No todo fue laureles y honores. El comercio de sardinas y de vinos obtuvo, durante la guerra, pingües beneficios; pero el Estado, embarcado en una serie de empréstitos consumidos en la costosa aventura, quedó completamente exangüe. La re-pública, responsable de la intervención, se vio amenazada a consecuencia del malcontento nacido de la crisis económica. Los partidarios de la monarquía intentaron explotar el mal humor popular. El gabinete se encontró frente a un intrincado haz de problemas financieros y políticos. El presupuesto no conseguía balancearse. Los déficits se acumulaban. La moneda se desvalorizaba a causa de la inflación y de la deuda pública. Y en esta atmósfera se incubaban sucesivas conspiraciones.

El golpe de estado militar demuestra que la crisis subsiste. Es en sus

lineamientos esenciales la misma crisis en que desde la guerra se debate el mundo occidental. Y ya sabemos que en ningún país la dictadura, más o menos marcial o más o menos fascista, ha sido una solución. Al gobierno de Primo de Rivera todas sus fanfarronadas y todas sus violencias no le han servido para resolver ninguno de los viejos problemas españoles. Apenas si le han bastado para crear algunos problemas nuevos. El del régimen, verbigracia. Ningún liberal español honrado puede perdonar a la monarquía su complicidad con Primo de Rivera. Los políticos y escritores exilados plantean abiertamente, como una cuestión básica, la cuestión del régimen.

Afirman que con Primo de Rivera debe echarse a Alfonso XIII.

En el Portugal la historia no puede ser distinta. De otro lado, en el Portugal la inestabilidad, la interinidad, parece desde hace mucho tiempo la característica sustantiva de todos los gobiernos. Ahí los malos gobiernos tienen siempre la ventaja de ser siempre breves. Un amigo un poco humorista que, justificando su indiferencia por la prensa, sostenía la posibilidad de suponer aproximadamente todas las novedades del cable, me decía una vez: —Apuesto que la novedad de hoy es un golpe de estado en Portugal—. Yo hubiera querido contradecirlo para defender mi costumbre de leer los diarios. Pero, desgraciadamente, lo que mi amigo suponía era esa vez cierto.

-----  
\* Publicado en *Variedades*, Lima, 19 de Junio de 1926.

### **- EL MINISTERIO BRIAND-CAILLAUX\***

No ha tramontado aún, —como sus adversarios suponían o, más bien, anhelaban—, la estrella de Joseph Caillaux. Cuando menos próximo parecía Caillaux al poder, la marea política lo ha colocado de nuevo en el ministerio de finanzas, esto es en el ministerio del cual dependen ahora los destinos de Francia. En este ministerio Caillaux no se siente un ministro; se siente un cónsul que "comparte el poder" con otro cónsul, Briand.

El trabajo de constituir un gabinete, ha sido esta vez demasiado arduo para el experimentado y cazurro Briand. Fracasada su primera tentativa, el encargo de formar el gobierno pasó a Herriot que representa una fórmula neta: el cartel de izquierdas. Pero el cartel de izquierdas está prácticamente liquidado y deshecho y no es ya tiempo de galvanizarlo. Herriot no podía tener esta vez mejor suerte que hace algunos meses cuando hasta el grupo comunista, con el objeto de cerrar el camino a los reaccionarios, se declaró pronto a apoyar en el parlamento un programa de izquierda. Como no es posible, dentro de la actual situación parlamentaria, organizar un gabinete sin el concurso de una parte de las izquierdas, Briand recibió de nuevo el encargo. La fórmula de Briand es la de una segunda "unión sagrada". Por el momento Herriot y el partido radical-socialista muéstranse reacios a aceptarla. Mas Briand sabe que puede contar de toda suerte con su participación en un ministerio centrista más o menos interino. Un gabinete de este tipo es el que acaba de presentarse a la cámara.

Pero este mismo gobierno no habría podido ser puesto a flote sobre la sola

base del nombre de Briand. La base debía ser por fuerza un binomio, si no un trinomio. Briand necesitaba condicionar el poder con un Líder. Lo hemos visto, por eso, solicitar a Poincaré primero y a Caillaux después. Y, en la imposibilidad de conseguir la colaboración de los dos, decidirse por la de Caillaux.

Briand es un líder, un jefe; pero no el líder ni el jefe de la derecha, de la izquierda o del centro. Su grupo no pasa del rango de una modesta patrulla parlamentaria. Y, justamente, por esto, Briand preside todavía el gobierno. Tiene su política la ventaja de no resultar comprometida ni embarazada por ninguna doctrina, por ningún partido, por ningún programa. Oportunamente orgánico, Briand está dispuesto a actuar cualquier política y a ponerse a la cabeza de cualquier coalición. Su fuerza reside en su virtud de combinar y amalgamar a grupos aparentemente heterogéneos y antagónicos pero en el fondo conciliables. Es el político de las fórmulas compuestas y de los programas mixtos. Su fortuna procede ahora del fracaso del cartel de izquierdas. El cartel es la mayoría; pero como el cartel no existe, la mayoría tampoco existe. Por consiguiente se impone el sistema de las mayorías artificiales y provisionales. Y para obtener estas mayorías aleatorias, Briand tiene la ciencia de la dosis. Lo hemos visto hoy abandonar a Poincaré -dosis prematura de derecha- por Caillaux -dosis moderada de izquierda-, después de constatar que todavía no es tiempo de asociar ambas dosis.

Caillaux es en cierto modo un líder de género análogo al de Briand. Tampoco es Caillaux el líder de un bloque ni de un partido. Sus relaciones con el partido al cual está afiliado —el radical-socialista— no son las de un militante ortodoxo. Pero los dos hombres son diferentes. Caillaux tiene, en todo caso, una filiación. Enemistado personalmente con la derecha, juega un rol demasiado vivo de hombre de izquierda. Briand, en cambio, no tiene filiación ninguna, No se considera sino republicano, lo que, prácticamente, no lo obliga a nada, puesto que el régimen republicano no es repudiado en Francia sino por la fauna orleanista.

El binomio Briand-Caillaux constituye, pues, un nuevo Intermezzo centrista. Este binomio se propone nada menos que la solución del problema hacendario y financiero de Francia. Pero una cosa son las promesas de un gobierno y otra cosa son sus posibilidades. Si se examina sus bases parlamentarias, se observa que el binomio Briand-Caillaux reposa sobre una inestable combinación de fuerzas mal avenidas aún. Su equilibrio, por consiguiente, es muy difícil, muy incierto.

Si Caillaux lograra aplicar con éxito sus planes financieros, tal vez mucha gente de izquierda, de centro y de derecha pensaría seriamente en su



"consulado". Los recursos del nuevo gabinete son la audacia de Caillaux y la astucia de Briand. Pero, —aparte de que la solidaridad de los dos cónsules es relativa y contingente—, no es probable que un ministerio y un programa puedan mantenerse a flote en el tempestuoso mar de esta cámara. A la disolución de la cámara tendrá que apelarse inevitablemente después de uno o más nuevos naufragios ministeriales.

Fracasado el bloque de izquierdas, tiene que reconstituirse un gran haz de fuerzas burguesas. Y esta nueva concentración no puede cumplirse sino electoralmente. Si las elecciones demoran, se debe sin duda a que todavía la clarificación política no es completa. Se correría aún el riesgo de un nuevo experimento del bloque de izquierdas. Y si se repitiese, aunque fuese atenuada, la situación de mayo de 1924, el desequilibrio actual se repetiría en la cámara próxima.

En cuanto al fascismo, casi todos convienen en que, por el momento, no inspira en Francia serios temores. Hace cuatro meses en las elecciones de dos diputados por París, los candidatos comunistas, en torno de los cuales se concentraron todas las fuerzas de izquierda, barrieron sensacionalmente a los candidatos fascistas. París en esta elección no votó, claro está, por la dictadura bolchevique. Pero sí voto, categóricamente, contra la dictadura fascista.

-----  
\* Publicado en *Variedades*, Lima. 3 de Julio de 1926.

## **- LA AGITACION REVOLUCIONARIA EN ESPAÑA\***

Las noticias cablegráficas sobre el abortado movimiento contra la dictadura de Primo de Rivera, son insuficientes para comprender y juzgar exactamente la nueva fase en que parece haber entrado la política española. Con tan sumarios y oscuros elementos de juicio no se puede todavía apreciar el verdadero valor de la tentativa revolucionaria en la que, según la represión policial, resultan mezclados hombres tan diversos como Weyler y Marañón, Marcelino Domingo y el conde de Romanones.

La participación de Weyler, de Aguilera y de otros militares de alta jerarquía en el movimiento contra Primo de Rivera demuestran que a la dictadura le faltan cada día más el consenso de una gran parte del ejército.

Este hecho, —del cual se sintió la evidencia desde la primera hora del régimen militar—, se conforma absolutamente con la tradición del militarismo español. Desde los más lejanos episodios de la batalla liberal, los militares se presentan en España divididos en liberales y reaccionarios. España careció en el período de su revolución burguesa de grandes figuras civiles. Los que más eficazmente acaso combatieron por el liberalismo y la constitución fueron bizarros caudillos militares del tipo de "El Empecinado". Fundadamente piensan algunos hombres de estudio contemporáneos que la revolución liberal y burguesa de España se actuó en América, se resolvió en la revolución de la independencia hispanoamericana. La clase civil, el espíritu burgués, no lograron su plenitud sino en las colonias, debido a las circunstancias económicas e

históricas que propiciaban su emancipación. España ha sufrido la tragedia de no tener una burguesía orgánica, vigorosa y revolucionaria. Por esto, ha subsistido en España, apenas atenuado por la constitución, el antiguo poder de la monarquía y la aristocracia. Las constituciones no han constituido sino oportunistas concesiones de la monarquía. "El pueblo —escribe Eduardo Ortega y Gasset en un reciente artículo de la revista "Europe"— estuvo siempre sometido a una dura tutela que ha debido su supervivencia al hecho de que supo siempre transigir cada vez que se vio en peligro. Entonces los reyes, con la perfidia tradicional de los Borbones de España, sabían fingir que aceptaban las conquistas del pueblo sin renunciar jamás a su poder personal. A la agitación, a la cólera de la opinión pública, la política ha opuesto siempre las resistencias reales seguidas de aparentes concesiones". En este accidentado proceso de formación del feble régimen constitucional, herido de muerte por el golpe de estado de Primo de Rivera, el militarismo liberal ha jugado un rol activo, sobre todo cuando ha sido más sensible la ausencia de fuertes figuras civiles.

Pero si la tradición del ejército en el último siglo, ha sido en parte liberal, en cambio ha sido casi invariablemente monárquica. La idea republicana no ha prendido nunca seriamente en el espíritu militar español. Y la monarquía como es natural, ha cultivado celosamente el sentimiento monárquico en el ejército. "Todos los esfuerzos de Palacio —dice Eduardo Ortega y Gasset—, han tendido siempre a hacer del ejército no una fuerza nacional sino una fuerza monárquica".

La responsabilidad de Alfonso XIII en el desastre de Annual, más acaso que su complicidad asombrosa en la gestación de la dictadura, ha debilitado sin duda el prestigio personal del rey en la parte más sana y consciente del ejército. Pero no es probable que haya afectado a la monarquía misma. Por consiguiente, es indudable que el movimiento abortado, no obstante la intervención de elementos calificadamente izquierdistas y republicanos, estaba dirigido sólo contra la dictadura. Su programa se detenía en el restablecimiento de la constitución. No llegaba, ni siquiera en principio, a la abolición de la monarquía. La presencia del conde de Romanones entre los conspiradores confirma los propósitos meramente restauradores de este frustrado contragolpe.

El viejo liberalismo, el antiguo constitucionalismo, dominaban inequívocamente en el movimiento que, tal vez por esta razón, ha sido batido. El estudio de las circunstancias que engendraron el régimen de Primo de Rivera y Martínez Anido prueba hasta la saciedad que el pueblo español no necesita una tímida restauración, sino una revolución verdadera y auténtica. No es ya tiempo de reconstruir un régimen monárquico-

constitucional, que no sólo la crisis mundial de la democracia capitalista sino, ante todo, su particular experiencia de tantos años, condena definitivamente a la bancarrota y al tramonto.

Claro está que no se debe olvidar que todas las grandes revoluciones han tenido generalmente un principio muy modesto. La revolución rusa nació de un movimiento de la burguesía "cadete" y de la nobleza liberal. Pero en Rusia existía, además de una profunda agitación del pueblo, un partido revolucionario, conducido por un genial hombre de acción, de miras claras y netas.

Esto es lo que falta presentemente en España. El partido socialista sigue a hombres dotados de estimables condiciones de inteligencia y probidad, pero desprovistos de efectivo espíritu revolucionario. El partido comunista, demasiado joven, no constituye aún sino una fuerza de agitación y propaganda. Los intelectuales del Ateneo —que han sido, seguramente, los animadores originales de la tentativa— representan conspicuamente un nuevo pensamiento científico y hasta filosófico; pero no representan específicamente un nuevo pensamiento político. Y una revolución política no puede ser obra sino de un pensamiento político también.

Pero nada de esto disminuye el interés de los últimos acontecimientos. Tiende sólo a fijar sus reales alcances. La tartarinesca dictadura de Primo de Rivera y Martínez Anido se ha exhibido, al tambalearse, en toda su miseria intelectual y material. España ha entrado otra vez en la era un poco romántica de los pronunciamientos y de las conspiraciones. Sus grotescos dictadores no podrán ya dormir tranquilos.

-----  
\* Publicado en **Varietades**, Lima, 10 de Julio de 1916.

### **- LA ESCENA SUIZA\***

El orden demo-liberal-burgués tiene su más acabada realización en la república federal suiza. Inglaterra es, ciertamente, la sede suprema del parlamentarismo, el liberalismo y el industrialismo, esto es de los principios y fenómenos fundamentales de la civilización capitalista. Pero Inglaterra es demasiado grande para que todas las instituciones posibles de la democracia hayan podido ser ensayadas y establecidas en su gobierno. Inglaterra ha continuado siendo una monarquía. Su aristocracia ha conservado todos sus fueros formales y algunos de sus privilegios reales. Inglaterra, sobre todo, es un imperio, de modo que internacionalmente no está en grado de aceptar y menos aún de aplicar las últimas consecuencias del pensamiento demo-liberal. Suiza, en cambio, hasta por su geografía de país de tráfico internacional, se encuentra en condiciones de conformar tanto su, política interna como su política exterior a este ideario. La democracia puede funcionar en Suiza con la misma precisión con que funcionan sus relojes. El ordenado espíritu suizo ha dado a su democracia un mecanismo de relojería. En un país pequeño, de población densa y culta, exenta de ambiciones e intereses imperialistas, la experiencia democrática ha conseguido cumplirse casi sin obstáculos.

El demos tiene en Suiza; como es sabido, todos los derechos. Tiene el derecho de referéndum y el derecho de iniciativa. El poder ejecutivo se renueva anualmente. El ciudadano suizo se siente gobernado por la mayoría. Le basta formar parte de la mayoría para que no le quepa la menor duda de que se gobierna a sí mismo. Y esto lo induce, como es lógico, a

governarse lo menos posible. Las mayorías hacen en Suiza el uso más prudente y ponderado de sus derechos. Lo que no es sólo una cuestión de educación democrática sino también de comodidad política de todo suizo mayoritario.

En esta época de puschismo y fascismo, Suiza se presenta como el país más inmune a la dictadura. Ni el burgués, ni el pequeño burgués suizos pueden comprender todavía la necesidad de reemplazar su consejo federal por un directorio, ni su presidente de la república por un Mussolini. Suiza no quiere césares ni condottieres. Mussolini es el más impopular de los jefes de estado contemporáneos en la democracia helvética, no tanto por su propósito nacionalista de reivindicar el Ticino como por su personalidad megalómana de César y dictador. El demos suizo está demasiado habituado a la ventaja de no sufrir, ni en la política ni en el gobierno, personalidades exorbitantes y excesivas. Un buen presidente de la república puede ser en Suiza un relojero. Motta, elegido varias veces para este cargo, tiene, por ejemplo, el prestigio de hablar correctamente las tres lenguas de este país trilingüe y de pronunciar hermosos discursos en las asambleas de la Sociedad de las Naciones.

La función de Suiza en la historia contemporánea parece ser —a consecuencia de su democracia, de su urbanidad y de su geografía— la de servir de hogar a casi todos los experimentos y los ideales internacionalistas. Desde hace muchos años las organizaciones internacionales eligen generalmente una ciudad suiza como su sede central. A comenzar de la Cruz Roja, tienen su asiento en Suiza todas las centrales del internacionalismo humanitario y pacifista. No están en Suiza las internacionales obreras. Pero a la historia de la Segunda Internacional se halla memorablemente vinculado el país suizo, por haberse celebrado en Basilea el último de sus congresos prebélicos y en Berna el congreso que en 1919, concluida la guerra, estableció las bases de su re-construcción. Y en cuanto a la Tercera Internacional puede considerársele incubada en Suiza por haberse realizado en Zimmerwald y Kienthal, durante la guerra, las conferencias de las minorías socialistas precursoras del programa de Moscú. De otro lado, la Suiza albergó hasta la víspera de la revolución, a sus principales actores, de Lenin a Lunatcharsky. En Zurich, en un modesto cuarto amueblado, habitaron y trabajaron Lenin y su mujer por varios años preparando esta revolución que, según sus propios adversarios, constituye el más colosal ensayo político y social de la época.

Mas el internacionalismo que característicamente reside en suelo suizo es el internacionalismo liberal, no el socialista. Ginebra, la ciudad de Rousseau y de Amiel, aloja periódicamente a los parlamentarios del

desarme o de la paz. Ahí tiene su domicilio la Sociedad de las Naciones. Hace algunos años se firmó en Lausana la paz entre el Occidente y Turquía. Hace un año se firmó en Locarno la nueva paz europea. A orillas de un lago suizo, Europa se siente, invariablemente, pacifista.

¿Desmiente, entonces, Suiza la tesis de la irremediable decadencia de la democracia? No la desmiente: la confirma. Ni su democracia ni su neutralidad han preservado a Suiza de la tremenda crisis post-bélica. Suiza, país prevalentemente industrial, —el 78% de la población trabaja en la industria y el comercio—, vio declinar en 1919, a consecuencia de esta crisis, sus exportaciones. Sus principales industrias tuvieron que afrontar un período de duras dificultades. Los industriales pretendieron naturalmente encontrar una solución a expensas de la clase trabajadora. El gran número de desocupados creó una atmósfera de agitación y descontento. Se sucedieron, como en los demás países de Europa, las huelgas y lock-outs. La izquierda del socialismo suizo dio su adhesión al comunismo. Y la crisis, en general, evidenció que la democracia y sus instituciones son impotentes ante la lucha de clases. Suiza, malgrado su tradición de liberalismo, no ha sabido abstenerse de emplear medidas de excepción contra los comunistas. La democracia suiza no admite ninguna amenaza seria al dogma de la propiedad privada.

El sino de la democracia en Suiza tiene que ser, por otra parte, el mismo que en los otros pueblos de Occidente. No es en Suiza sino en Inglaterra, en Alemania, en Francia, donde se esclarece actualmente si la idea demoliberal ha cumplido ya su función en la historia. Pero la experiencia suiza no estará, en ningún caso, perdida para el progreso humano.

-----  
\* Publicado en **Varietades**, Lima, 17 de Julio de 1926.

## **- EL MINISTERIO DE CONCENTRACION REPUBLICANA DE POINCARE\***

El drama del franco ha decidido a la burguesía francesa a reconciliarse. Este gabinete de concentración republicana que encabeza Poincaré se reduce, en último análisis, a un gabinete de concentración burguesa. Todos los cuerpos y todos los líderes burgueses de la cámara están ahí. El bélico Tardieu y el ambiguo Briand, el opaco Leygues y el pávido Painlevé, el anodino Barthou y el desventurado Herriot, han aceptado la jefatura de Poincaré en un ministerio que pretende tener el aire de un ministerio de unión sagrada. Fuera de este gabinete, sólo están, a la derecha, la minúscula patrulla monarquista, y a la izquierda, algunos radicales-socialistas, los socialistas y los comunistas.

¿Qué ha pasado en el parlamento francés, dividido antes —sin contar las dos extremas, monarquista y comunista—, en dos campos, en dos coaliciones aparentemente inconciliables, el bloque nacional y el cartel de izquierdas?

La cámara nacida de las elecciones de 14 de Mayo es, materialmente, por su composición y su estructura, la misma que ahora preside Raoul Peret y que se dispone a acordar al hombre de la ocupación del Ruhr los votos de confianza que necesite su política de estabilización del franco. Pero, psicológica y espiritualmente, no es ya la Cámara que, encontrando insuficiente el licencia-miento del ministerio de Poincaré, reclamó y obtuvo en mayo de 1924 la renuncia de Millerand, presidente de la república. En



dos años, de los más tormentosos de la política parlamentaria francesa, se ha cumplido, con éxito negativo, el experimento político propugnado por la mayoría del 11 de mayo. El cartel de izquierdas, vencedor de las elecciones, roído desde su nacimiento por un mal insidioso y congénito, se ha disgregado gradualmente en estos dos años. Desde mucho antes de la caída del primer gabinete Herriot, asistimos al proceso dramático de su disolución. El último gabinete Herriot ha sido una postrera tentativa por mantener aún a flote por algún tiempo la esperanza y la ficción de un gobierno de las izquierdas. Hoy, naufragada en pocas horas esta tentativa tímida y tardía, vemos a una parte del cartel reunida al antiguo bloque nacional mientras la otra parte —el partido socialista— se siente de nuevo casi sola en la oposición.

El retorno de Poincaré representa simplemente un fracaso del reformismo. Pero no únicamente, —como querrán hacer creer los enemigos a ultranza de la idea socialista—, un fracaso del reformismo socialista, sino también, y sobre todo, del reformismo burgués. El cartel de izquierdas —coalición de los partidos avanzados de la burguesía, radical-socialista y republicano-socialista, con el partido moderado de la clase obrera— era una fórmula reformista. Se combinaban y entendían en esta fórmula dos evolucionismos: el de la burguesía y el del proletariado. Ninguna crítica de buena fe podía identificar lealmente al cartel de izquierdas como una fórmula revolucionaria. Los comunistas franceses, antes y después del 11 de mayo, denunciaron incansablemente el verdadero carácter del cartel.

La quiebra de esta híbrida alianza no es, pues, una derrota de la revolución sino tan sólo una derrota de la democracia. Con el cartel naufraga exclusivamente la reforma. Los excelentes y optimistas burgueses que, guiados por un risueño retor, se creyeron capaces el 11 de mayo de combatir a fondo por la democracia, contra su propia clase, regresan ahora, desilusionados y maltrechos, bajo la bandera equívoca de una concentración republicana, a la teoría y la práctica de la unión sagrada de la burguesía. El partido socialista, por su parte, —liquidado desastrosamente el experimento reformista—, vuelve a asumir, en el parlamento, su función de partido del proletariado.

No hay otra cosa sustancial en la solución de la última crisis ministerial Francesa. El éxito personal de Poincaré es una cosa adjetiva. Si Herriot, Painlevé, etc., se han visto obligados a aceptar la dirección del "gran lorenés", no es menos cierto que éste, a su turno, se ha visto obligado a aceptar la colaboración de estos políticos que, en mayo de 1924, lo arrojaron estrepitosamente del poder, achacándole casi toda la responsabilidad de la situación de Francia en la post-guerra. El bloque nacional

poincarista no puede suprimir definitiva-mente al radicalismo o, mejor dicho, al reformismo, sino a costa de digerirlo y asimilarlo.

De otro lado, es absurdo aguardar de Poincaré una obra de taumaturgo. El drama del franco comenzó al día siguiente de la victoria francesa. Poincaré cayó en mayo de 1924, precisamente por haberse mostrado impotente para resolverlo. Antes que los precarios ministerios que se han sucedido del 11 de mayo a la fecha, trató de reordenar las finanzas francesas un sólido ministerio del bloque nacional dirigido por Poincaré. Los resultados de su gestión son demasiado notorios.

Poincaré no tiene un programa propio de restauración del franco. Su programa toma en préstamo algo a todos los programas del parlamento. El "gran lorenés" no posee siquiera dotes de dictador. Crecido y formado en la atmósfera parlamentaria de la Tercera República, no puede romper con sus "inmortales" principios. Tiene la mentalidad y el espíritu de la pequeña burguesía francesa. Y es por esto que la pequeña burguesía lo adora.

Espíritu de clase media, impregnado de todos los prejuicios del parlamentarismo, Poincaré sabe muy bien que no es a él, en todo caso, a quien le tocará jugar en Francia el rol de dictador o condottiere. León Blum lo ha definido agudamente en una Interview. "Poincaré, —ha dicho—, ha menester de sentir en torno suyo el afecto y la devoción de los hombres. Para obtenerlos usa, en lo privado, la afabilidad y hasta la coquetería. Pero hay en él algo que detiene el impulso de los otros: una sequeda íntima, una meticulosidad excesiva y desconfiada, un amor propio siempre herido. Lo tiene al punto de que cuando toma una resolución, piensa en el artículo que escribirá Tardieu al día siguiente y de que su resolución es influenciada por este pensamiento. Hay en él algunos lados imprevistos. Así, por ejemplo, la fuerza física lo atrae. Una alta estatura lo impresiona, le da miedo. No busquéis en otra cosa la extraña influencia que ejerce sobre él Maginot. Su ascendiente es exactamente el mismo que el gigante Gastón Bonvalot ejercía sobre el pobre Lemaitre". Blum completa su juicio, reconociendo a Poincaré grandes cualidades —orden, potencia intelectual y vasta cultura, pero negándole el sentido de lo real, de la aplicación concreta, y declarando que sería admirable "en el papel de segundo de un hombre de genio".

El dinero, la burguesía, han dado a Poincaré, para el ministerio que acaba de constituir, un crédito de confianza. He ahí toda la clave de su ascensión al poder en traje de salvador de la patria.

-----  
\* Publicado en **Variedades**, Lima, 31 de Julio de 1926.

## **- LA REACCION EN MEXICO\***

Objetivamente considerado el conflicto religioso en México resulta, en verdad, un conflicto político. Contra el gobierno del General Calles, obligado a defender los principios de la Revolución. insertados desde 1917 en la Constitución mexicana, más que el sentimiento católico se revela, en este instante, el sentimiento conservador. Estamos asistiendo simplemente a una ofensiva de la Reacción.

La clase conservadora terrateniente, desalojada del gobierno por un movimiento revolucionario cuyo programa se inspiraba en categóricas reivindicaciones sociales, no se conforma con su ostracismo del poder. Menos todavía se resigna a la continuación de una política que -aunque sea con atenuaciones y compromisos- actúa una serie de principios que atacan sus intereses y privilegios. Por tanto, las tentativas reaccionarias se suceden. La reacción, naturalmente, disimula sus verdaderos objetivos. Trata de aprovechar las circunstancias y situaciones desfavorables al partido gubernamental. La insurrección encabezada por el General De la Huerta fue, hace tres años, su última ofensiva armada. Batida en otros frentes, presenta ahora batalla a la Revolución en el frente religioso.

No es el gobierno de Calles el que ha provocado la lucha. Por el contrario, acaso para atemperar las prevenciones suscitadas por su reputación de radical incandescente, Calles se ha mostrado en el gobierno más preocupado de la estabilización y afianzamiento del régimen que de su programa y origen revolucionarios. En vez de acelerar el proceso de la

Revolución Mexicana, como se esperaba de parte de muchos, el gobierno de Calles lo ha contenido y sofrenado. La extrema izquierda, que no ahorra censuras a Calles, denuncia al laborismo que su gobierno representa como un laborismo archidomesticado.

Por consiguiente, la agitación católica y reaccionaria no aparece creada por una política excesivamente radical del gobierno de Calles. Aparece, más bien, alentada por una política transaccional que ha persuadido a los conservadores del declinamiento del sentimiento revolucionario y ha separado del gobierno a una parte del proletariado y a varios intelectuales izquierdistas

El proceso del conflicto revela plenamente su fondo político. México atravesaba un período de calma cuando los altos funcionarios eclesiásticos anunciaron de improviso, y en forma resonante, su repudio y su desconocimiento a la Constitución de 1917. Esta era una declaración de beligerancia. El gobierno de Calles comprendió que preludiaba una activa campaña clerical contra las conquistas y los principios de la Revolución. Tuvo que decidir, en consecuencia, la aplicación integral de los artículos constitucionales relativos a la enseñanza y el cultos. El clero, manteniendo su actitud de rebeldía, no ocultó su voluntad de oponer una extrema resistencia al Estado. Y el gobierno quiso entonces sentirse armado suficientemente para imponer la ley. Nació así ese decreto que amplía y reforma el Código Penal Mexicano estableciendo graves sanciones contra la trasgresión y la desobediencia de las disposiciones constitucionales.

Este es el decreto contra el cual insurge el clero mexicano, suspendiendo los servicios religiosos en las iglesias e invitando a los fieles a una política de no cooperación, disminución de sus gastos al mínimo posible a fin de reducir en lo posible su cuota al Estado. El rigor de algunas disposiciones, *verbi gratia*, la que prohíbe el uso del hábito religioso fuera de los templos, es, sin duda, excesivo. Pero no se debe olvidar que se trata de una ley de emergencia reclamada al gobierno por la necesidad política, más que por el compromiso programático o ideológico de aplicar, en el terreno de la enseñanza y del culto, los principios de la Revolución.

La Iglesia invoca esta vez en México un postulado liberal: la libertad religiosa. En los países donde el catolicismo conserva sus fueros de confesión del Estado, rechaza y execra este mismo postulado. La contradicción no es nueva. Desde hace varios siglos la Iglesia ha aprendido a ser oportunista. No se ha apoyado tanto en sus dogmas, como en sus transacciones. Y, por otra parte, el ilustre polemista católico, Louis Veinlloot, definió hace tiempo la posición de la Iglesia frente al liberalismo

en su célebre respuesta a un liberal que se sorprendía de oírle clamar por la libertad: «En nombre de tus Principios, te la exijo; en nombre de los míos, te la niego».

Pero en la historia de México, desde los tiempos de Juárez hasta los de Calles, le ha tocado al clero combatir y resistir las reivindicaciones populares. La Iglesia ha contrastado siempre en México, en nombre de la tradición, a la libertad. Por ende, su actitud de hoy no se presta a equívocos. La mayoría del pueblo mexicano sabe demasiado bien que agitación clerical es esencialmente agitación reaccionaria.

El Estado mexicano, pretende ser, por el momento, un estado neutro laico. No es del caso discutir su doctrina. Este estudio no cabe en un comentario rápido sobre la génesis de los actuales acontecimientos mexicanos. Yo, por mi parte, he insistido demasiado respecto a la decadencia del Estado liberal y al fracaso de su agnosticismo para que se me crea entusiasta de una política meramente laicista. La enseñanza laica, como otra vez he escrito, es en sí misma una gastada fórmula liberal.

Pero el laicismo en México -aunque subsistan en muchos hombres del régimen residuos de una mentalidad radicaloide y anticlerical- no tiene ya el mismo sentido que en los viejos Estados burgueses. Las formas políticas y sociales vigentes en México no representan una estación del liberalismo sino del socialismo. Cuando el proceso de la Revolución se haya cumplido plenamente, el Estado mexicano no se llamará neutral y laico sino socialista.

Y entonces no será posible considerarlo anti-religioso. Pues el socialismo es, también, una religión, una mística. Y esta gran palabra religión, que seguirá gravitando en la historia humana con la misma fuerza de siempre, no debe ser confundida con la palabra Iglesia.

-----  
\* Publicado en **Variedades**: Lima, 7 de Agosto de 1926.

### **- DESPUES DE LA MUERTE DE DZERJINSKY\***

La muerte de Dzerjinsky ha abierto otro claro en el estado mayor de la Revolución Rusa. Los soviets han perdido uno de sus mejores funcionarios; la revolución uno de sus más heroicos combatientes. Dzerjinsky pertenecía a la vieja guardia del bolchevismo. A esa vieja guardia que conoció la derrota en 1905, la cárcel y el destierro en todos sus largos y duros años de conspiración y la victoria de 1917. Y que, entonces, justamente, empezó a vivir sus días más dramáticos, más agónicos, más exaltados.

Como la mayor parte de los hombres de la vieja guardia, Dzerjinski, era un revolucionario nato. Su biografía hasta octubre de 1917, es absolutamente la biografía de un agitador. A la edad de 17 años, estudiante de retórica en el colegio de Vilna, se enrola en el socialismo y se consagra a su propaganda. Tres años después dirige en Kovno las grandes huelgas de 1879, señalándose desde entonces a la policía zarista como un agitador peligroso. Deportado de Kovno, Dzerjinski, se dedica a la organización del partido social-democrático en Varsovia, actividad que le cuesta primero la prisión, luego la deportación a Siberia. Escapa a esta última pena refugiándose en Alemania. El año trágico de 1905, lo encuentra en Varsovia en un puesto directivo de la social- democracia polaca. Condenado nuevamente al exilio de Siberia, Dzerjinski logra fugar por segunda vez, pero regresa a su trabajo revolucionario en 1912 y la policía zarista cae implacable sobre él. La revolución de Kerenski, le abre finalmente, en 1917, las puertas de la prisión. Y Dzerjinski, vuelve a su puesto de combate. Participa activa y principalmente en la revolución

bolchevique, como miembro del Comité Militar Revolucionario, en primera fila en la responsabilidad y riesgo.

En el Gobierno revolucionario, su tarea es, como siempre, una de las más penosas. Le toca presidir la Cheka, tan mal afamada por su dura función de tribunal revolucionario. En 1919, es nombrado además ministro del interior. La revolución, atacada en múltiples frentes, debe defenderse por todos los medios. Dzerjinsky lo sabe. Y asume la responsabilidad histórica de la tremenda batalla. La contrarrevolución es al fin vencida. La Cheka es reemplazada por la G.P.U. Pero Dzerjinsky no está hecho para el reposo. Se le encarga el Ministerio de Vías de Comunicación. Rusia necesita regularizar sus desordenados transportes. Sólo la terrible energía de Dzerjinsky es capaz de conseguirlo. Y, en efecto, los trenes al poco tiempo marchan normalmente. En fin, cuando Rykoff es llamado a la presidencia del Consejo de Comisarios del pueblo, Dzerjinsky lo reemplaza en la presidencia del Consejo Nacional de Economía.

En este puesto, entregado a la labor gigantesca de disciplinar y reorganizar la economía rusa, lo ha sorprendido la muerte. Dzerjinsky ha dado a la revolución, hasta su último instante, su energía y su potencia formidables de organizador.

No era un teórico sino un práctico del marxismo. No deja obra teórica. Encontró siempre, claro y neto, su camino. No tuvo tiempo sino para la acción. Le faltaban dotes de **leader**, de caudillo. Pero Dzerjinsky no ambicionó nunca más de lo que debía ambicionar. Tenía el genio de la organización; no de la creación. Aunque parezca paradójico, es lo cierto que este agente de la revolución, que pasó la mayor parte de su vida entre el complot, la prisión y el destierro, era fundamentalmente un agente del orden.

La mayor parte de los hombres aceptan probablemente como la imagen verdadera de Dzerjinsky, la fosca imagen del jefe de la Cheka inventada por las leyendas del cable. Pero ésta es, seguramente, la menos real de todas sus obras. Dzerjinsky, según el testimonio de los extranjeros que lo visitaron y conocieron en su despacho de Moscú, daba una impresión de asceta. Era, físicamente, un monje magro, dulce y triste. Herriot, en su libro *La Rusia Nueva*, lo llama el Saint Just eslavo. Nos habla de su aire de asceta, de su figura de ícono. De su cuarto sin calefacción, desnudo y humilde como una celda, cuyo acceso no defendía ningún soldado.

Después de su muerte el cable anuncia cotidianamente la reacción y el desorden en Rusia. Se ha vivido tanto tiempo con la idea de que este frío eslavo, tenía a Rusia en un

puño que, apenas se le ha sabido muerto, la esperanza de los enemigos de la revolución ha renacido. Las polémicas, los debates internos del partido bolchevique, tan antiguos como el partido mismo, son presentados como las primeras escaramuzas de una sangrienta guerra civil. Quebrada la última esperanza de contrarrevolución, toda la esperanza del capitalismo occidental está en la posibilidad de un cisma del bolchevismo.

Este cisma, claro está, no es teórica ni prácticamente imposible. Pero sí improbable. El mismo alcance se atribuyó después de la muerte de Lenin al disenso entre el directorio del partido y Trotsky. Se dijo entonces que Trotsky había sido aprehendido y deportado. Que una parte del ejército rojo se había sublevado a su favor. Todo, invención absurda. Meses después, Trotsky, no obstante su oposición a la mayoría del directorio, regresaba a ocupar disciplinadamente su puesto en el gobierno de Rusia.

-----  
\* Publicado en *Varietades*, Lima, 21 de Agosto de 1926.

### **- LA CRISIS GRIEGA \***

Cuando en el Occidente europeo se habla de "política balcánica", se sobrentiende una política truculenta en la que se combinan y suceden por lo menos un golpe de estado militar, el arresto o la masacre de una familia real, el fusilamiento del último ministerio, la tentativa de establecer el comunismo, la promulgación de una nueva carta política y, finalmente, su derogatoria como consecuencia del pronunciamiento de la marina. Los Balkanes, tienen en política un gusto de grand guignol. La escena política se caracteriza ahí por sus tragedias en cuatro o cinco actos fulminantes y tormentosos.

En esta época en que la Europa Occidental se presenta tentada de adoptar costumbres y métodos un poco balcánicos, nadie puede, por consiguiente, sorprenderse del desorden griego. Cabe, por el contrario, sorprenderse del relativo orden con que se produce. La dictadura ha sido derrocada pacíficamente. Y hasta ahora la nota más dramática de la situación es una tentativa de fuga marítima de Pangalos, que bien puede indicar la influencia de las películas norteamericanas en la política balcánica moderna.

Pangalos, el Dictador tan cinematográficamente derribado y aprehendido, pretendía, por otra parte, emular e imitar a dos dictadores occidentales como Mussolini y Primo de Rivera.

Durante el tiempo que ha detentado el poder se ha dedicado a una reproducción un poco exagerada —sin duda a causa de la diferencia his-



tórica, sociológica y psicológica de Grecia— del sistema, del ideario y del lenguaje de ambos modelos de Occidente. Su gobierno no ha sido sino una traducción —nada importa que mala o de segunda mano— del gobierno fascista.

Presenciamos, pues, actualmente —más bien que un episodio de la mal afamada política balkánica— una anécdota de la modernísima política reaccionaria. El fracaso del pobre Pangalos es un fracaso de la reacción. Pangalos se proponía nada menos que la reconstrucción de Grecia sobre un sólido cimiento fascista y militar. Para esto empezó, naturalmente, por suprimir el Parlamento, suspender la Constitución, abolir sus garantías y enviar al exilio o a la cárcel a los que protestaban. Su programa nacionalista e imperialista miraba, como en Italia y España, a la radical y definitiva cancelación de la "vieja política" democrática y parlamentaria. Pero toda su energía se agotaba en un trabajo de represión y policía que no resolvía ninguno de los problemas vitales de Grecia. El lamentable y acéfalo coronel Pangalos no era capaz de darse cuenta de que la violencia en sí no es una política y mucho menos una política de regeneración nacional. Después de su desventurado experimento, Grecia no tiene, por el momento, más remedio que el regreso a la vieja política y a sus usos Konduriotis y Kondilis. Por enésima vez, a la democracia griega, no se le ocurre más que llamar a Venizelos.

Por supuesto, Venizelos no es hoy una solución del mismo modo que no lo fue hace dos años. Pero Grecia, a renglón seguido de la dura prueba del régimen Pangalos, no tiene casi otro hombre de quien echar mano. Venizelos, tiene por lo menos la garantía de ser un estadista de la antigua escuela, inaparente quizá para estos tiempos post-bélicos, pero asaz marrullero y experimentado para sortear momentáneamente sus peligros.

La dificultad está en que ni siquiera respecto de Venizelos las fuerzas constitucionales se encuentran de acuerdo. Precisamente Venizelos es lo que más las separa. Se dividen, como es sabido, en dos grandes bandos, uno venizelista y otro antivenizelista. (Quedan naturalmente fuera de esta clasificación las fuerzas revolucionarias que, además de ser antivenizelistas, son anticonstitucionales).

El equilibrio del régimen constitucional y democrático, restablecido por Kondilis, con el consenso, según parece, del ejército y de la marina, resulta en consecuencia muy problemático. Lo que tampoco constituye un fenómeno peculiar y específicamente griego, sino una simple faz del fenómeno mundial, o al menos occidental, de la crisis de la democracia y del parlamento.

En esta crisis, los reaccionarios griegos, no son capaces de descubrir más que la solución Pangalos. Los demo-liberales, a su vez, con deplorable falta de imaginación, no son capaces de descubrir más que la solución Venizelos. Los revolucionarios son los únicos que no tienen una fórmula tan fácil y tan simple. Porque la solución por la cual ellos trabajan no la guarda hecha, en su bolsillo, un político redomado ni un coronel megalómano. Debe gestarla y parirla, trágica y dolorosamente, la historia.

-----  
 \* Publicado en *Variedades*, Lima, 28 de Agosto de 1926

## - LUTHER\*

Hace poco más de tres años, en enero de 1923, César Falcón y yo visitamos la Rathaus de Essen con el objeto de solicitar una entrevista al Dr. Luther, alcalde de esa comuna. Era en los días dramáticos de la ocupación del Rhur. Falcón y yo, reunidos por el destino en Colonia, nos habíamos trasladado a Essen a ver con nuestros propios ojos la ocupación. Y queríamos conocer e interrogar a los principales actores de este grave episodio de la post-guerra. El Dr. Luther no sufrió nuestra inquisición. No pasamos de su antesala. Supimos después que —acaparado por sus trajines— no se prestaba a interviews periodísticas en esa hora febril. Sobrio en sus gestos, sobrio en sus palabras, evitaba la exhibición.

No era el Dr. Luther un alcalde vulgar. Essen constituye un gran foco de la industria alemana. El Dr. Luther había probado en esta comuna estratégica su capacidad de administrador. Esta capacidad reclamaba un empleo más trascendente y una escena más amplia. El Reich había encargado, por eso, al Dr. Luther, el Ministerio de transportes y abastecimientos de la región ocupada. Su cabeza afeitada y su chaqué burgués, habían adquirido instantáneamente el grado máximo de familiaridad con el público.

El primer gran escenario de Luther fue ése. Puedo, pues, decir que asistí en el Rhur, hace tres años y meses, al nacimiento de su reputación mundial. Registré en mi calendario el día en que el Dr. Luther —Herr Doktor Luther— empezó a ser Luther a secas.

Luther debutó en la alta política como generalísimo de la batalla del Rhur. Dirigió la resistencia pasiva que costó al Reich muchos millones de marcos papel. El Reich subsidiaba a los industriales para que pagasen a sus obreros; avituallaba las poblaciones ocupadas; sostenía en suma la huelga que, volviendo improductiva la cuenca del Rhur, debía persuadir a Francia de la inutilidad de guardar esta prenda. La batalla concluyó con la rendición de Alemania. El Estado alemán se sintió en Dresde al borde de la revolución. El marco papel se precipitó en la última sima de su bancarrota. Pero nadie miró en Luther al protagonista de una derrota. La del Rhur, en rigor, no lo fue casi para Alemania. La posesión del Rhur enseñó experimentalmente a los Franceses que sus minas y sus fábricas valían bien poco si Alemania no continuaba administrándolas y explotándolas.

Más tarde, cuando el difícil equilibrio de los partidos en el Reichstag hizo imposible el predominio gubernamental de un bando, Luther presidió un ministerio administrativo de tipo burocrático que unas veces se apoyaba en la derecha y otras veces en la izquierda.

Este ministerio, que colocó muy en alto en Alemania su testa monda y rosada, naufragó en los arrecifes de la política parlamentaria apenas fue posible la constitución de este gobierno que preside ahora Marx, el líder del centro católico. Marx representa un programa de concentración burguesa que se parece mucho al que ahora encarna presentemente Poincaré.

Luther, de vacaciones, viaja ahora por América. Es decir, emplea sus vacaciones, su testa y su inteligencia en servicio del Reich. ¿Qué mejor mensaje podría enviar el Reich a los alemanes de América? Luther es el prototipo de una estirpe un poco acremente satirizada por George Grosz, pero que fuera y dentro de Alemania es saludada y respetada aún como la representativa de la grandeza alemana. Luther es el espécimen más perfecto e ilustre del funcionario de Alemania. No se le puede acusar formalmente de monárquico ni de republicano. Monárquico bajo la monarquía, republicano bajo la república, Luther no está comprometido por ninguna actividad facciosa en pro de una u otra idea. Clasificado como hombre de la derecha, se mantiene a prudente distancia del sector extremo de ésta. Tiene, más o menos, la misma posición de Hindenburg. Como hubo en la guerra una línea Hindenburg, hubo en la postguerra una línea Luther. A nadie le sorprendería que reemplazase a Hindenburg en la presidencia de la república. Para este cargo Luther tiene, entre otros títulos incontestables, el de afeitarse la cabeza con el más ortodoxo gusto germano.

No es Luther un líder ni un caudillo. Conserva hasta ahora el continente y el ademán de burgomaestre de Essen. Pero en esto reside precisamente su

fuerza. Los líderes andan de capa caída. Poincaré, cuenta hasta ocho en su ministerio. A Luther le basta con su egregia foja de servicios de emérito funcionario, general de la más grave batalla de la paz.

-----  
\* Publicado en **Variedades**, Lima, 4 de Setiembre de 1926.

## - EUGENIO V. DEBS

(A Waldo Frank)

Eugenio V. Debs, el viejo Gene, como lo llamaban sus camaradas norteamericanos, tuvo el alto destino de trabajar por el socialismo en el país donde más vigoroso y próspero es el capitalismo y donde, por consiguiente, más sólidas y vitales se presentan sus instituciones y sus tesis. Su nombre llena un capítulo entero del socialismo norteamericano, que contra lo que creen, probablemente, muchos, no ha carecido de figuras heroicas. Daniel de León, marxista brillante y agudo que dirigió durante varios años el Socialist Labour Party y John Reed, militante de gran envergadura, que acompañó a Lenin en las primeras jornadas de la revolución rusa y de la Primera Internacional, comparten con Eugenio Debs la cara y sombría gloria de haber sembrado la semilla de la revolución en los Estados Unidos.

Menos célebre que Henry Ford cuya fama pregonan en el mundo millones de automóviles y affiches, Eugenio Debs, de quien el cable nos ha hablado en ocasión de su muerte como de una figura "pintoresca", era un representante del verdadero espíritu, de la auténtica tradición norteamericana. La mentalidad y la obra del desnudo y modesto agitador socialista influyen en la historia de los Estados Unidos cien mil veces más que la obra y los millones del fabuloso fabricante de automóviles. Esto naturalmente no son capaces de comprenderlo quienes se imaginen que la civilización es sólo fenómeno material. Pero la historia de los pueblos no se preocupa, por fortuna, de la sordera y la miopía de esta gente.

Debs entró en la historia de los Estados Unidos en 1901, año en que fundó con otros líderes el partido socialista norteamericano. Dos años más tarde este partido votó por Debs para la presidencia de la República. Este no era por supuesto sino un voto romántico. El socialista norteamericano no miraba en las elecciones presidenciales sino una coyuntura de agitación y propaganda. El candidato venía a ser únicamente el líder de la campaña.

El partido socialista adoptó una táctica oportunista. Aspiraba a devenir el tercer partido de la política yanqui, en la cual, como se sabe, hasta las últimas elecciones no eran visibles sino dos campos, el republicano y el demócrata. Para realizar este propósito el partido transigió con el reformismo mediocre y burocrático de la Federación Americana del Trabajo, sometida al cacicazgo de Samuel Gompers. Esta orientación era la que correspondía a la mentalidad pequeño-burguesa de la mayoría del partido. Pero Debs, personalmente, se mostró siempre superior a ella.

Cuando la guerra mundial produjo en los Estados Unidos una crisis del socialismo, por la adhesión de una parte de sus elementos al programa de reorganización mundial en el nombre del cual Wilson arrojó a su pueblo a la contienda, Debs fue uno de los que sin vacilaciones ocupó su puesto de combate.

Por su propaganda anti-bélica, Debs, encarcelado y procesado como derrotista, resultó finalmente condenado a diez años de cárcel. Mientras la censura se lo permitió, Debs había impugnado la guerra y denunciado sus móviles por medio de la prensa socialista. Más tarde había continuado su campaña en reuniones y comicios. Sus jueces encontraron motivo para aplicarle la ley del espionaje.

Desdeñoso y altivo, Debs no quiso defenderse- "Me es indiferente lo que se ha depuesto contra mí, —declaró al Tribunal—. No me preocupa el sustraer-me a un veredicto desfavorable, así como no retiro ni una palabra de cuanto dije en Cantón (localidad de Ohio, donde pronunció el discurso pacifista que precedió a su arresto) aún cuando supiese que haciendo esto me salvaría de una condena a muerte. ¡El imputado no soy yo! Es la libertad de palabra. Delante del jurado están hoy las instituciones republicanas. El veredicto corresponde al porvenir".

El viejo agitador escuchó sin inmutarse la sentencia de sus jueces. De sus amigos presentes en la audiencia se despidió con estas palabras: "Decid a los camaradas que entro en la cárcel como ardiente revolucionario, la cabeza erguida, el espíritu intacto, el ánimo inconquistada".

En la prisión, Debs recibió honrosos testimonios de solidaridad de los hombres grandes y libres y de las masas proletarias de Europa. Interrogado una vez Bernard Shaw sobre las razones por las que se negaba a visitar Estados Unidos, respondió que en ese país el único sitio digno de él era el mismo en que se encontraba su amigo y correligionario Eugenio Debs: la cárcel. La prisión de Debs fue juzgada, por todas las conciencias honradas del mundo, como la mayor mancha del gobierno de Wilson.

En las elecciones de 1920, Eugenio Debs fue una vez más el candidato presidencial de los socialistas norteamericanos. Las fuerzas socialistas se encontraban quebrantadas y divididas por la crisis post-bélica que había acentuado el conflicto entre los partidarios de la reforma y los fautores de la revolución. Sin embargo, el nombre de Debs, recogió en el país cerca de un millón de sufragios. Este millón de votantes, prácticamente no votaba. La lucha por la presidencia estaba limitada a Harding, candidato de los republicanos, y Cox, candidato de los demócratas. Los que votaban por Debs, protestaban contra el Estado capitalista. Votaban contra el presente, por el porvenir.

Amnistiado al fin, encontró Debs virtualmente concluida su misión. Los espíritus y las cosas habían sido mudados por la guerra. Se planteaba en Europa el problema de la revolución. En Estados Unidos se formaba una corriente comunista bajo un capitalismo todavía omnipotente. Había empezado un nuevo capítulo de la historia del mundo. Debs no estaba en tiempo de recomenzar. Era un sobreviviente de la vieja guardia. Su destino histórico había terminado con el heroico episodio de su prisión.

Pero esto no empequeñece la significación de Debs. Su destino no era el de un triunfador. Y él lo supo muy bien desde los lejanos y brumosos altos en que, consciente de su peso, lo aceptó con alegría. Abrazó el socialismo, la causa de Espartacus, en una época en que la estrella del capitalismo brillaba victoriosa y espléndida. No se vislumbraba el día de la revolución. Más aún, se le sabía muy remoto. Pero era necesario que hubiera quienes creyesen en él. Y Debs quiso ser uno de sus confesores, uno de sus asertores.

Para los cortesanos del éxito, una vida de tan heroica contextura, no tiene, tal vez, sentido. Eugenio Debs, no puede ser para ellos más que una figura "pintoresca" como hace pocos días lo llamó un corresponsal cualquiera. Pero el veredicto sobre estos hombres no lo pronuncian por fortuna los corresponsales y menos aún los corresponsales norteamericanos. Como ya lo dijo Debs, corresponde al porvenir.

-----  
\* Publicado en **Variedades**, Lima, 30 de Octubre de 1926.

## **- LA TRAGEDIA DE ITALIA\***

Hace un año, el fascismo tuvo razón para celebrar el tercer aniversario de la marcha a Roma con ánimo exultante y victorioso. El balance de su tercer año de dictadura se cerraba favorablemente. La secesión aventiniana estaba liquidada. La contra-ofensiva iniciada con el desafiante discurso pronunciado por Mussolini en la Cámara de Diputados el 3 de enero de ése año, había barrido a la oposición constitucional de las posiciones artificialmente mantenidas hasta entonces. El equívoco del régimen constitucional parlamentario había quedado cancelado y la constitución misma había sido adoptada a las necesidades del gobierno fascista.

Todo esto, le había costado al fascismo verdaderamente muy poco. Ni una huelga general, ni una agitación popular revolucionaria, habían respondido a la represión fascista. Al renunciar a estas armas en los dramáticos meses que siguieron al asesinato de Matteotti y preferir el camino de la protesta parlamentaria y de las negociaciones clandestinas con la monarquía, la oposición constitucional se había invalidado para resistir revolucionariamente el ataque ilegal del poder.

No es el mismo el cuadro de Italia en el cuarto aniversario de la dictadura mussoliniana. Cuatro atentados contra la vida de Mussolini, señalan el grado de exasperación de sus enemigos. Los cuatro atentados corresponden a este período de derogación de toda libertad, durante el cual el fascismo cree haber consolidado indefinidamente su dominio. Son el síntoma de la

tensión de la atmósfera política y espiritual creada en Italia por los métodos de Mussolini y sus escuadras de "camisas negras".

El atentado individual contra reyes o ministros estaba reservado en Europa, hasta hace poco tiempo, al anarquismo terrorista. Ningún partido, ninguna secta política podía racionalmente aceptarlo, ni aún por excepción, en su táctica o su praxis. El socialismo, sobre todo, —que concibe la revolución como acción de masas, como movimiento esencialmente multitudinario, colectivo—, repudiaba y condenaba la violencia individual, imponiendo, a su adeptos una disciplina y una ideología que la excluía absolutamente como arma de combate.

Hay que pensar, por consiguiente, que tienen que haber cambiado de un modo demasiado radical los principios de la vida política italiana para que Italia vuelva a la edad sombría de los complots y de las represalias terroristas.

Ninguno de los partidos adversos a Mussolini es evidentemente responsable de estos atentados. La muerte de Mussolini no beneficiaría a ninguno. Desencadenaría un caos en igual forma peligroso para todos, durante el cual, a menos que sobreviniese rápidamente una acción militar, reinaría anárquica y truculentamente en Italia la violencia del "fascio".

Pero los partidos han sido prácticamente -y ahora formalmente- disueltos por el gobierno fascista, de suerte que junto con su organización está aniquilada su disciplina. Los líderes no están en grado de controlar la acción de los gregarios. El gobierno los ha privado de todo medio de moverse legalmente.

Las explosiones esporádicas de violencia individual resultan por ende inevitables, a pesar del interés que tendrían en impedidas los partidos proletarios, de los cuales el único activo es, en buena cuenta, el comunista. Cada atentado contra Mussolini proporciona al fascismo un motivo para aumentar sus Instrumentos legales de represión, aparte de que nimba un poco más de milagro y leyenda la figura del condottiero.

El último atentado parece haber excitado hasta el delirio la cólera y la prepotencia fascista. Todas las garantías y derechos individuales han quedado indefinidamente suspendidos. Los partidos contrarios al fascismo han sido oficialmente disueltos. La prensa de oposición ha desaparecido. Del parlamento se ha expulsado, al mismo tiempo que a la oposición aventiniana, al grupo comunista, al cual no se puede acusar como a aquélla de haber hecho abandono de sus asientos. Y aunque las noticias



cablegráficas por la censura a que están sujetas, son imprecisas, no cabe duda de que al atentado contra Mussolini han seguido esta vez, días de sangrienta represalia fascista.

El episodio que, en esta siniestra marejada reaccionaria, impresiona más a los intelectuales es el ataque al célebre filósofo Benedetto Croce y la destrucción de su biblioteca. Este episodio, por la significación y calidad del hombre agraviada, adquiere una resonancia especial. Tiene la virtud de herir hasta la enervada sensibilidad de aquellos intelectuales que, prontos a deplorar el ultraje a un filósofo, no son capaces sin embargo de decidirse a enjuiciar al fascismo.

Los orígenes de este desmán, cuyo proceso de incubación ha sido largo, no necesitan casi ser recordados. Todo el mundo sabe que en el curso de la agitación que suscitó en Italia el asesinato de Matteotti, Benedetto Croce, que ya se había cuidado de rehusar su voto al régimen fascista, sintió el deber de tomar una actitud franca contra sus métodos y sus principios. Croce sostuvo entonces en la prensa una resonante polémica con Giovanni Gentile, el filósofo junto con quien combatió durante mucho tiempo las batallas de la filosofía idealista y de quien lo separa, desde su conversión a la doctrina de la cachiporra, una austera y fiel adhesión a la idea de la libertad. Esa polémica no se redujo a un diálogo entre Croce y Gentile. Se propagó en el campo intelectual, motivando el agrupamiento de los hombres de letras y ciencias en dos bandos antagónicos, asertor uno del principio de libertad y confesor el otro de la fe fascista. Y se suscribieron y publicaron dos manifiestos, encabezados respectivamente por Croce y Gentile.

Es indudable, no obstante su jactancia, que el fascismo no debe considerarse muy seguro. Su porvenir depende de un factor tan incierto como el éxito de los planes imperialistas de Mussolini, quien necesita mantener a su pueblo en una constante tensión guerrera para justificar el rigor de su política social y económica. Pero si el éxito tarda, los resortes del régimen fascista corren grave peligro.

Mussolini, ha prometido a su pueblo un gran imperio. Si la historia no le permite cumplir esta promesa, su empresa esencial estará fracasada. Porque no es cierto que el movimiento fascista no se haya propuesto cumplir sino una función de policía y orden. Si así fuera, Italia habría hecho al dejarlo conquistar el poder, un mal negocio. Pues los días de violencia de la agitación revolucionaria no eran absolutamente ni más sangrientos ni más trágicos que éstos del régimen fascista. La verdadera tragedia ha empezado ahora.

-----  
\* Publicado en **Variedades**, Lima, 13 de Noviembre de 1926.

### **- UNA ENCUESTA DE BARBUSSE EN LOS BALKANES\***

En su nuevo libro *Les Bourreaux* (Ernest Flammarion, Editeur, Paris, 1926), Henry Barbusse reúne las conclusiones de su encuesta sobre el terror blanco en Rumania, Bulgaria y Yugoslavia. Henry Barbusse visitó estos países hace aproximadamente un año, acompañado de la doctora Paule Lamy, abogado del foro de Bruselas, y de León Vernochet, secretario general de la internacional de los Trabajadores de la Enseñanza. Y, después de informarse seriamente acerca del régimen de terror instaurado por los gobiernos de Bratiano, Zankoff y Patchitch, lo denunció documentada e inconfutablemente a la conciencia occidental.

*Les Bourreaux* no es, pues, un libro de literato, sino un libro de combatiente. Barbusse se siente, ante todo, un mílite de la causa humana. Pero este libro no se ocupa, sin embargo, absolutamente, de polémica doctrinal. Se limita a exponer desnudamente, con objetividad y con verdad, los hechos. A base de datos rigurosamente verificados, lanza una documentada acusación contra los gobiernos reaccionarios de esos tres estremecidos países balcánicos.

Estos países son, según frase de Barbusse, el infierno de Europa. El terror blanco, alimentado de los más feroces enconos de clase y de raza, se encarniza ahí contra todo lo que sospecha adverso al viejo orden social. El revolucionario, el judío, están fuera de la ley. La represión policial colabora con la acción ilegal de las bandas fascistas. Los más monstruosos procesos

exhiben en la más cínica servidumbre a la justicia y sus funcionarios. "Sobre esta Rumania de hoy —escribe Barbusse— sobre esta Yugoslavia, sobre esta Bulgaria que es el círculo más patético del infierno balcánico, el estrangulamiento metódico de toda pulsación de libertad se transforma a los ojos en una calma que oprime el corazón porque es la calma de un cementerio. Se sabe bien que las cabezas que se han alzado han sido abatidas y que si aquí y allá se vuelven a alzar otras, lo serán también a su turno; que todas las fuerzas vivas y conscientes de los trabajadores de la ciudad y los campos han sido o serán aniquiladas. Esta mutilación colectiva puede hacer pensar en una apariencia de orden a quien no hace más que pasar por esta tierra de espanto. Pero la paz no es sino una mortaja y los sobrevivientes comprenden que su existencia depende del primer gesto, de la primera palabra"

Los gobiernos rumano y búlgaro se atribuyen la misión de defender a Europa del bolchevismo. La complicidad del capitalismo occidente en su despotismo sanguinario es, en todo caso evidente. Los gobiernos demoliberales de Inglaterra y Francia presencian con tolerancia impasible sus ataques a los más fundamentales principios de la civilización. "Los gobiernos de Bratianu, Volkov, Patchitch, Pangalos y hasta ayer el gobierno de Horthy —constata Barbusse— no han tenido apoyo más firme que el de los representantes de la Francia de la Revolución y de la libre Inglaterra. Todos estos hombres se sonríen y se sostienen. Por otra parte, se parecen. Los unos no son otra cosa que la imagen más sangrienta de los otros. Encarnan en todas partes el mismo sistema, la misma idea".

Bulgaria se presenta como la más trágica escena de reacción. Los hechos que Barbusse denuncia no son desconocidos en conjunto. No obstante la complacencia que la gran prensa europea y sus agencias telegráficas usan con los regímenes reaccionarios, los ecos de la tragedia del pueblo búlgaro se han difundido hace tiempo por el mundo. Pero ahora el testimonio de Barbusse, apoyado en pruebas directas, precisa y confirma cada uno de los crímenes que antes, a través de distintas versiones, podían parecer exagerados por la protesta revolucionaria.

El atentado de la catedral de Sofía, no fue, como ya sabíamos, el motivo de la truculenta represión: fue simplemente su efecto. El gobierno búlgaro había emprendido, mucho antes de ese acto desesperado, una sañuda campaña contra los organizadores y adherentes de los partidos agrario y comunista, con la mira de su completa destrucción. Varios diputados comunistas habían sido asesinados. Las cárceles estaban repletas. En medio de esta situación de pavor sobrevino el atentado de la catedral. Un tribunal honrado habría podido comprobar fácilmente la ninguna responsabilidad

del partido comunista. La praxis comunista rechaza y condena en todos los países la violencia individual, radicalmente extraña a la acción de masas. Pero en Bulgaria los procesos no son sino una fórmula. El gobierno de Zankoff se acogió al pretexto del atentado para extremar la persecución así de comunistas como de agrarios. El número de víctimas de esta persecución, según los datos obtenidos por Barbusse, pasa de cinco mil. Los tribunales condenaron a muerte sólo a trescientos procesados. Las demás víctimas corresponden a las masacres de los horribles días en que imperaba en Bulgaria la ley marcial. La ola de sangre llegó a tal punto que el Rey Boris se negó a firmar la sentencia de muerte de los tribunales. Y fue necesario que un vasto clamor de protesta se encendiera en el mundo para que la dictadura de Zankoll, la más infame de las dictaduras bakánicas, se sintiera aplacada y satisfecha.

Barbusse, en su libro, enumera los crímenes. Su requisitoria está en pie. Nadie ha intentado válidamente confutarla. Les Bourreaux aparece, por ende, como uno de los más graves documentos de acusación contra el orden burgués.

Los mismos estados que ante las violencias de la revolución rusa, olvidando la historia de todas las grandes revoluciones, mostraron ayer no más una consternación histérica, no han pronunciado una sola palabra para contener ni para reprobar el "terror blanco" en los países balcánicos. Bernard Shaw dice que los hombres que condujeron a Europa a la guerra traicionaron a la civilización. La admiración es vana. Después de la guerra, la traición continúa. Y su grado de responsabilidad aumenta.

La protesta de los intelectuales libres como Barbusse, como Shaw, es lo único que salva, en esta hora dramática, el honor de la Inteligencia.

-----  
\* Publicado en **Varietades**, Lima, 20 de Noviembre de 1926.

## - "MONDE"\*

Con su gran hebdomadario Monde,\* Henri Barbusse reanuda, en cierto modo, el experimento de Clarté, primera época. El comité director de Monde está compuesto por Einstein, Gorki, Upton Sinclair, Manuel Ugarte, Unamuno, León Bazalgette, M. Morhardt y León Werth. No es, pues, un comité de partido. Pero tampoco es un comité heterogéneo. Todos los grandes escritores que lo constituyen, tienen ante los problemas de hoy un gesto más o menos semejante, dentro de sus diferencias de temperamento y disciplina. Todos son hombres de izquierda, en la acepción general de esta clasificación quizás un poco abstracta. [\*Mundo]

Monde no habría sido posible sin la serie de ensayos que significó la existencia de Clarté, desde su aparición como órgano de una Internacional del Pensamiento, hasta su transformación en una revista doctrinaria de extrema izquierda: La luite de classes.\* El experimento Clarté, como el de la frustrada Internacional de la Inteligencia, han probado la imposibilidad de obtener de la cooperación de un sector muy amplio, y por tanto fuertemente matizado, de intelectuales de izquierda, una acción doctrinal bien concertada. Unamuno no podría suscribir, en muchos puntos, el pensamiento de Barbusse, militante del comunismo, del mismo modo que a Morhardt, no sería sensato exigirle una adhesión rigurosa a las ideas de Upton Sinclair en El libro de la Revolución. Pero Morhardt, que ha aportado al proceso de las responsabilidades de la gran guerra un testimonio documentado y vigoroso, tiene por este lado un estrecho

contacto con sus colegas del comité director, parecidamente al sabio Einstein que si, consagrado a otras disciplinas intelectuales, no milita en los rangos del marxismo, colabora en cambio abiertamente con los revolucionarios en la lucha contra el imperialismo. La línea doctrinal es función de partido. Los intelectuales, en cuanto intelectuales, no pueden asociarse para establecerla. Su misión, a este respecto, debe contentarse con la aportación de elementos de crítica, de investigación y debate. [\*La lucha de clases]

Mas, si se ha demostrado imposible, sobre estas bases demasiado extensas, una revista de doctrina, no está en el mismo caso una revista de información. Y este es el carácter de Monde, que se presenta como hebdomadario de información literaria, artística, científica, económica y social. Periódico de combate, periódico con filiación, porque lucha contra todas las fuerzas y tendencias reaccionarias; pero no de partido, porque representa la cooperación de muchos escritores y artistas, solidarios sólo en la oposición a las corrientes regresivas y, con menor intensidad y eficacia, en la adhesión a los esfuerzos por crear un orden nuevo.

El periódico de partido tiene una limitación inevitable: la de un público y un elenco propios. Para los lectores extraños a su política, no tiene generalmente sino un interés polémico. Este hecho favorece a una prensa industrial que mientras se titula prensa de información y, por ende, neutral, en realidad es la más eficaz e insidiosa propagandista de las ideas y hechos conservadores y la más irresponsable mistificadora de las ideas y hechos revolucionarios.

Hace absoluta falta, por esto, dar vida a periódicos de información, dirigidos a un público muy vasto, que asuman la defensa de la civilidad y del nuevo orden, que denuncien implacablemente la reacción y sus métodos y que agrupen, en una labor metódica, al mayor número de escritores y artistas avanzados. Estos periódicos son susceptibles de adaptación progresiva al tipo industrial, si el criterio administrativo se impone al criterio docente, y de desviación reformista, si los absorbe gradualmente la corriente democrática con sus resquemores y prejuicios anti-revolucionarios. Pero, de toda suerte, constituyen una empresa que es necesario acometer, sin preocuparse excesivamente de sus riesgos.

La presencia de Henri Barbusse, revolucionario honrado de gran corazón e inteligencia, en la dirección de Monde es una garantía de que esta revista, no obstante la liberalidad que se permite en la elección de sus colaboradores, sabrá mantenerse en su línea inicial. Barbusse encuentra, por sus antecedentes, por su talento, por su obra, un largo crédito de confianza en todos los sectores revolucionarios. La extrema izquierda de

sus compañeros de Clarté -bajo cuya dirección y responsabilidad se cumplió la segunda etapa de este experimento- le reprocha su insuficiente marxismo. Pero esta es una cuestión juzgada ya, con incontestable competencia, por la crítica rusa. La formación intelectual de Barbusse aumenta el valor de su adhesión a la causa revolucionaria, acrecienta el alcance de su ruptura con el viejo orden social.

La encuesta que Monde ha abierto sobre la literatura proletaria, suscitando un extenso debate internacional, debe la amplitud, que desde el primer momento ha alcanzado, al carácter no sectario, no partidarista de este periódico. En esta encuesta participa una gama intelectual que va de André Bretón y la revolución surrealista a Paul Souday, crítico del Temps.<sup>4</sup> Monde no admite que la literatura proletaria sea una palabra vana. Tiene sus puntos de vista propios. Pero esto no le impide desear y provocar un debate exhaustivo, consultando las más variadas opiniones. Sólo así es dable a un periódico interesar a grandes sectores de público.

Hispano-América tiene una representación autorizada y prestigiosa en el comité de Monde. Así el nombre de Manuel Ugarte, como el del gran don Miguel de Unamuno, que da tan edificante y magnífico ejemplo de fidelidad a los deberes de la Inteligencia, no encuentra sino simpatía y respeto en los pueblos de idioma español. Monde está destinado a conseguir un eco fecundo en la conciencia del continente hispánico.

-----  
\* Publicado en **Varietades**: Lima, 24 de Noviembre de 1926. \*\* El Mundo.

### **- EL NUEVO ESTATUTO DEL IMPERIO BRITANICO\***

Los acuerdos de la conferencia británica nos confirman que Inglaterra continúa su tradicional política de compromiso. La transacción, la conciliación son su fórmula predilecta. El Imperio Británico mismo reposa, como tal, en un compromiso. El Canadá, Sud-África, Australia, etc., no son colonias. Son naciones autónomas dentro de la comunidad británica. Pero el Imperio subsiste. Se salva a costa de concesiones. La unidad del Imperio no resulta posible sin la libertad de los pueblos que lo constituyen.

El nuevo estatuto político del Imperio no modifica, en verdad, las relaciones de Inglaterra con sus dominios. Lo que se establece ahora en la ley, en la teoría, estaba establecido ya en la práctica, en el hecho. Inglaterra tiene el arte de parecer muy larga en sus concesiones hasta cuando es más parca y más prudente.

Pero el principio sobre el cual descansa formal y solemnemente, a partir de este convenio, la organización del Imperio Británico, representa una conquista decisiva de los antiguos dominios en el camino de su diferenciación histórica.

La Humanidad se encamina, bajo la acción de los factores de interdependencia de solidarización de los intereses económicos, hacia la constitución de vastas federaciones. La idea de los Estados Unidos de Europa no es, en nuestro tiempo, una mera utopía revolucionaria. Pero, en tanto, se constata la ineluctable crisis de los Imperios. El imperialismo,



definido por Lenin como la última etapa del capitalismo, se presenta en abierto contraste con la nueva conciencia humana. Los Imperios tienen su origen en la expansión de un pueblo a expensas de la autonomía y de la personalidad de los pueblos so-metidos a su poder. Las uniones o federaciones tienen, opuestamente, su fundamento en razones geográficas, económicas y raciales y brotan de la libre determinación de los pueblos.

La transformación de un Imperio en una unión o federación del tipo de las que se prevén en la perspectiva histórica contemporánea, aparece imposible, a causa de la diferencia de génesis y de función de uno y otro sistema. El Imperio Británico, en el que, por la educación política y el espíritu evolucionista de los ingleses, se encuentra al menos las premisas espirituales de esa transformación, niega precisamente esta posibilidad.

Las fuerzas que mueven a los dominios hacia la reivindicación de su autonomía son, fuerzas centrífugas, separatistas. El Imperio Británico, es el compromiso entre el poder de Inglaterra y la necesidad de independencia de sus antiguas colonias. Estas tienen, por su falta de vinculación geográfica, intereses internacionales diversos y hasta contrarios dentro de la vigente organización política y económica del mundo. El Canadá, por ejemplo, se siente lógicamente más próximo a los Estados Unidos que a Inglaterra. A medida que progresa la rivalidad, evidente desde hace tiempo, entre los imperialismos británico y norteamericano, el Canadá se distanciará más y más de Inglaterra.

Desde los primeros días de la post-guerra, se adviene una oposición ostensible entre determinados intereses de la política internacional de Inglaterra y la orientación diplomática de algunos de sus dominios. La renovación del tratado anglo-japonés, por ejemplo, encontró en los dominios del Pacífico una resistencia vigorosa engendrada por el temor de un futuro conflicto entre el Japón y los Estados Unidos.

La unidad del Imperio, por más que el lenguaje de la conferencia parezca demostrar lo contrario, se muestra cada vez más debilitada. Inglaterra no ejerce en sus dominios toda la autoridad que convendría a su prestigio y a su fuerza internacionales. Frente a Turquía, se vio hace tres años forzada a ceder, debido en parte a consideraciones de su política colonial.

El problema de la India, o sea el mayor problema del Imperio, está intacto. Con el nuevo estatuto no se avanza un paso hacia una solución. Por el contrario, se exaspera el resentimiento de la India, tratado como una colonia menor de edad.

El pacto que acaba de suscribirse entre Inglaterra y las naciones que aceptan continuar conviviendo bajo el techo común del imperio, corresponde absolutamente a este período llamado de estabilización capitalista en que el Occidente, aplacada temporalmente la tempestad revolucionaria, acomete la empresa de reorganizar aún su vida, al menos por cierto tiempo, sobre las bases y los principios burgueses. Pero, admitida en sus lineamientos generales la tesis de la decadencia de la civilización capitalista, la primera de sus premisas resulta indudablemente la decadencia de la Gran Bretaña. Trotsky, en su último libro, que tiene por título esta interrogación: ¿A dónde va Inglaterra?, enfoca los aspectos esenciales de la crisis británica. Bernard Shaw, desde sus puntos de vista fabianos, bastante lejanos de los puntos de vista comunistas del gran leader ruso, constata en el fondo la misma crisis.

La Gran Bretaña, metrópoli de esta civilización liberal, industrial, burguesa y protestante, arribó con la guerra a su apogeo. Pero al día siguiente de su victoria, empezó su descenso.

Actualmente, la realidad del Imperio es más económica que política. Londres conserva su función de capital financiera, comercial y bursátil del conjunto de pueblos que reconoce la autoridad cada día más platónica y simbólica del Rey de Inglaterra. El poder de Inglaterra es su dinero. Pero lo que está en crisis en el mundo es, precisamente, este poder. Lo que se siente trepidar y fallar en Occidente es la economía del capital o del dinero.

-----  
\* Publicado en **Varietades**, Lima. 27 de Noviembre de 1926.

## - KRASSIN

La figura de Leonidas Borisovitch Krassin era, seguramente, la más familiar al Occidente entre todas las figuras de la Rusia Sovietista. El motivo de esta familiaridad es demasiado notoria. Krassin, comisario de Comercio Exterior, resultaba el más conspicuo agente viajero de los soviets. Intervino en las negociaciones de Brest Litovsk. Y desde entonces representó a los soviets en casi todas sus transacciones con la Europa Occidental. Suscribió en 1920 el tratado comercial entre Rusia y Suecia. Negoció en 1921 el primer convenio comercial entre Inglaterra y los Soviets. Concurrió a las conferencias de Génova y La Haya. Representó, en fin, a Rusia como embajador en Inglaterra y Francia.

Agente comercial, más que agente diplomático, Krassin ponía al servicio de la revolución rusa su capacidad y experiencia en los negocios. Rusia no habla en Occidente en nombre de ideales comunes sino de intereses recíprocos. Esto es lo que diferencia y caracteriza fundamentalmente a su diplomacia. Un embajador de Rusia en Londres, Paris, o New York, no necesita ser diplomático sino en la medida en que necesita serlo, por ejemplo, un banquero. En su servicio diplomático, a los soviets no les hacen falta literatos ampulosamente elocuentes ni pisaverdes encantadoramente imbéciles. Les hacen falta técnicos de comercio y finanzas.

La prestancia de Krassin, en este campo, era extraordinaria. Krassin, uno de los más notables ingenieros rusos, provenía de la más alta jerarquía técnica

e industrial. Había llegado a ocupar, con la guerra, la dirección de los negocios y establecimientos rusos de la poderosa firma alemana Siemens Shuckert.

Pero sólo esta capacidad técnica no lo habilitaba naturalmente para pasar a un puesto de compleja responsabilidad en el gobierno socialista de Rusia. Antes que ingeniero y financista. Krassin era un revolucionario. Toda su historia lo atestiguaba. Salido de una familia burguesa, Krassin desde su juventud dio su adhesión al socialismo. Muchas veces la persecución de la policía zarista le forzó a interrumpir sus estudios. Su inquietud espiritual, su sensibilidad moral, no le permitían clausurarse egoísta y cómodamente dentro de los confines de una profesión. Por esto, consagró todas sus energías a la propaganda revolucionaria. Y, más tarde, cuando sus aptitudes lo señalaron entre los más brillantes ingenieros de Rusia, Krassin mantuvo su fe y su filiación revolucionarias. Tal como antes comprometieron sus estudios, esta filiación, esta fe, comprometían entonces su carrera. Krassin, sin embargo, continuaba trabajando por la revolución. A la represión zarista estuvo siempre sindicado como un conspirador, vinculado a los más peligrosos enemigos del orden social. Únicamente su eminente situación profesional, sus potentes relaciones industriales pudieron salvarlo de la deportación permanente a que estaban condenados virtualmente los líderes bolcheviques.

Krassin representa un caso poco frecuente en la burguesía profesional. En el ambiente de los negocios, es raro que un hombre conserve un amplio horizonte humano, un vasto panorama mental. Por lo general, muy pronto lo aprisionan y lo encierran los muros de un profesionalismo tubular o de un egoísmo utilitario y calculador.

Para saltar estas barreras, hay que ser un espíritu de excepción. Krassin lo era incontestablemente. En un período de victorioso despotismo reaccionario, cuyas encrucijadas sombrías o cuyos dorados mirajes desviaban a los espíritus hesitantes y apocados. Krassin conservó intacta su esperanza en el triunfo final del proletariado y del socialismo.

Por eso Lenin, cuando este triunfo vino, llamo a Krassin a ocupar a su lado uno de los puestos de más responsabilidad en el gobierno revolucionario. El gran caudillo de la Revolución rusa sabía que Krassin no era sólo un técnico idóneo sino también un idóneo socialista.

Lenin, como lo recuerdan sus biógrafos, no se mostró nunca embarazado en su acción ni en sus decisiones por sentimientos de puritanismo estrecho ni por prejuicios de moral burguesa. Pero exigió siempre en los conductores

de la revolución una historia de intachable fidelidad a este respecto. Su respuesta a un ex-socialista revolucionario alemán, enriquecido deshonestamente durante la guerra, que solicitó su permiso para volver a su puesto en el movimiento proletario: "No se hace la revolución con las manos sucias".

No es posible pretender ciertamente que los adversarios naturales de la revolución tributen a las cualidades superiores de un hombre como Krassin el homenaje de respeto que no les regatea ninguna inteligencia libre y clara. Pero, al menos, hay derecho para exigirles que ante los despojos de un hombre cuya vida heroica y noble queda definitivamente incorporada en la historia, sepan comportarse con dignidad y altura polémicas. Complacerse en esta ocasión en pueriles evocaciones del frac, la camisa y la vajilla del Embajador -porque no quiso prestarse a los juegos y diversiones estragadas de la burguesía occidental convirtiéndose, con ridícula cursilería demagógica, en el personaje pintoresco de los salones diplomáticos- es mostrarse incapaces de entender y apreciar el valor, el espíritu y el idealismo del hombre. Los que sin duda han leído a Plutarco podrían tener una actitud más discreta.

Un hombre fuerte, puro, honrado -que ha servido abnegadamente una gran idea humana- ha cumplido su jornada. Su vida queda como una lección y como un ejemplo. Su nombre está ya no sólo escrito en la historia de su patria sino en la historia del mundo. No es fácil decir lo mismo de todos los que inciensan prolija e inocuamente, en sus féretros, la prosa hiperbólica de las necrologías periodísticas.

-----

\* Publicado en **Varietades**, Lima, 4 de Diciembre de 1926.

## **- PHILIPPE SOUPAULT\***

### **I**

En Philippe Soupault, hasta ahora, me interesa más el artista que la obra. Esto no quiere decir absolutamente que la obra sea negligible. Los libros de Soupault nos ofrecen siempre un gesto original e impávido de su espíritu. Tiene un puesto distinguido e individual en la mejor literatura francesa de este tiempo. Pero el artista honrado, inquieto, nervioso, que lo ha escrito, ocupa un puesto más alto y singular aún.

Soupault pertenece a la combativa falange suprarrealista que reúne en sus cuadros a los mejores valores de vanguardia de las letras francesas: Louis Aragon, André Bretón, Paul Eluard. Sobre la generosa batalla y la iluminada esperanza de este manípulo he dicho ya algo a propósito de su acercamiento al equipo de Clarté.

El suprarrealismo que tiene en Soupault uno de sus agonistas representativos no se presenta sólo como una escuela o un movimiento de la vanguardia francesa sino, más bien, como una corriente primaria, como un fenómeno sustantivo de la literatura contemporánea. El norteamericano Waldo Frank, el rumano Panait Istrati -para citar dos nombres nuevos pero notorios a nuestro público- acusan en su arte una definida orientación suprarrealista. La obra de Pirandello en sus calidades esenciales es también suprarrealista, aunque -como por lo demás ocurre siempre al genio- no se haya incubado en la atmósfera de la escuela suprarrealista y, antes bien, la

haya precedido y anticipado.

Los suprarrealistas restauran en el arte el imperio de la imaginación. Pero no renuncian a ninguna de las adquisiciones del realismo: las superan. Su trabajo coincide absolutamente con el impulso y el rumbo actuales del arte. La fantasía, como ya una vez lo he dicho, recupera sus fueros y sus posiciones. Oscar Wilde, hasta cierto punto, resulta un maestro de la estética contemporánea. Sus paradojas cobran actualidad. Pero no es, absolutamente, una paradoja decir hoy que el realismo nos aleja de la realidad. Porque no la captaba en su esencia viviente. Y la experiencia ha demostrado que con el vuelo de la fantasía es como mejor se puede abarcar todas las profundidades de la realidad. No, por supuesto, falsificándola o inventándola. La fantasía no surge de la nada. Y no tiene valor sino cuando crea algo real.

Esta revalorización del rol de la fantasía ha impreso un fecundo impulso a la literatura actual. La flaqueza de ésta no está en su exceso de ficciones, sino en la falta de una gran ficción, de una gran esperanza.

Philippe Soupault siente bien este drama. El libro que tengo ahora delante de los ojos *En Joue* (Bernard Grasset. París), es la novela de un hombre moderno, escritor y deportista, que sufre la angustia y la tortura terrible de tener vacía el alma. Julián, el protagonista de Soupault, carece ante todo, de una meta. Su elán\* se agota, se destruye en un vuelo sin objeto [\*impulso]

Como apunta uno de sus críticos, *En Joue* es a la vez un carácter de *La Bruyère* y la confesión de un hijo del siglo (todos los epítetos que se han acostumbrado a aplicar a nuestra época: febril, sensible, múltiple, inquieta, etc., convienen a Julián) filmados y proyectados ante nosotros al ritmo atropellado de *Entr'acte\*\** de René Clair. Y estas imágenes sucesivas, incisivas, que terminan en un aceleré\*\* patético, deslumbran casi dolorosamente nuestro espíritu, sugestionan nuestra atención y retienen nuestros sentimientos tan perfectamente como cualquier historia lógicamente conducida [\*Entreacto / \*\*acelerado]

Este juicio me parece exacto. Como también la constatación de que con sus nuevas novelas, que sigue tan de cerca a *Les frères D'Urandaeu\** Soupault ha dado plenamente en el blanco. Soupault ha escrito un hermoso libro que reafirma todas las calidades esenciales de su arte, del cual puede decirse que es suprarrealista porque es trágica y dolorosamente humano. [\**Les frères D'Urandaeu*]

-----  
\* Las dos partes de que consta el ensayo sobre Philippe Soupault aparecieron en las ediciones de **Mundial** y **Variedades** correspondientes al 11 de diciembre de 1926 y al 29 de mayo de 1929, respectivamente. La primera, bajo el epígrafe de *Un libro de*

Philippe Soupault; la segunda, con el título de *Les dernières nuits de Paris*, por Philippe Soupault.

### **- LA CRISIS DE LA MONARQUÍA EN RUMANIA\***

La monarquía rumana, considerada como un sobreviviente de la tempestad bélica, aparece desde entonces destinada a naufragar a corto plazo. Al fin de la guerra se salvó en una tabla. Una dinastía Hohenzollern, acusada de maquiavélicas conspiraciones contra la victoria aliada, no contaba naturalmente con muchas simpatías en los países vencedores. Pero el olvido del programa wilsoniano en los conciliábulos de la paz, no en vano albergados por Versalles y Trianón, consintió a la monarquía rumana acomodarse en el nuevo orden europeo.

Rumania salió engrandecida de la guerra en la cual su monarquía jugó cazarraamente a dos cartas. La revolución rusa movió a la democracia aliada a pactar con esta monarquía, no obstante su parentesco con la monarquía derribada en Alemania. A Rumania le fue asignada la Besarabia para agrandar su territorio y su población a expensas de Rusia, malquistada con el Occidente capitalista por su régimen proletario.

La arbitrariedad de esta anexión es tan evidente, que casi nadie la discute en Europa. En la propia Rumania se reconoce que la de Besarabia ha sido una adquisición inesperada. "Políticos rumanos patriotas como el Dr. Lupu -apunta Barbusse después de una concienzuda encuesta- aunque pretenden que la población de Besarabia es fundamentalmente moldava-rumana, estiman que en esta circunstancia los aliados han sobrepasado su derechos y que es absolutamente necesario obtener el asentimiento de Rusia para regularizar semejante situación".



Todos estos presentes territoriales, que han colocado bajo la soberanía rumana a tres millones de hombres de otras nacionalidades, han tenido por objeto crear una Rumania poderosa frente a la Rusia soviética. La misma razón ha prorrogado y convalidado, después de la guerra, a la decadente monarquía cuya suerte compromete ahora la enfermedad del Rey Fernando.

Esta monarquía, rehabilitada por la paz después de haber conocido con la guerra el peligro de la bancarrota, ha mostrado en los últimos años grandes ambiciones. Mediante el matrimonio de sus príncipes y sus princesas, la casa real de Rumania se aprestaba a establecer la hegemonía de su sangre en la Europa Oriental. Pero, desde la caída de la monarquía griega a la cual se encontraba doblemente enlazada, hasta el adulterio folletinesco y la abdicación convencional del príncipe heredero rumano, estos planes han sufrido una serie de fracasos.

Hoy, el porvenir de la monarquía rumana se presenta incierto. Contra una eventual reivindicación del príncipe heredero, -con quien la reina María se ha reconciliado espectacularmente en París-, están los dos partidos que se alternan en el gobierno de Rumania, el de Brătianu y el de Averesco. Esto, claro está, no señala todavía el fin de la monarquía rumana; pero denuncia su situación respecto de los partidos representativos de la burguesía de Rumania, conectados con los gobiernos de las grandes potencias. Brătianu y Averesco, le imponen su tutoría, disimulada con diplomáticas protestas de lealismo.

Si los gastos de la reina María en Estados Unidos los ha pagado, como se ha dicho, Henri Ford, con el propósito de ensayar un **réclame** nuevo, nadie se sorprenderá de que ésta sea la condición de la monarquía de Rumania. Una dinastía, cuyos blasones pueden ponerse al servicio de un fabricante de automóviles y camiones, es como ninguna otra, una dinastía puramente decorativa.

Pero su disolución a pesar de todo, no es aún bastante para decidir su caída inmediata. La burguesía rumana no está en grado de licenciar a su manido monarca. La república es, en estos tiempos, una aventura peligrosa. La política reaccionaria trae consigo un resurgimiento ficticio de los mitos y símbolos de la edad media. Se apoya en valores y principios tramontados. Por consiguiente, no puede permitirse el lujo de un golpe de Estado republicano.

En Estados Unidos una reina o un rey no son útiles sino para **réclame** novedoso de una manufactura yanqui: pero en Rumania resultan eficaces

todavía para defender el viejo orden social.

-----  
\* Publicado en **Varietades**, Lima, 18 de diciembre de 1926.

### **- LA CRISIS ALEMANA\***

La caída del gabinete presidido por Marx y simbolizado por Stresseman, plantea otra vez en Alemania la cuestión del parlamento y la dictadura. Este gabinete, constituido después de un laborioso trabajo de conciliación, era, como se sabe, un gabinete de minoría, que debía apoyarse alternativamente en los votos de la derecha nacionalista y de la izquierda socialista. Apenas le negaran su concurso, en una situación cualquiera, nacionalistas y socialistas, este gobierno quedaba en minoría en el Reichstag. Es decir quedaba reducido a sus propias fuerzas.

Tal situación se ha presentado hace una semana. El experimento del gobierno de minoría, —que se mantiene en el poder por un difícil equilibrio entre la derecha y la izquierda—, aparece en consecuencia cumplido. El nuevo gobierno debe reposar en una mayoría y por ende gravitar a izquierda o a derecha.

La crisis que se desarrolla actualmente en Alemania, no es, pues, una crisis de gobierno sino de parlamento o, más precisamente aún, de régimen.

El ministerio Marx-Stresseman representó una fórmula transitoria, provisional, de la cual se echó mano en vista de la imposibilidad de formar un gobierno de mayoría. Ahora, los partidos gubernamentales, tienen que hacer un esfuerzo vigoroso y decisivo para salir de la interinidad.

Pero las dificultades de un año atrás subsisten íntegramente. Ni los

nacionalistas ni los socialistas, que son los dos partidos más fuertes del Reichstag, pueden entrar en una coalición sin darle su tonalidad respectiva. Y en aceptar una u otra tonalidad no están conformes los tres partidos de posición más o menos centrista de la combinación Marx-Stresseman. Los demócratas y los católicos se niegan a colaborar en un gobierno en el que prevalezcan los nacionalistas, que por su monarquismo asaz agresivo no caben en un ministerio republicano. Stresseman y el partido popular, por su parte, se oponen a una coalición en que predominen los socialistas. Estos, en fin, repudian a Stresseman por sus vinculaciones con los magnates de la industria, aunque en el terreno de la política internacional estén dispuestos —como lo prueban sus votos del último año en el Reichstag— a aprobar, o al menos a aceptar pasivamente, sus conclusiones prácticas.

Este acuerdo entre Stresseman y los socialistas frente a los problemas de la política internacional ha sido precisamente uno de los factores vitales del ministerio encabezado por Marx. Su política exterior, oportunista y conciliadora, que ha chocado vivamente al espíritu revanchista del partido Deutsche National, ha obtenido en cambio el apoyo de los socialistas. Y se ha dado así el caso paradójal de que los socialistas aprueben en este gobierno justamente la gestión internacional de quien, en la política interior, les es tan diverso y opuesto y representa intereses tan antagónicos.

La actitud de los nacionalistas ante los problemas exteriores constituye la dificultad máxima, el obstáculo casi insuperable en el camino de una concentración burguesa. Su monarquismo —un poco atenuado y gastado ya— podía avenirse a compromisos discretos y sagaces del género del que ha anulado prácticamente el monarquismo del Mariscal Hindenburg. Pero el espíritu revanchista de los "alemanes nacionales", resulta en tan abierto contraste con la realidad que, como ya hemos visto, Stresseman próximo por su conservantismo a la derecha monárquica, se encuentra en el terreno internacional más vecino temporalmente a los socialistas.

Stresseman tiene en la política alemana la importancia que le confiere su calidad de personero y fiduciario de la burguesía. A ésta sus intereses de clase no le consienten por el momento aparecer revanchista y monárquica. Más bien, le aconsejan manifestarse pacífica y republicana. El momento no es de los nacionalistas. La industria y la banca alemanas que lo saben bien, sostienen, por eso, a Stresseman, quien con inteligente oportunismo, así como se plegó ayer al espíritu de Weimar —inspirador del estatuto de la República alemana— se plega hoy al espíritu de Locarno—, inspirador del pacto de seguridad de Europa—.

Sin embargo, si la solución de la crisis es una solución de izquierdas la

figura de Stresseman, demasiado comprometida con la derecha, puede verse eclipsada esta vez por la de Wirth, quien, por su republicanismo y democratismo, cuenta con la confianza de los socialistas.

Si los factores en juego en la política alemana no permiten esta solución, la crisis del régimen parlamentario entrará en Alemania en una fase aguda y extrema. Pero esto no bastará para que la prudente burguesía alemana se decida por la dictadura. Entre otras cosas, porque esta fórmula es de una simplicidad sólo aparente. Las combinaciones parlamentarias cuya dosificación es cada día más difícil y compleja, resultan todavía preferibles. El parlamento no será descartado y suplantado sino cuando la lucha entre las dos clases que se contienden el poder llegue a su período final. Y en esta etapa de "estabilización capitalista", la burguesía no tiene ningún interés en apresurar y precipitar ese momento.

-----  
\* Publicado en **Variedades**, Lima, 25 de Diciembre de 1926



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME: <http://www.archivochile.com> (Además: <http://www.archivochile.cl> y <http://www.archivochile.org>).

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: [archivochileceme@yahoo.com](mailto:archivochileceme@yahoo.com) y [ceme@archivochile.com](mailto:ceme@archivochile.com)

El [archivochile.com](http://www.archivochile.com) no tiene dependencia de organizaciones políticas o institucionales, tampoco recibe alguna subvención pública o privada. Su existencia depende del trabajo voluntario de un limitado número de colaboradores. Si consideras éste un proyecto útil y te interesa contribuir a su desarrollo realizando una DONACIÓN, toma contacto con nosotros o infórmate como hacerlo, en la portada del sitio.

**NOTA:** El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata](#).

